

El mundo que yo veo

Libro de lectura para
JORGE BLANCO ALMAGRE

Precio: \$ 60



LL
1929
BLA

SA 33-3



00073479

33-4

EL MUNDO QUE YO VEO

QUEDA HECHO EL
DEPOSITO QUE MARCA
LA LEY 7092.

29.287

EL MUNDO QUE YO VEO

LIBRO DE LECTURA
PARA CUARTO GRADO



POR

JORGE BLANCO ALMAGRO

Sección Infantil



3.ª EDICIÓN



EDITORIAL INDEPENDENCIA
CORPORACIÓN ARGENTINA DE PUBLICACIONES DIDÁCTICAS

GALERÍA GÜEMES
BUENOS AIRES

1929

1337196

Biblioteca Nacional de Maestros

THE WORLD OF OUR YOUTH

1900
1901
1902
1903
1904
1905
1906
1907
1908
1909
1910
1911
1912
1913
1914
1915
1916
1917
1918
1919
1920
1921
1922
1923
1924
1925
1926
1927
1928
1929
1930
1931
1932
1933
1934
1935
1936
1937
1938
1939
1940
1941
1942
1943
1944
1945
1946
1947
1948
1949
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000

AMERICAN ANTHROPOLOGICAL SOCIETY
1900-1901
1902-1903
1904-1905
1906-1907
1908-1909
1910-1911
1912-1913
1914-1915
1916-1917
1918-1919
1920-1921
1922-1923
1924-1925
1926-1927
1928-1929
1930-1931
1932-1933
1934-1935
1936-1937
1938-1939
1940-1941
1942-1943
1944-1945
1946-1947
1948-1949
1950-1951
1952-1953
1954-1955
1956-1957
1958-1959
1960-1961
1962-1963
1964-1965
1966-1967
1968-1969
1970-1971
1972-1973
1974-1975
1976-1977
1978-1979
1980-1981
1982-1983
1984-1985
1986-1987
1988-1989
1990-1991
1992-1993
1994-1995
1996-1997
1998-1999
2000-2001

PREFACIO

No somos de los que quieren evitar a los niños el trabajo y el esfuerzo. Con ese procedimiento se les impide hacerse hombres. El estudio y el trabajo tienen sus saludables severidades y deben conservarse. Lo primero que conviene tener en cuenta si se quiere enseñar a vivir, es que no se tome a broma la vida. Contra sus leyes severas, inflexibles, no cabe rebeldía alguna. Y, no obstante, el que enseñase a vivir poniendo cara triste, nunca habría comprendido nada de ese sabio equilibrio en que todo llega a su hora y en su lugar.

CHARLES WAGNER

Este libro ha sido preparado para servir como texto de lectura a los alumnos de 4.º grado de las escuelas primarias argentinas. No tiene, pues, otro ambiente que el que le da la escuela misma, ese que se forma con el trabajo de los maestros y los niños, así en la ciudad populosa como en la humilde y callada población lejana. Está animado con el espíritu del maestro que hace escuela en cualquier parte donde el ideal profesional encuentra un medio para concretarse en labor fecunda. Si así no fuera, podría considerarse estéril el esfuerzo que se puso en su realización, y absolutamente falto de sentido el amplio propósito que lo inspira.

Considerado el 4.º grado primario como la etapa final de un ciclo de estudios que para una enorme proporción de niños constituye todo el caudal de conocimientos, o de educación escolar, si se quiere, con que se lanzan a la vida, y admitido que para otros es la base sobre la cual habrán de seguir estudiando, se ha procurado dar a este libro un carácter y una finalidad que respondan a esas dos posibles situaciones en que llegan a encontrarse los alumnos que cursan dicho grado. El propósito de estas líneas es el de explicar el método con que esta obra ha sido elaborada, para que los maestros la interpreten acertadamente.

Los ejercicios de lectura corriente en los grados más adelantados de la escuela primaria, no deben sujetarse a otros preceptos

que los exigibles en todo trozo que se lee para provecho de la inteligencia o para deleite del espíritu, y que, más que preceptos, son cualidades intrínsecas de toda producción que se reputa aceptable dentro de aquella doble finalidad. En un libro para 4.º grado, esas cualidades no pueden ser otras que la buena forma literaria, adaptada a la mentalidad infantil media del momento; la substancia de lo que llene sus páginas, rica y abundante, sin esas cristalizaciones de conceptos triviales o huecos que no dejan ningún sedimento en el espíritu del niño, o que le infunden creencias y principios erróneos; por último, la esencia de la cultura propia de la edad, saliéndose sola de cada capítulo leído, como el germen de una enseñanza que ha de perdurar a través de la vida.

Con esos tres elementos puede inculcarse el verdadero preceptismo gramatical y literario sin estar diciéndolo a cada momento. Que el alumno de 4.º grado lea correctamente; que analice y asimile lo que lea; que pueda decir más tarde que su curiosidad intelectual o sus sentimientos fueron tocados, y sólo con ello habrán realizado los maestros obra profunda y duradera. El libro cobra, así, un valor para el presente y otro, tan efectivo como aquél, para el futuro. Es el depósito de esa «verdad posible» que se apropia todo aquel que lee un libro honradamente hecho; es el resorte que acciona la «sugestión de ideales», único fin de la educación, y que justifica por sí solo la consagración de los maestros más capaces y abnegados.

Este libro aspira a colocarse en ese plano elevado al que se llega fácilmente. Su ejecución ha sido cuidada con todo esmero, para asegurar aquella primera cualidad a que se ha hecho referencia. La materia que llena sus capítulos está seleccionada de entre las nociones que se supone que ha adquirido normalmente el niño que cursa los grados primarios. Las sugerencias, como caminos abiertos en la obscuridad, para que el niño sepa y quiera ir solo hasta las fuentes de la cultura, en busca de nuevas enseñanzas o de nuevas emociones, como las que desprendiera de su pequeño libro de lectura, están fuertemente impresas en el grato correr de las hojas, como piedras labradas con que se hubiera ido jalonando una ruta, o, si se prefiere, como luciérnagas que en la noche fueran tendiendo sus hilos de luz por entre las estrechas aberturas de un bosque.

Sabido es que en muy contados alumnos de nuestras escuelas se advierte el hábito de conservar con cariño algún libro que les fué grato en los días en que frecuentaban las aulas. Tal vez ello

se deba a que los niños se contagian también, como los mayores, de esa indiferencia para ver las cosas, aun las que tocan al sentimiento, y concluyen rompiendo hasta los menores vínculos que mantenían con aquello que les dió momentos de satisfacción intelectual o de alegría para el espíritu. Este libro pretende llenar por mucho tiempo las horas que el niño viva dentro de sí mismo, para lo cual se han extremado los recursos que hacen agradable la adquisición de los conocimientos instructivos, y los que dan origen a tantas de esas impresiones que labran honda huella en los recuerdos.

Se observará que siempre habla el autor. Para los niños será el autor o el libro mismo, si es que en el ánimo de ellos perdura la sugestión de lo leído en el primer capítulo, «Los libros que hablan». Cualquiera de los dos resultados realizará el fin que se persigue, que es el de personificar en el libro, ante la conciencia del niño, al maestro que educa, al buen compañero que conversa diciendo cosas interesantes, al amigo sesudo y grave, pero afectuoso, que levanta el espíritu con sus constantes llamados a la reflexión.

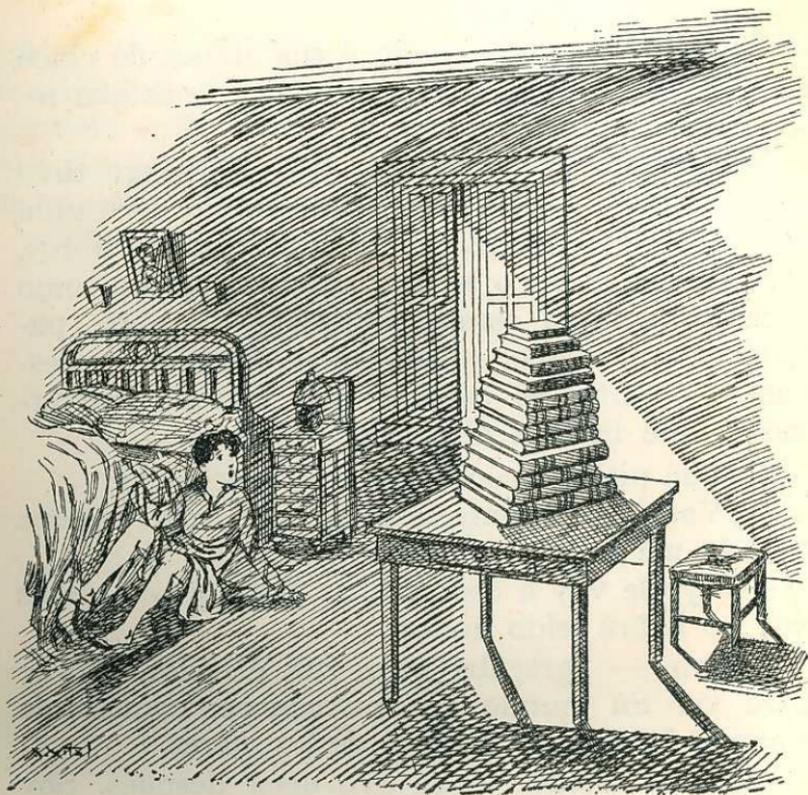
La tendencia del libro, si es que tiene alguna, es la de poner al pequeño lector en contacto frecuente con el espectáculo de la Naturaleza y con sus creaciones, o con las obras del pensamiento y aun con ciertos problemas de la vida, sin excluir, por cierto, nada de lo que atañe a los ideales de la nacionalidad. Su tendencia, pues, así definida, no es otra que la de humanizar al niño, creando a su alrededor un mundo moral que fortifique la influencia del hogar y la del medio infantil, de los que extrae los materiales con que habrá de elaborar su conciencia definitiva.

Tales son los elementos de convicción con que ha sido trabajado este libro, en el que alienta un optimismo idéntico al que serán capaces de experimentar los maestros argentinos, a cuya recta conciencia profesional lo entrega su autor.

JORGE BLANCO ALMAGRO.

1929.

EL MUNDO QUE YO VEO



LOS LIBROS QUE HABLAN

Domingo, aquel buen muchacho que supo encontrar el camino del triunfo, porque tuvo amor al estudio y voluntad para vencer, conservó por largos años el recuerdo de un hecho que os voy a referir.

Finalizados con éxito los exámenes, y ya de vuelta en la casa paterna, penetraba en su cuarto, cuando alcanzó a distinguir sobre su mesa, y en la media luz del atardecer, una vistosa pila de li-

bros nuevos. Era el premio a sus afanes de chico estudioso, la más grata sorpresa que le estaba reservada.

En la noche de aquel día feliz, Domingo tuvo sueños agitados. Veía a los examinadores rodeando una alta mesa, en la que movían pesados libros, clavando en él los ojos y alzando las manos como para castigar su escasa aplicación... Pero, pasado el mal sueño, quedó entre dormido y despierto, y entonces escuchó una extraña conversación que llenaba el cuarto:

—¿Qué piensas hacer con este muchacho?

—¿Yo? Voy a entusiasmarle con mis cuentos cuando me lea.

—Y yo le voy a contar unas historias de viajes que no habrá leído nunca.

—Bien — agregaba otra voz distinta. Yo le haré ver un mundo que no conoce, contándole cómo es la vida en el fondo de los mares.

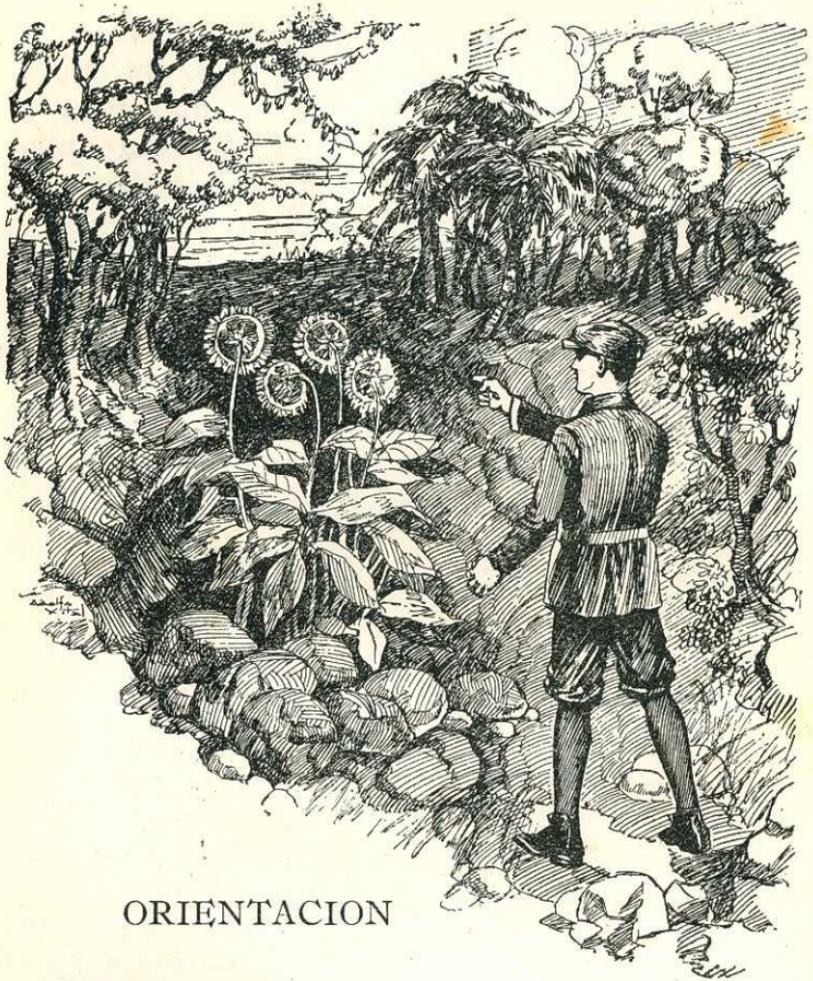
—Verán ustedes — se oyó decir después. Soy el libro más voluminoso de esta pila. Voy a llevar a este chico de sorpresa en sorpresa: del mar a las nubes, de la montaña a la llanura, por América y por Africa; voy a quemarlo en el fuego de los volcanes y a enfriarlo en los hielos del polo; por mí sabrá cómo viven los pájaros y cómo luchan los tiburones, y escuchará el rumor de las fábricas y el rugido de las fieras del desierto...

Domingo, presa de una nueva pesadilla, se vió bajando desde las nubes al fondo del mar, donde había fábricas de tiburones y volcanes llenos de hielo; pájaros que vivían en palacios, llanuras inmensas como desiertos y fieras que se despeña-

ban de las montañas y caían, caían... hasta que él cayó también de la cama con gran estrépito, mirando a favor de un rayo de luz mañanera y con sus grandes ojos azorados, la flamante pila de aquellos libros que parecían decir todavía:

—Vamos, Domingo, ¡arriba!, que ya amanece...





ORIENTACION

Interrogar a cualquier persona que encontramos al paso antes de aventurarnos por las calles de una ciudad desconocida, es una sencilla precaución que nos evita pérdidas de tiempo y otras contrariedades.

¿Cuántos chicos que salen al campo hacen lo mismo para no extraviarse? Se me dirá que allí no hay calles ni avenidas, y que basta seguir un

rumbo hasta encontrar lo que se busca. ¿Y si fuera muy larga la distancia a recorrer? ¿Y si fuera un campo quebrado, con colinas o médanos, o con grandes masas de bosques que impidieran la visión?

Os daré la respuesta. Para eso está la brújula de bolsillo, la posición del sol y algunos de esos recursos que utilizan los niños acostumbrados a andar por el campo: la inclinación de ciertas flores silvestres, la coloración del cielo en el crepúsculo, la posición de la luna o de algunas estrellas.

Si extraviarse en una ciudad puede ser motivo de ridículo, más que de intranquilidad, porque siempre hay medios para retomar el camino, pensemos lo que significará saberse perdidos en pleno campo, expuestos al frío, al estallido de una tormenta o a la presencia de animales peligrosos. La noche misma, la más clara y apacible, infunde ya hondas inquietudes en el ánimo de los chicos que llegan a verse sorprendidos por ella.

Ahora imagino a un muchacho perdido dentro de sí mismo, a un muchacho desorientado, que nunca sabe ni pregunta dónde está ni hacia qué punto se dirige, y que va por la vida como esas moscas que vuelan atontadas sin detenerse en parte alguna. Pediría que cada uno de vosotros tuviera un minuto de silencio para pensar a dónde va y cómo piensa llegar.

Orientarse: ese es el primer deber. Orientarse como en la ciudad, como en el campo, durante toda la vida, y corregir el rumbo equivocado cada vez que sea necesario.

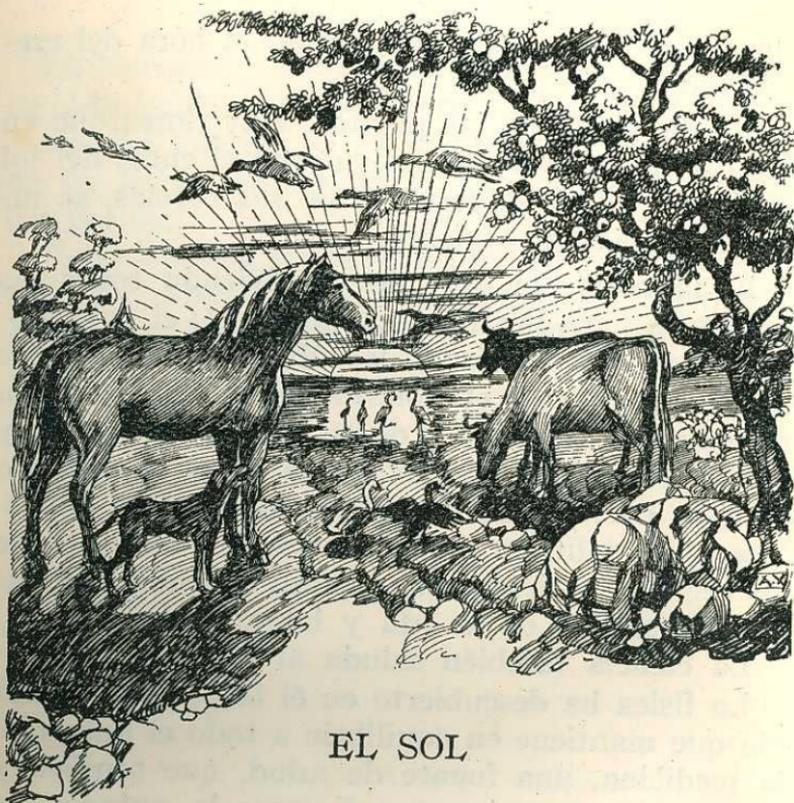
—¿Y cuando no se encuentra ese rumbo?

—Es muy sencillo: se va a los buenos libros.

Ellos son como los guías que orientan en el laberinto de las ciudades, o como las estrellas y las flores del campo, a las que basta interrogar en silencio para que respondan sin hablar:

—Sigue por ahí sin desviarte, pequeño viajero, y encontrarás el camino que buscas.





EL SOL

Todos los pueblos de la tierra saludan al sol. Hubo razas que lo adoraron como a un dios bueno, y hoy, desaparecidos esos cultos idólatras de las costumbres de los pueblos civilizados, se sigue saludando al sol en todas partes como al astro animador de la vida.

No hablemos de los animales, que siguiendo su instinto natural y ciego viven con el sol, pues despiertan con él y con él se recogen. Es curioso observar a los pájaros, a las aves domésticas y a los ganados en un día de eclipse solar: en el momento en que la obscuridad se hace más intensa, buscan

sus nidos y sus refugios como en la hora del crepúsculo.

No hablemos de las plantas. Hay flores que en lo alto de los tallos van siguiendo el curso del sol y al caer la tarde, cerradas ya sus corolas, se inclinan hacia el poniente.

El labrador, al salir de su vivienda todas las mañanas, mira instintivamente al sol; el navegante lo busca a través de las últimas obscuridades de la tempestad; el hombre de la ciudad va a disfrutar de su calor y de su luz en los paseos y en las playas; el minero piensa en el sol cuando penetra en las galerías subterráneas, y se entristece si al salir no lo encuentra; el habitante de las regiones árticas espía ansioso las primeras claridades solares en la fría y larga noche polar.

La ciencia también saluda al sol.

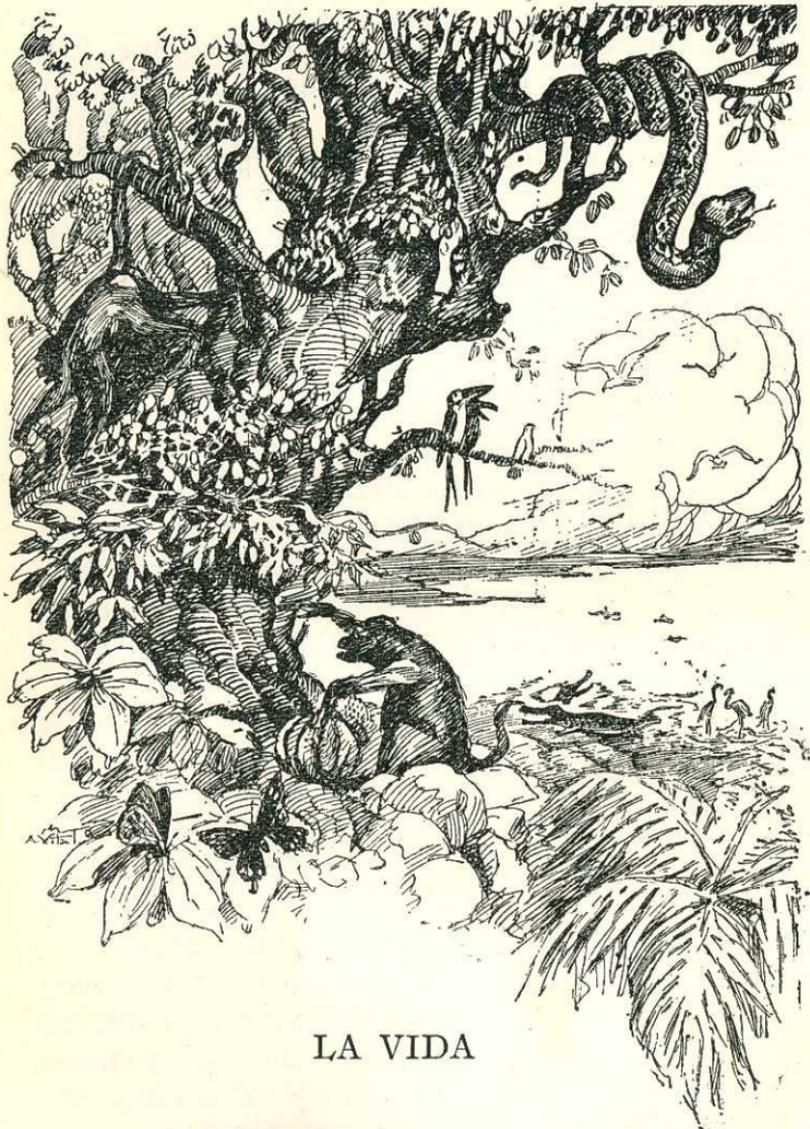
La física ha descubierto en él la poderosa energía que mantiene en equilibrio a todo el universo; la medicina, una fuente de salud, que tonifica y levanta los organismos enfermos; la química ve en el sol el transformador que convierte los elementos de la tierra en ricas sustancias nutritivas, medicinales, tintóreas.

El culto al sol que practicaron aquellos pueblos primitivos era, tal vez, irreflexivo, pero en eso consistía su principal belleza. Fué el culto que el hombre le rindió llevado por el mismo instinto que guía a los pájaros, por la misma fuerza que mueve a las flores. Estos, para vivir con el sol, no preguntan si será cierto que él es prodigioso. Saben que lo es, porque su propia vida es la misma que el sol irradia sobre el mundo.

La Naturaleza toda saluda al sol con lo que tiene de admirable en los colores que la embellecen. Todos los colores de los pájaros, de los insectos, de las flores, de los frutos, están fundidos en la luz del sol.

Descomponed un rayo de sol en un prisma de cristal y veréis las tintas y los matices con que la Naturaleza ha pintado sus maravillosas creaciones.





LA VIDA

La vida se manifiesta sobre la tierra en los millones de especies animales y vegetales que pueblan su vasta superficie, las profundidades de sus aguas, la entraña del suelo. Todas ellas están

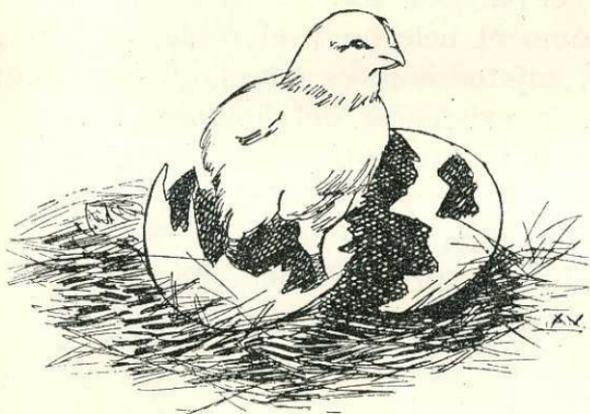
marcadas con caracteres inconfundibles, que hacen que cada individuo viva su propia existencia y prolongue, en la reproducción de nuevos tipos idénticos, esa grandiosa armonía de la Naturaleza, en la que cada organismo tiene su lugar, y en la que todos se nutren de ella, la madre común.

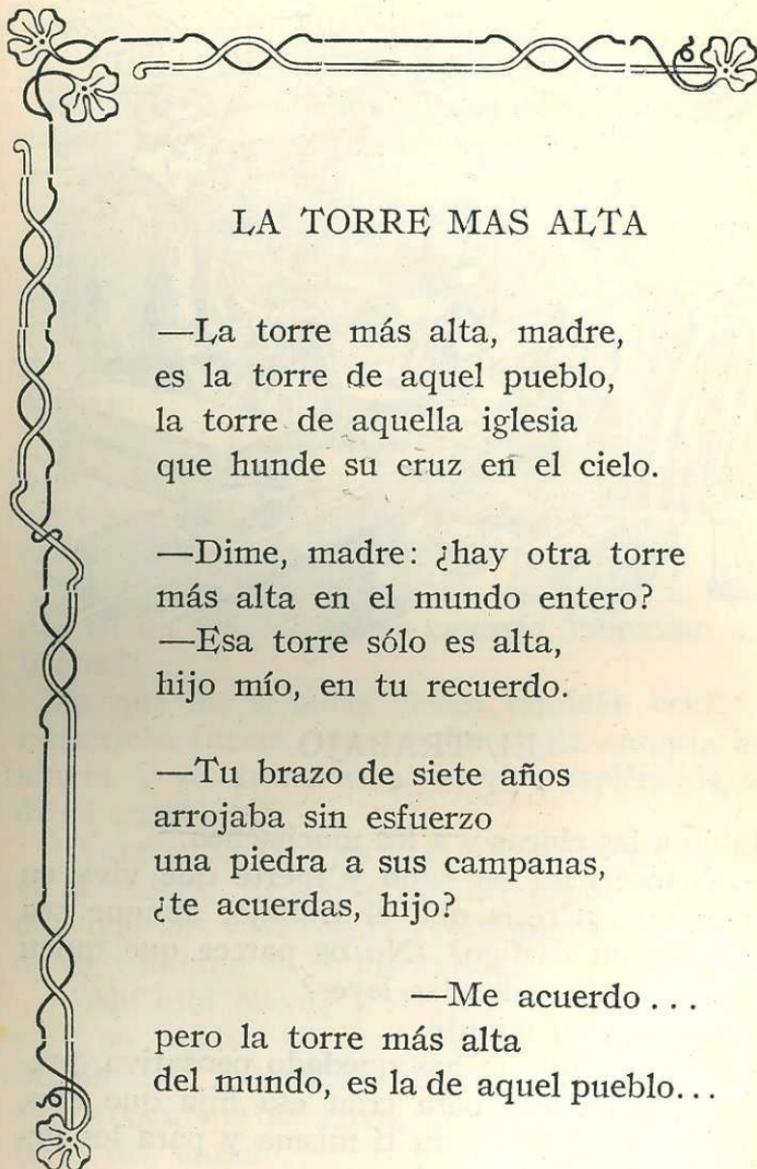
Las larvas que se agitan en el fondo del pantano, las luciérnagas que enredan sus hilos de luz en la noche, el águila y la culebra, la araña y el hipopótamo, son, como los musgos que crecen en las piedras o como las plantas trepadoras que se aferran a las paredes, como el cardo y el frutal pródigo, como el helecho y el roble, organismos vivientes, sujetos a leyes semejantes a las que gobiernan la existencia del hombre. Imaginemos a la larva y al hipopótamo, al musgo y al roble, discutiendo su mejor derecho a la vida en momentos en que fuera posible apagarles el sol, suprimirles el aire y privarles del agua: todos ellos morirían discutiendo.

La vida es, pues, una sola, dondequiera que la encontremos.

La niña que sacrifica a una brillante mariposa para ver de qué están hechas las alas; el chico que ensarta a un pobre sapo para asustar con él a la niña de la mariposa; el cazador que mata sobre el borde mismo del nido para probar su puntería, destruyen un poco de esa vida inmensa que cubre y embellece la tierra, como el huracán que desgaja los árboles, o el granizo que abate los frutos y la inundación que arrasa los sembrados.

Por eso aquel artista y sabio que fué Leonardo de Vinci se complacía en recorrer los mercados de su ciudad, comprando pájaros enjaulados, que luego soltaba para espiar en ellos, con el primer alatazo que daban al aire, la sorpresa y la instintiva alegría de volver a vivir.





LA TORRE MAS ALTA

—La torre más alta, madre,
es la torre de aquel pueblo,
la torre de aquella iglesia
que hunde su cruz en el cielo.

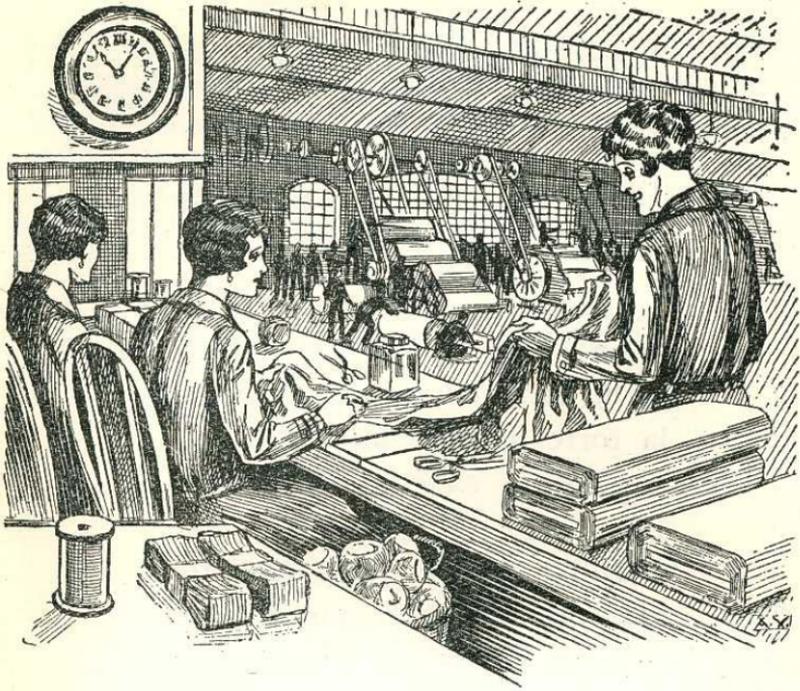
—Dime, madre: ¿hay otra torre
más alta en el mundo entero?

—Esa torre sólo es alta,
hijo mío, en tu recuerdo.

—Tu brazo de siete años
arrojaba sin esfuerzo
una piedra a sus campanas,
¿te acuerdas, hijo?

—Me acuerdo . . .
pero la torre más alta
del mundo, es la de aquel pueblo . . .

B. FERNÁNDEZ MORENO.



EL TRABAJO

Hablo a las chicas y a los muchachos:

—¿Conocéis un ser sano y fuerte que viva en la inacción? ¿Creéis que el trabajo, aunque sea penoso, es un castigo? ¿No os parece que quien trabaja cumple todas las leyes?

Meditemos un minuto...

—Tú, niña, que te has quedado pensativa, pregunta a tu madre si para criar esa hija que eres, alegre, buena y útil para tí misma y para los demás, se dió algún trabajo.

—Tú, que pareces tan distraído, dile a tu padre que te cuente cómo llegó a levantar ese hogar en

que creces, y avísanos mañana si piensas terminar el cuarto grado con las manos en los bolsillos.

¡Qué cómodo sería para vosotros que algún ser misterioso enhebrara las agujas, terminara las labores y los problemas y obtuviera las más altas calificaciones para vuestras libretas!

Pero bien sabemos que eso no puede ser, porque no existe ese personaje misterioso al servicio de todos, sino que está dentro de cada uno de nosotros, y es él, precisamente, quien nos impulsa hacia el trabajo.

¿Acaso el huevo que se incuba en el calor del nido no tiene dentro de sí esa fuerza extraña que, convertida en un ser vivo, rompe a su tiempo el cascarón y sale a la luz?

¿Y no habéis visto ciertas semillas que, olvidadas en un cajón o en un canasto, empiezan a dar brotes?

Es que las semillas llevan también oculta esa misteriosa fuerza, que un buen día empuja hacia afuera y se transforma en flor espléndida o en árbol corpulento.

Ni cerrando los ojos podríais decirme que no se ve el trabajo. Esos ojos que no quieren ver la verdad que nos rodea, están cerrados por un trabajo de la voluntad y de los músculos.

—Ahí está Nicolasa, dándose trabajo para concluir su tejido. Ahí está Felipe, ensimismado en sus dibujos. Indudablemente, con dos chicos como esos el trabajo se salva, aunque desaparezca del resto del mundo.





PALANCAS

El otro día he presenciado esta escena, entretenida y sabia a la vez, que os voy a referir:

Gertrudis, la hija de mi vecino el pescador Ambrosio, debía hacer cierta provisión de lombrices para los anzuelos de su padre, y con ese objeto recorría los lugares húmedos del jardín, levantando algunos ladrillos o removiendo la tierra floja y los macizos de hojas y césped.

Como la provisión era escasa, Gertrudis se dispuso a levantar una piedra de gran tamaño, suponiendo, no sin razón, que debajo de ella habría regular cantidad de lombrices; y era de verse el

esfuerzo desesperado que hacía la pobre niña, destrozándose las manos en su inútil empeño por mover aquel bloque.

Contemplaba el espectáculo el silencioso Tiburcio, el hijo del herrero, chico tan callado como observador, y por esto mismo bastante inteligente. Fué en procura de una barra de hierro, y, sin decir palabra, introdujo uno de sus extremos debajo de la piedra, dando apoyo a la barra sobre el tronco de un roble caído junto a aquélla, para luego hacer un ligero esfuerzo sobre el extremo libre y más largo, hasta que la piedra se levantó, permitiendo que la sorprendida Gertrudis recogiera una inesperada cosecha de lombrices.

Esa máquina improvisada por el observador y hábil Tiburcio, era una palanca. Con una barra algo más gruesa, el mismo niño hubiera podido levantar sin gran esfuerzo un cuerpo cien veces más pesado que la piedra, lo que explica el valor inapreciable del sencillo instrumento.

Y las palancas, como todas las cosas y los seres útiles, están en todas partes, prestando importantes servicios que muchos ignoran. Ese secreto de la fuerza de una palanca tiene infinitas aplicaciones en todos los usos de la vida, para remover obstáculos y disminuir la resistencia.

Mirad en cualquier sentido que se os ocurra, y encontraréis palancas. Casi estoy por afirmar que las palancas hacen andar la vida.

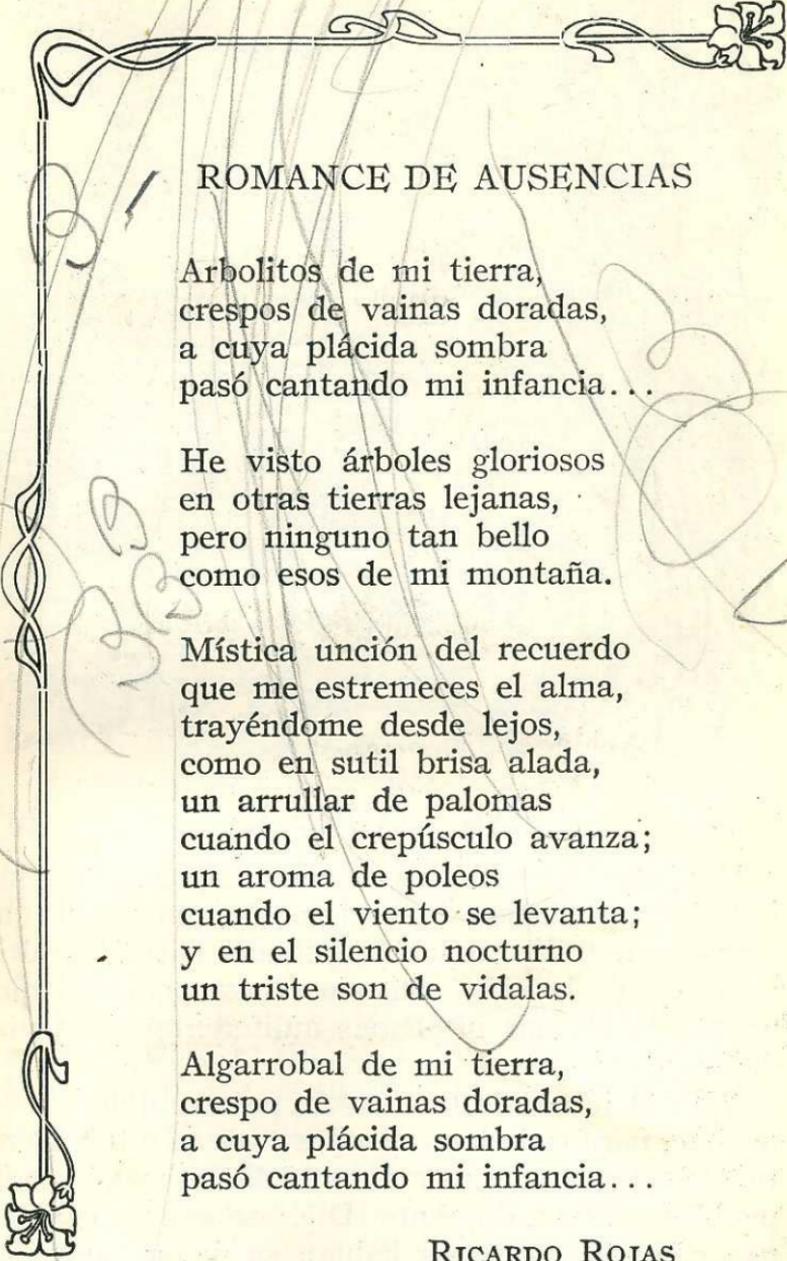
Acostumbraos a descubrir la palanca que trabaja en un picaporte, en la bomba de extraer agua, en el cuchillo con que estáis cortando los alimentos, en las tijeras con que os ayudáis para las labores,

en las tenazas con que arrancáis un clavo, en vuestros propios brazos, que lo hacen todo.

La inteligencia es también una palanca, y su fuerza, aplicada sobre el apoyo de la voluntad, como la barra de Tiburcio sobre el tronco del roble, realiza obras prodigiosas.

Acostumbraos también a buscar en vosotros mismos alguna palanca que os permita levantar todas las piedras que encontréis en el camino del estudio y del trabajo, para ver si debajo de alguna de ellas está el tesoro que buscáis, como las lombri-ces de Gertrudis.





ROMANCE DE AUSENCIAS

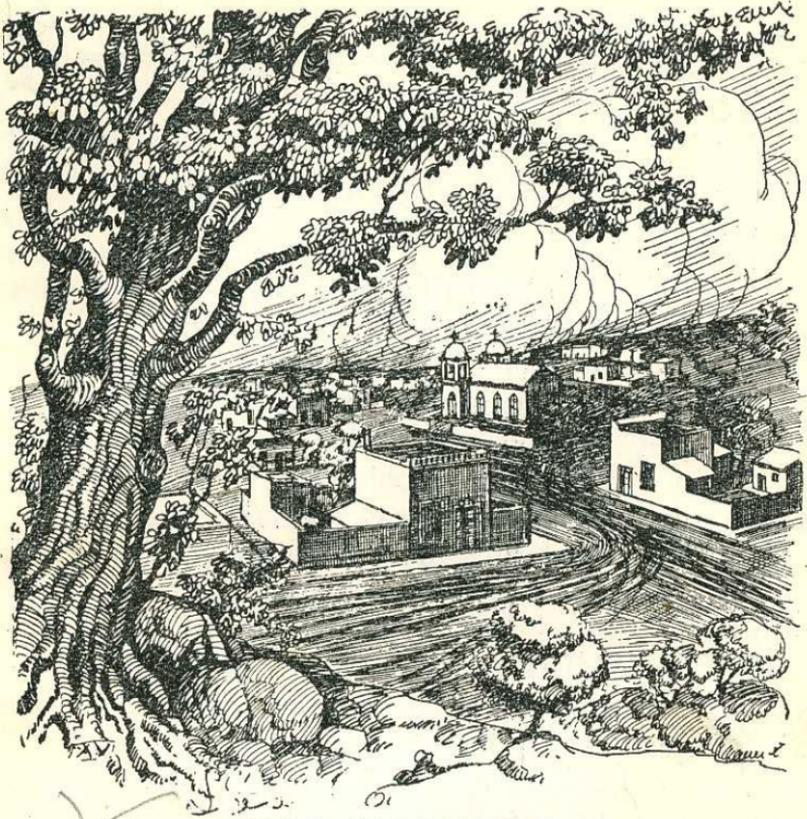
Arbolitos de mi tierra,
crespos de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

He visto árboles gloriosos
en otras tierras lejanas,
pero ninguno tan bello
como esos de mi montaña.

Mística unción del recuerdo
que me estremeces el alma,
trayéndome desde lejos,
como en sutil brisa alada,
un arrullar de palomas
cuando el crepúsculo avanza;
un aroma de poleos
cuando el viento se levanta;
y en el silencio nocturno
un triste son de vidalas.

Algarrobal de mi tierra,
crespo de vainas doradas,
a cuya plácida sombra
pasó cantando mi infancia...

RICARDO ROJAS



LAS CAMPANAS

Hay algo en las grandes ciudades, como en las humildes poblaciones campesinas, que habla al corazón de todos, desde la infancia hasta los últimos días de la vida, con una fuerza poderosa que no podría olvidar ni el más indiferente: es la voz de las campanas.

Para el júbilo de las fiestas, para el dolor de la muerte, para cada hora que pasa serena o turbulenta, las campanas tienen una voz distinta; y en cada pueblo la tienen diferente. Dijérase que las campanas, como las personas, hablan su idioma propio.

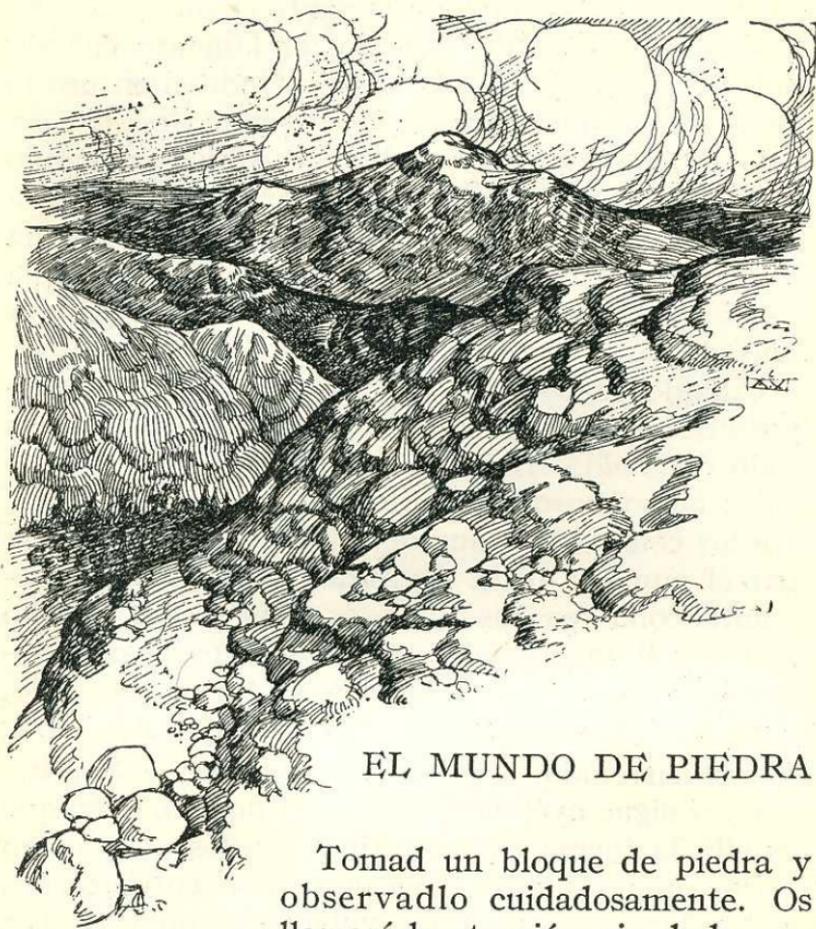
La voz de las campanas es canto cuando se echan a vuelo en señal de regocijo; es lamento cuando doblan a muerto; es grito desesperado si en medio de la tormenta anuncian el desastre; es música cuando marcan las horas al hombre feliz; es gemido para el enfermo que siente apagarse su vida; para los niños es la palabra, grata o severa, que los llama a la alegría o al deber; para los ancianos, una vieja canción, que el viento les trae desde los cálidos días de la juventud.

Cuando regreséis a vuestro pueblo natal, después de algunos años de ausencia, lo encontraréis todo cambiado. Las caras amigas habrán envejecido; acaso busquéis en vano a muchas de ellas. De los compañeros que dejásteis, algunos correrán por el mundo; otros, no reirán ni gritarán alegremente como en los dichosos días pasados. Sólo una voz llegará igual a vuestros oídos, y para escucharla mejor detendréis el paso, quizá sonriendo, como si fuera la de vuestra madre que os dijera:

—¡Bienvenido, hijo! Estoy donde me dejaste. Mi voz sigue oyéndose en todo el pueblo. Creo que es ella la fuerza que mantiene unidos a todos en torno mío. Si callara, el pueblo se entristecería, y los hijos ausentes no volverían como tú has vuelto...

Así os hablará la vieja campana del pueblo, o tal vez la alegre campana de la escuela, llamando a los chicos que os sucedan en los mismos bancos, en los mismos patios.

Id a cualquier pueblo de la tierra que no sea el vuestro, y no entenderéis la voz de las campanas, porque nada dirán a vuestro corazón.



EL MUNDO DE PIEDRA

Tomad un bloque de piedra y observadlo cuidadosamente. Os llamará la atención, sin duda, por tantos pequeños detalles que presenta: puntos brillantes, escamas que parecen luminosas, vetas semejantes a hilos de color, tonalidades delicadísimas, como si un hábil artista hubiera coloreado el trozo.

Si de un golpe partís la piedra, veréis que por su interior se continúan los hilos de color, las vetas, las tonalidades, las escamas, los puntos que brillan; y la admiración — si es que sabéis pensar —

os hará preguntar quién pudo *construir* ese bloque que así provoca vuestra sorpresa.

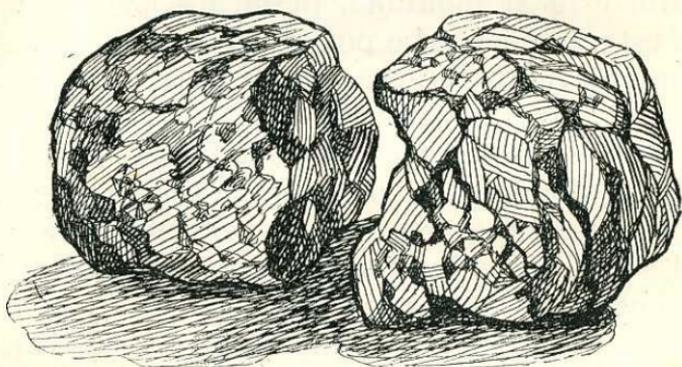
Imaginad luego esos mismos aspectos de la piedra que tenéis a la vista, en las montañas que se suceden con sus enormes macizos a través de la distancia. ¡Cuántas vetas como hilos de color, iguales a aquéllas; cuántas pinceladas de tintas fuertes o suaves; cuántas escamas de mineral reluciente habrá en el seno duro y casi impenetrable de ese monstruo que es la sierra! ¡Quién pudiera seguir la trayectoria caprichosa de esas líneas que tiñen la entraña de la piedra, como si la mano torpe de un niño hubiera derramado mil diversas pinturas!

Ahí está la montaña, desde los siglos remotos; ahí estará, quién sabe por cuantos siglos más. Es la montaña muda, eterna, inmóvil, por sobre la que pasa el sol y braman las tormentas sin que nada altere visiblemente su formidable resistencia.

Pero la piedra, como tantas otras creaciones de la Naturaleza, es generosa, y para serlo no necesita del sol ni del aire. Cuando abre su seno al golpe hiriente, vuelca sus tesoros. Ella también da cosechas, como los cereales, y multiplica las riquezas, como los ganados. El hombre vive de la piedra que arranca y que labra, como del trigo que muele y de la piel que curte.

Ya véis que la montaña no es sólo belleza. En su inmovilidad de gigante dormido es capaz de dar pan para la mesa del hombre esforzado, que junto a ella parece un guijarro, y que, sin embargo, le roe la entraña, sintiéndose superior a ella con su poder que todo lo abate.

Con estas ideas que os doy, tratad de conocer las sierras de nuestro país, y según sean los aspectos de sus piedras, preguntadles qué riquezas tienen ocultas. Veréis cómo hablan las montañas. Sus vetas brillantes, negras, verdes, rojas, doradas, como signos de una extraña escritura, os darán la respuesta.





LA RISA

—¿Sabéis reír? A ver, reíd un poco...

Quisiera saber que vuestra risa es franca, desatada, hasta rui-

dosa, sin ser chocante. Y eso no es difícil. Basta, para ello, que sea sincera.

No admito que un niño sólo sonría donde otros lanzan la carcajada. Eso queda para los viejos. Hay que hacer sonar la risa cuando haya motivos sanos para reír.

Acaso os llame la atención este empeño por provocar la buena risa, y os diré por qué insisto tanto.

La risa es un bien inestimable que la Naturaleza ha dado a los seres humanos. Reír de buena gana es como darse un momento de fiesta. Hace tanto bien al cuerpo como al ánimo: se espantan las penas, los colores tiñen la cara, la alegría es más completa.

Es posible que algunos animales que viven muy cerca del hombre — el gato y el perro, por ejemplo — sepan reír a su manera, sobre todo cuando juegan con los chicos y oyen sus gritos y miran sus piñetas. Del perro se dice que ríe con la cola...

Si ésto fuera cierto, habría que reconocer que la Naturaleza ha querido que el beneficio de la risa alcance al mayor número de seres.

Pero no hay que creer que se debe vivir riendo de todo y por todo. Hay una oportunidad para reír, como la hay para tantas otras cosas importantes. Nada es más penoso que ver reír continuamente a una persona sin que tenga motivos para hacerlo. Así como seríais incapaces de reír en un acto solemne e impresionante, no debéis hacerlo cuando no tengáis una causa fundada. ¿Acaso coméis sin apetito o dormís sin sueño?

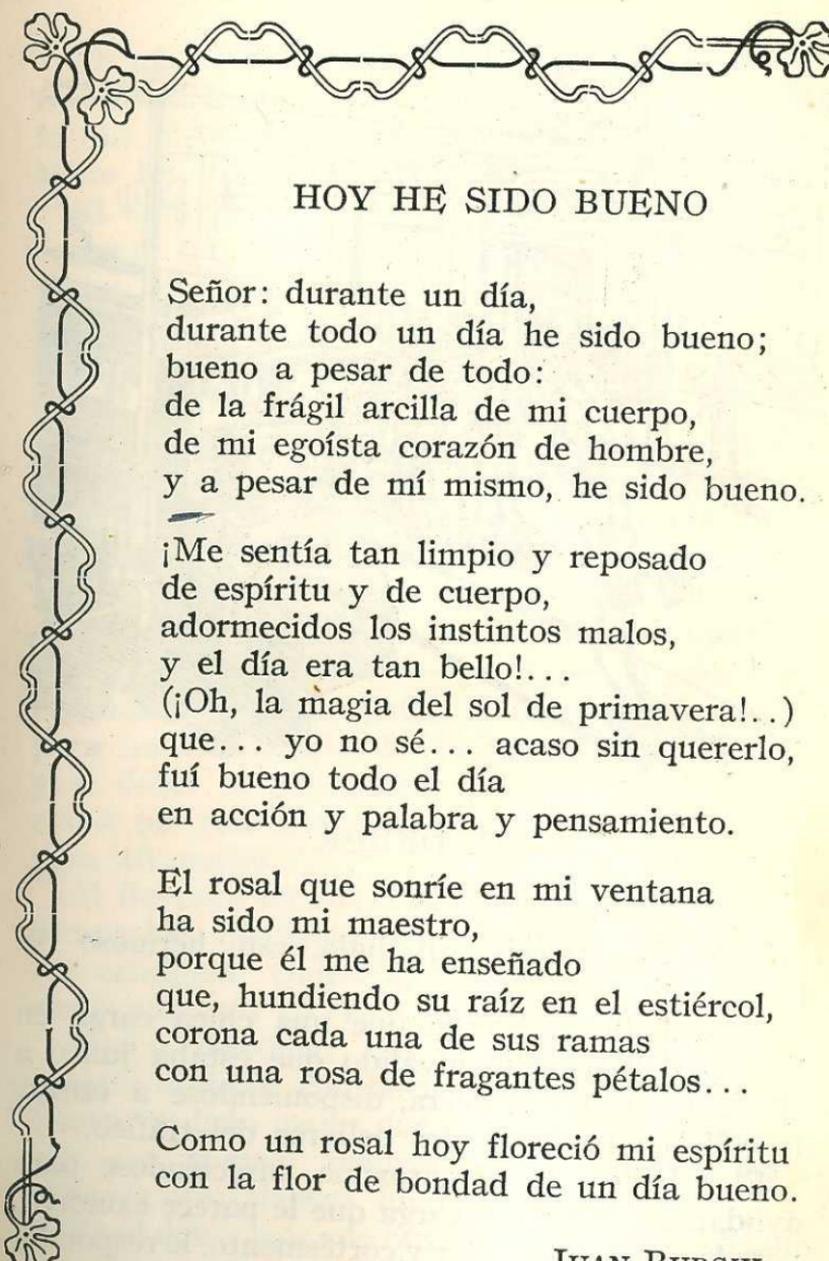
Para daros una idea del valor que tiene la buena risa, sabed que se la ha comparado con el tintineo del cristal, o con el rumor que produciría una lluvia de perlas sobre una lámina de plata; y se ha dicho que una cara risueña está como bañada en luz... Ya lo véis: el cristal, las perlas, la luz, cosas todas de inmenso valor. Eso es la risa. ¿Y sería posible, entonces, llamar con ese nombre a la carcajada burlona o grosera, y a la mueca insolente u ofensiva?

No. La risa ha de ser como las palabras: respetuosa, franca, limpia.

Reíd un poco cada día, con una risa que para vosotros y para los demás valga como la luz, las perlas y el cristal.

Sólo admito que no rían aquellos a quienes la desgracia o el dolor han puesto un paréntesis de silencio en el corazón.





HOY HE SIDO BUENO

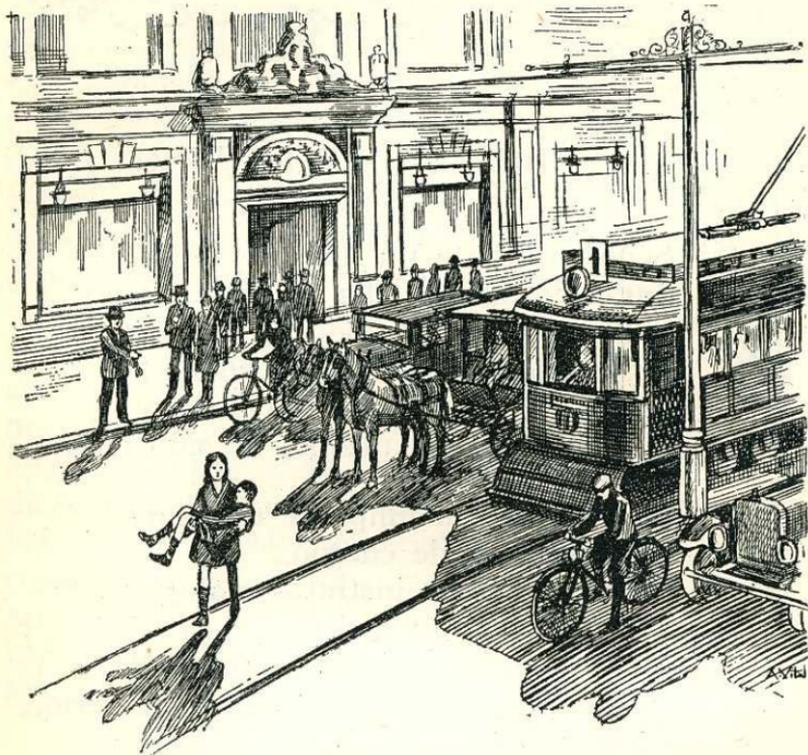
Señor: durante un día,
durante todo un día he sido bueno;
bueno a pesar de todo:
de la frágil arcilla de mi cuerpo,
de mi egoísta corazón de hombre,
y a pesar de mí mismo, he sido bueno.

¡Me sentía tan limpio y reposado
de espíritu y de cuerpo,
adormecidos los instintos malos,
y el día era tan bello!...
(¡Oh, la magia del sol de primavera!...)
que... yo no sé... acaso sin quererlo,
fui bueno todo el día
en acción y palabra y pensamiento.

El rosal que sonrío en mi ventana
ha sido mi maestro,
porque él me ha enseñado
que, hundiendo su raíz en el estiércol,
corona cada una de sus ramas
con una rosa de fragantes pétalos...

Como un rosal hoy floreció mi espíritu
con la flor de bondad de un día bueno.

JUAN BURGHI



EL DEBER

Vosotros conocéis, sin duda, este hermoso relato:

Un caballero observa que una chica carga en brazos al muchacho inválido que estaba junto a ella, sentado en la acera, disponiéndose a cruzar la calle en medio de los peligros del tráfico.

El caballero se le aproxima, ofreciéndose para ayudarla a llevar esa carga que le parece excesiva; pero la chica, sin vacilar y cortésmente, le responde:

—¡Si no pesa nada, señor! Es mi hermano...

En ese bello espectáculo se confundían el deber fraternal con el cariño. Fué el cariño de hermanos lo que hizo que el cuerpo del inválido no pesara sobre los débiles hombros de la chica.

El deber es igual en todas partes. Parece tan enorme, tan abrumador, porque lo miramos con malos ojos. Hacemos de él nuestro perseguidor. Suena la hora del deber, y se nos apaga la alegría. Hay quien se siente agobiado por él antes de empezar a cumplirlo...

Es un grave error. Saludemos al deber como una bendición, pues procura hondas satisfacciones. Los incendios, los naufragios, las guerras, todos aquellos desastres en que el peligro amenaza a alguien, despiertan el sentimiento del deber.

Pero hay un deber más sencillo, que todos los días exige muy poco esfuerzo, y que, sin embargo, espanta a muchos. Estos le huyen, dan vueltas para no enfrentarlo, le juegan al escondite..., y el deber se les aparece por todas las puertas, como un guardián que persiguiera a los chicos para atraparlos.

Al fin caen en sus trampas, porque el deber es incansable. Procede como los que cuidan de nuestra conducta. Quiere que todos pasemos por él como pasamos por la escuela: *aprendiendo*.

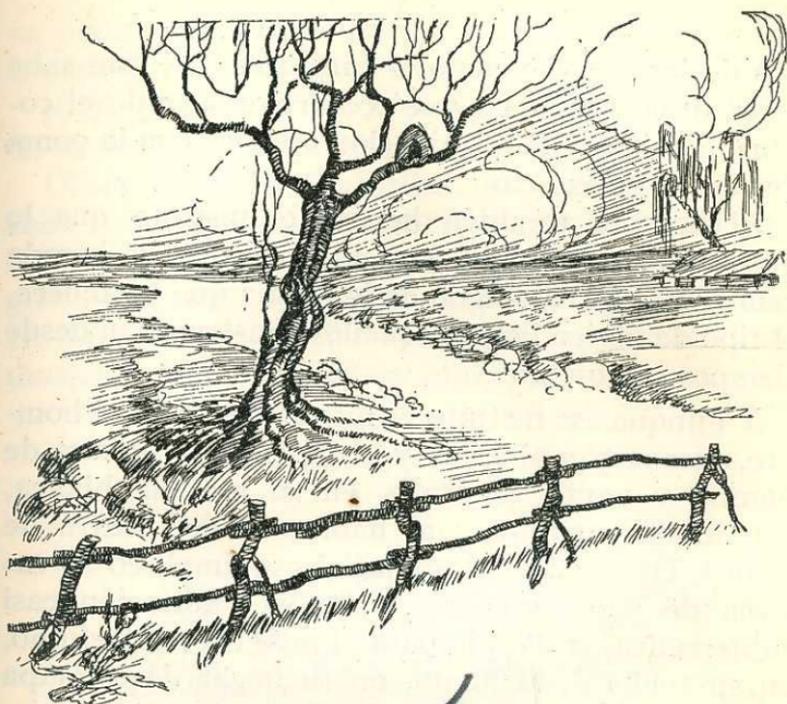
Ahora, decidme: ¿no es más cómodo, acaso, aceptar el deber con buen ánimo? Todas las cosas tienen un lado mejor que el otro, como las nubes, que son negras, amenazadoras, por una parte, y por la otra blancas, luminosas o doradas.

En el deber hay que buscar lo agradable. Cuando nos acostumbremos a ello nos parecerá simpático.

Nuestro pequeño deber de cada día puede resultarnos una carga tan preciosa, como la que llevaba en brazos aquella buena chica; y hemos de decir a quien nos ofrezca ayuda:

—¡Pero si no me cuesta hacerlo! Es mi deber...





HOMBRES Y PAJAROS

Si alguna vez recorréis el campo, el bosque, la sierra o las orillas del río, observad cómo anidan los pájaros. Es una observación interesante. Practicándola con atención descubriréis un mundo lleno de novedades y de agradables sorpresas.

En cada pájaro que nace, nace el instinto que lo impulsa a construir su vivienda; esta vivienda ha de ser idéntica a la que construyeron los padres, e idéntica a ella será la que más tarde construyan los hijos. La golondrina anidará siempre bajo el alero del tejado, y nunca sabrá edificar como el hornero; éste no podría coser un nido de hojas, como la curruca, ni la curruca trabajaría los tron-

cos de los árboles como el carpintero, ni éste sabe nada de la forma en que construye su nido el colibrí, que luego de terminarlo lo revoca con la goma de los árboles.

El hombre también hereda el instinto que lo ata a la vivienda de sus antepasados, y hereda también, como un signo de la raza a que pertenece, el tipo de vivienda que aquéllos construyeron desde tiempos remotos.

Y aunque ese instinto es menos fuerte en el hombre, vemos aún al chino y al japonés en su casa de bambú y papel; al árabe, en su morada blanca, con arcos y cúpulas; al habitante del centro de Africa, en su choza de paja; al esquimal, en su cabaña de palos y cueros, o en su habitación casi subterránea, en la que pasa el invierno; al beduino, en su toldería; al hindú, en su hogar de estampa oriental, con adornos de colgaduras, tapices y objetos vistosos.

Admiremos esa fuerza ciega con que el hombre y los pájaros construyen su nido y se aferran a él. Dentro de la vivienda, aunque sea frágil y move-diza, se siente menos el rigor del frío, la violencia del viento, la persecución del enemigo.

Esa fuerza ciega es lo que identifica al hombre y a los pájaros. Aquél, con el trabajo personal, con el afán de todos los días, con los ahorros o las privaciones, levanta su casa. Los pájaros vuelan largas horas, durante muchos días, llevando la gota de barro, la brizna de paja, el mechón de lana, la fibra, la cerda. Y cuando hay que calentar al recién nacido, el hombre se despoja de su abrigo para tenderlo sobre la cuna, y la hembra se arran-

ca plumas para acolchar el fondo del nido, siempre áspero para el cuerpo desnudo del polluelo.

¡Cuánta belleza existe en ese interminable pasar de la vida sobre la tierra!

Observad esas maravillas que ofrece la Naturaleza, hasta en la existencia de los seres más débiles, y encontraréis motivos de permanente alegría para vuestro espíritu, que se hará más bueno en contacto con muchas cosas que superan en grandiosidad a la inteligencia humana.



ARADOS Y MOLINOS

Cuando el hombre dedicó sus primeros esfuerzos al cultivo de la tierra, buscó un medio que le permitiera labrarla en grandes extensiones y con la mayor economía de tiempo.

Así surgió el arado.

El arado primitivo consistía en un tronco de árbol, al que se dejaba una especie de uña formada por el comienzo de una rama, con la que se arañaba la superficie del suelo.

Levantadas las cosechas, el trabajo de los molinos mo-



vidos por el viento completaba las actividades de los labradores, dándoles en rica harina las satisfacciones del buen año de labor, pasadas ya, y casi olvidadas, las frecuentes inquietudes por la suerte que corrieran los sembrados.

Siempre empeñado en mejorar las condiciones de su vida, el hombre ha multiplicado las creaciones de su inteligencia; y en lo que se refiere a la agricultura y sus industrias, ha avanzado como un gigante. El arado mecánico, acoplado en grupos de varias rejas a un tractor poderoso, permite realizar en pocas horas una tarea extraordinaria. La siembra, el cuidado y la recolección de los cereales, es también una labor mecánica, como lo es más tarde la molienda.

Antiguamente los viejos enseñaban a los chicos a respetar el pan, y el desheredado que lo recibía en limosna lo besaba, como un bien que la Providencia ponía en su pobreza. Ese culto casi religioso era inspirado por el noble trabajo del hombre que labraba la tierra, y que velaba sobre sus cultivos con los ojos puestos en el cielo, como interrogándolo en sus amenazas de heladas y tormentas.

Las modernas máquinas que hoy se interponen entre el surco recién abierto y nuestra mesa, nos ocultan un poco el trigal tendido al sol. Hemos perdido de vista la bella imagen del labrador primitivo, que, caída la tarde, llevaba al humilde hogar las fatigas de una jornada y las esperanzas para la siguiente.

Honremos el pan. El pan siempre representa algo más que el alimento que nos sostiene. Antes era el símbolo del esfuerzo abnegado del hombre.

Hoy lo es de su inteligencia. No importa que en nuestro pan no estén las fatigas del brazo que segaba los trigales, ni el canto del molinero que parecía alegrar a la rueda incansable. Nuestro pan tiene la vida del genio que dió un alma a las máquinas.

—Niña que lees ésto, atiéndeme: Cuando pongas el pan en la mesa de tus padres, hazlo con alegría... , ¡canta, si es posible!



EL CUENTO DE LA ABUELA

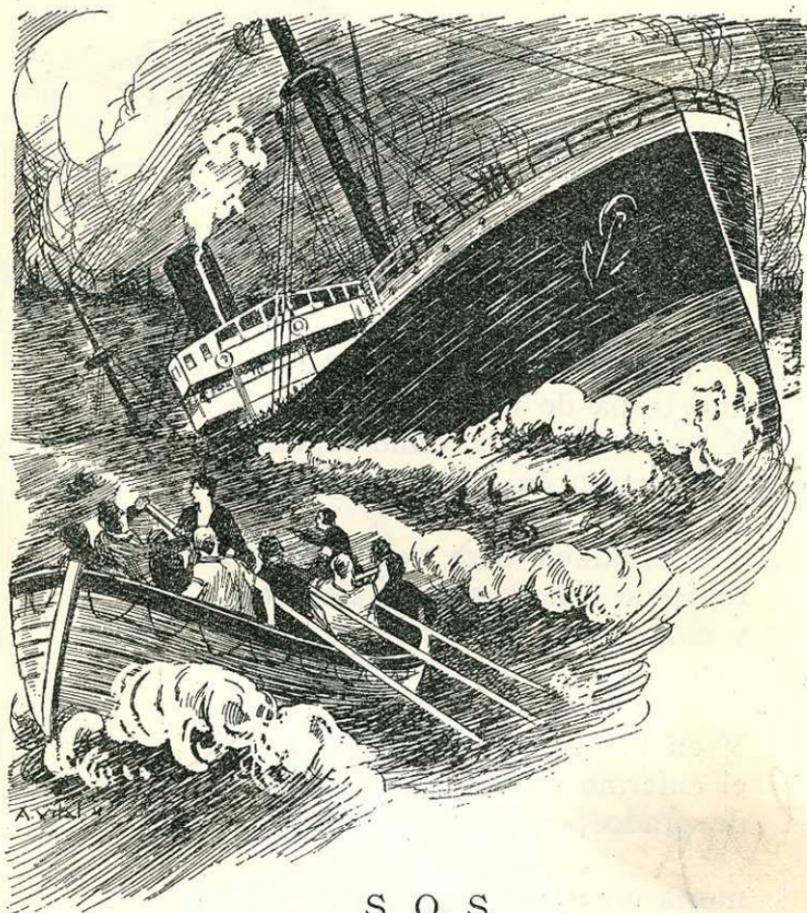
—“Era una isla extraña donde había una tropa de blancos elefantes”...
Y la abuela al enfermo repetía este cuento de viejos navegantes.

—Cuéntamelo otra vez, abuela mía, —
rogábale con mimos suplicantes,
y empezaba otra vez la abuela: —“Había una tropa de blancos elefantes”...

Y en brazos de la abuela viejecita,
el enfermo de rubia cabecita
devorado por fiebres delirantes,

moría en una tarde desolada,
llevando en su pupila reflejada
la visión de los blancos elefantes...

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS



S. O. S.

La humanidad se sirve de las obras de los artistas y los sabios para embellecer y mejorar la vida. Pero de todos los genios que velan por ella, son los inventores los que mayores beneficios le proporcionan, completando las investigaciones de los estudiosos y poniendo al alcance de todos las producciones de los artistas. La ciencia descubre una nueva aplicación de la luz, del calor, de la electri-

cidad, del agua, y el inventor crea el instrumento o la máquina que se encargará de realizarla.

El físico alemán Hertz descubrió las ondas eléctricas que llenan la atmósfera, y los inventores han ido encontrando múltiples formas de utilizar aquel precioso hallazgo para la difusión de los sonidos. Gracias a la radiotelefonía, se escucha hoy un trozo de música o de canto, una conferencia o las noticias de mayor interés, a muy largas distancias.

La radiotelegrafía permite también las comunicaciones entre lugares alejados, por medio de la reproducción de los signos del alfabeto que inventó Morse.

Quiero hablaros de una aplicación de la radiotelegrafía, que enaltece más aun al genio del hombre.

Los barcos que navegan en alta mar, y los puertos y faros de las costas, suelen escuchar un llamado que en el alfabeto Morse se reduce a tres letras: S. O. S.

Ese signo, que tan sencillo parece, es en el mar un grito terrible, desesperado; es a veces la última palabra de un barco que naufraga. Y en la repetición apresurada que dan los aparatos, es como una voz mezclada de sollozos y de alaridos de terror que dijera: *¡Socorro! ¡Nuestro barco se incendia! ¡Estamos hundiéndonos!*

Todos los buques que han podido escucharlo acuden al lugar que se determina como posición del barco en peligro. Así, en la obscuridad de la noche, en medio de la tempestad, o cuando faltaba poco para que se consumara el desastre, han

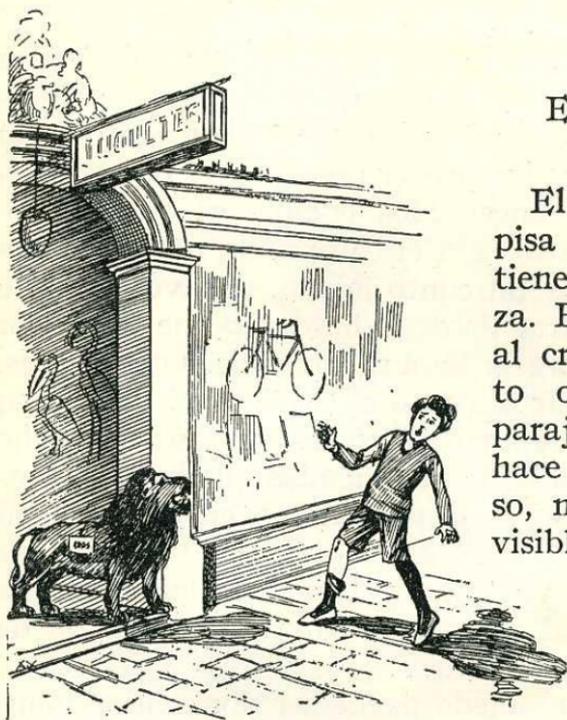
podido ser arrebatadas a la muerte muchas vidas humanas.

—¿No creéis que el genio del hombre anima las cosas que concibe? ¿No os parece que ese barco que llama en la inmensidad del océano, es el hombre mismo, que quiere escapar a la fatalidad, su implacable enemiga?

Es esa lucha contra la fatalidad, es ese afán de conservar y embellecer la vida, lo que ha inspirado todas las conquistas de la inteligencia. Hasta hace pocos años el mar sepultaba un barco cargado de seres indefensos, y en su silencio brutal, y en su angustiosa soledad, era como un monstruo devorador de vidas que sofocara, con el manotón del oleaje, el clamor de sus víctimas.

Hoy el monstruo ha sido vencido. Ese grito de auxilio, *S. O. S.*, es como el llanto de los niños, que conmueve todas las voluntades.





EL MIEDO

El miedo que os pisa los talones no tiene pies ni cabeza. Ese miedo que al cruzar un cuarto oscuro o un paraje desolado, os hace apurar el paso, no es una cosa visible. Es vuestro ánimo, que hace como un muchacho travieso que fuera echan-

do lazos a vuestros pies mientras camináis.

¿Cómo es posible que en el hogar donde vuestros padres reposan sintáis miedo? Es que el miedo va con vosotros, como la sombra sigue al cuerpo. La imaginación, que suele ser la loca de la casa, va poniendo fantasmas en todos los rincones, que os tiran del saco al pasar.

Hay que cuidarse de esos fantasmas imaginarios. El que se acostumbra a caminar entre ellos, acaba por verlos hasta de día. Esos miedosos, esos vacilantes, esos cobardes que a veces encontramos con los ojos muy abiertos, el gesto desesperado y los brazos en alto, como deteniendo un golpe que nadie les tira, son aquellos mismos que al cruzar

un cuarto oscuro sentían un hormigueo de terror en la espalda, o que se quedaban como petrificados si, en medio de las sombras, algún gato tenía la ocurrencia de hacer caer un ovillo de lana y mostrar sus ojos, encendidos como carbones. . .

Cuando se atraviesa el campo, de noche, es frecuente escuchar un canto lejano, una voz de niño que el viento trae desde el bosque o que vuela por el espacio, sobre la llanura invisible. Otras veces, suele acompañar al canto el rítmico galopar de un caballo por el camino reseco. Ese es un muchacho que conociendo las malas jugadas que hace la imaginación cuando se desata, busca en el canto un medio de tenerla quieta. Se diría que la entretiene contándole en voz alta, y con la melodía de una tonada grata al espíritu, alguna vieja leyenda de duendes y apariciones. . .

Como véis, el miedo puede ser dominado, dominándose cada uno a sí mismo. Los temores son pura imaginación. Colocaos siempre por encima de los aletazos con que ésta agita el aire para daros miedo. Y lo mismo en el campo a media noche, que en un cuarto sin luz, o en cualquiera de esas situaciones oscuras que a veces se nos presentan, cantemos a flor de labios alguna vieja tonada para entretener a aquella locuela, mientras nos abrimos paso hacia la luz.





NAVEGANTES

Cuando os hablaba de la necesidad de orientarse para no perder el buen camino, acudió a la memoria el recuerdo de aquellos primeros navegantes que llegaron a América.

Colón, Solís, Magallanes, de pie sobre sus naves, debieron preguntarse en el silencio de las noches dónde estaría el punto extremo de su travesía. Ya antes de embarcarse habíanse formulado la misma pregunta, en largos días de estudios y cálculos. Por eso, al internarse las carabelas mar afuera,

aquellos viajeros de lo desconocido llevaban una ruta trazada en su pensamiento, que conservaron a pesar de las impacencias de una interminable navegación y en medio de las más furiosas tempestades. Ellos fueron los hombres de recia voluntad que, al correr los siglos, ofrecen el más bello ejemplo de lo que consigue el esfuerzo humano, cuando lo guía un propósito firme, semejante a la aguja de una brújula que mantuviera inalterable su dirección.

Imaginemos las impresiones de aquellos expedicionarios en cada nuevo día que se encendía sobre el océano. La mirada buscaba, sin duda, algo que no fuera el mar y el cielo, y caía la noche sin haber visto otra cosa: el cielo y el mar.

Las únicas alternativas para los tenaces marinos debieron ser la luz y la sombra, la calma y la borrasca; pero ellos mantuvieron firme el timón hasta terminar la jornada. Colón navegó sin tregua, y sólo la barrera del continente le cerró el paso; Solís avanzó más, y pagó con su vida los afanes por lograr el triunfo; Magallanes consumó la hazaña, y el viaje de *La Victoria*, su nave simbólica, fué la realidad que hizo inmortal el sueño de Colón.

El relato de aquellas travesías, las peripecias de los que llevaron aquellas naves sobre mares desconocidos, avanzando hacia puntos lejanos y casi imaginarios, son una lección para los chicos y los jóvenes precipitados e impacientes.

Si yo preguntara ahora a cada uno cuál es su punto imaginado a lo lejos, creo que escucharía estas respuestas:

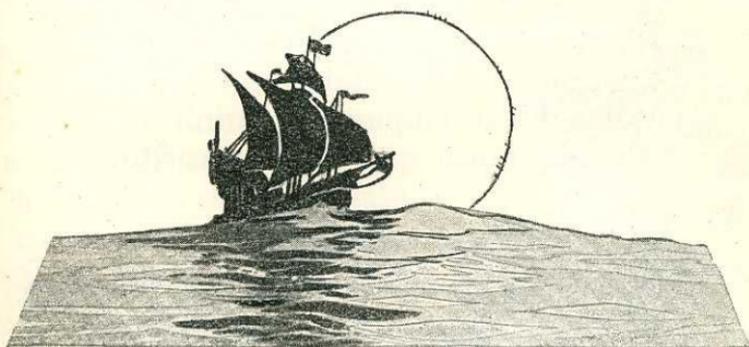
—Yo seré marino, para recorrer los mares del mundo.

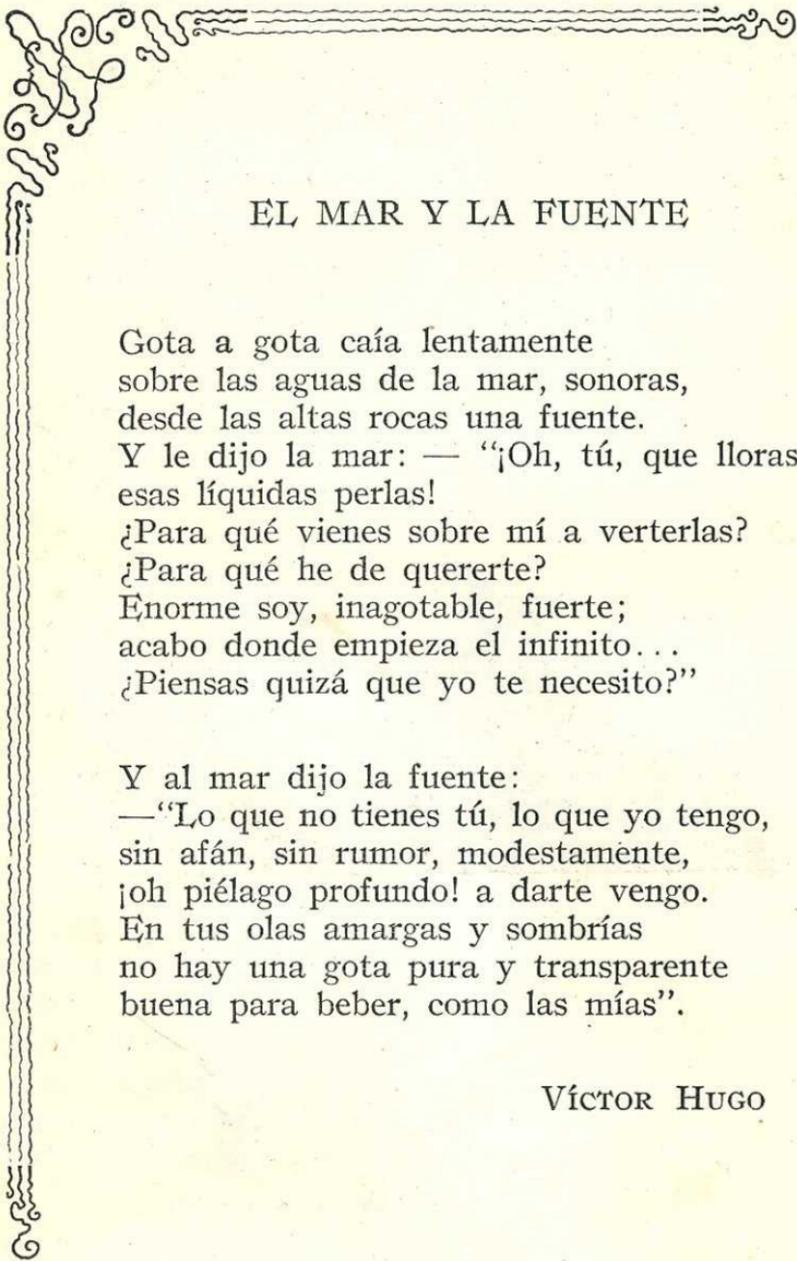
—Y yo ingeniero, para construir obras maravillosas.

—Pues yo leeré las biografías de los grandes hombres, para imitar a uno de ellos.

—¿Y tú, que parece un muchacho valiente?

—¿Yo?... ¡Ah! Quiero tener aquella voluntad de los que realizaron empresas que parecían superiores a sus fuerzas.



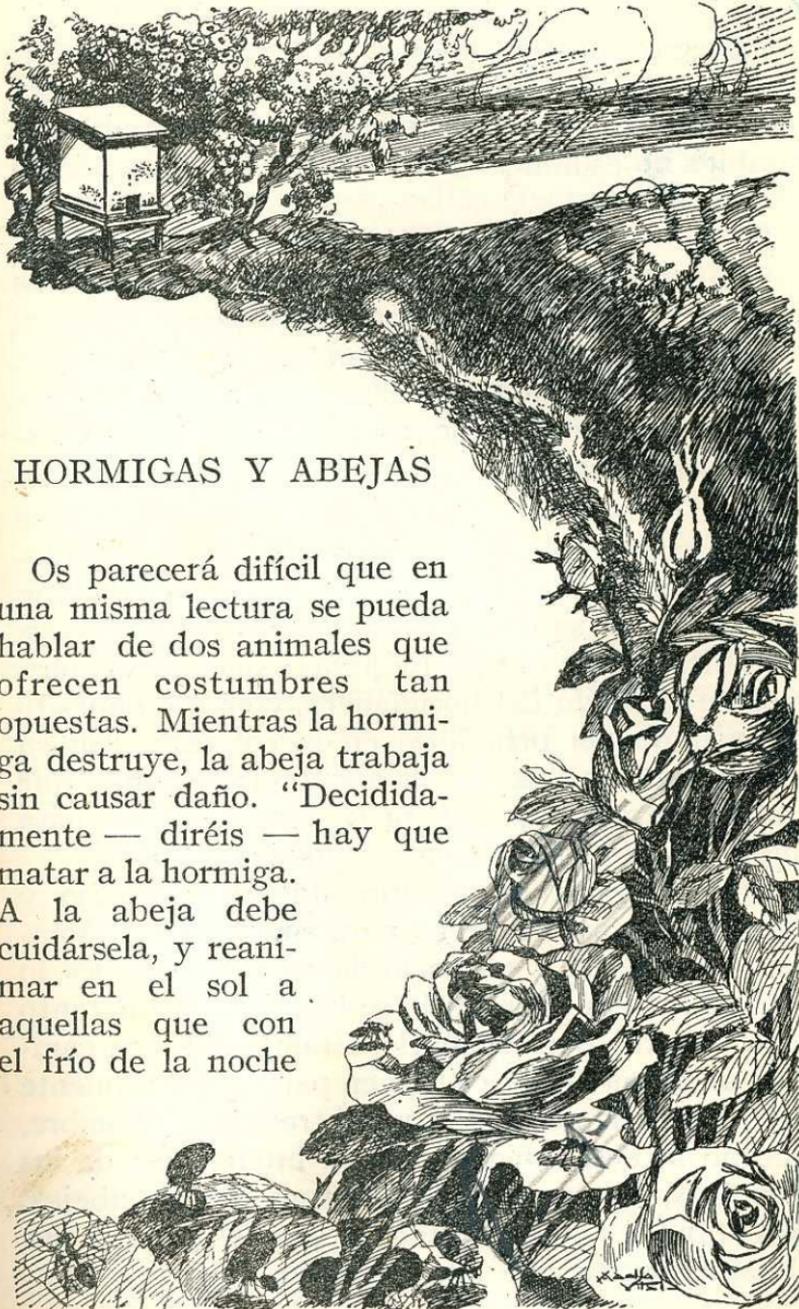


EL MAR Y LA FUENTE

Gota a gota caía lentamente
sobre las aguas de la mar, sonoras,
desde las altas rocas una fuente.
Y le dijo la mar: — “¡Oh, tú, que lloras
esas líquidas perlas!
¿Para qué vienes sobre mí a verterlas?
¿Para qué he de quererte?
Enorme soy, inagotable, fuerte;
acabo donde empieza el infinito...
¿Piensas quizá que yo te necesito?”

Y al mar dijo la fuente:
— “Lo que no tienes tú, lo que yo tengo,
sin afán, sin rumor, modestamente,
¡oh piélagos profundos! a darte vengo.
En tus olas amargas y sombrías
no hay una gota pura y transparente
buena para beber, como las mías”.

VÍCTOR HUGO



HORMIGAS Y ABEJAS

Os parecerá difícil que en una misma lectura se pueda hablar de dos animales que ofrecen costumbres tan opuestas. Mientras la hormiga destruye, la abeja trabaja sin causar daño. “Decididamente — diréis — hay que matar a la hormiga. A la abeja debe cuidársela, y reanimar en el sol a aquellas que con el frío de la noche

amanecen caídas en el suelo y a punto de morir. Cada abeja vale los kilogramos de miel y de cera que produce. Por el contrario, el valor de una hormiga no es nunca comparable al del brote tierno que arranca”.

Sí. Estoy de acuerdo. No pretendo convertirme en defensor de las hormigas, como lo soy de las abejas. El que hace un daño debe pagar sus consecuencias; y aquéllas causan tantos males que, en verdad, no puede aplicárseles otro castigo que la pena de muerte. ¡Guerra, pues, a todas las hormigas del mundo!...

Pero pongamos un poco de orden en nuestras ideas. La hormiga y la abeja son igualmente laboriosas, y así como la primera ignora que es dañina, la segunda no sabe que es útil. Ambas son activas, metódicas y previsoras. El granero que la una abastece en el fondo del hormiguero, como el depósito de miel que la otra hace en la colmena, son su reserva alimenticia. Ni la abeja sabrá nunca que trabaja para el hombre, ni la hormiga sospechará que es el azote de huertas y jardines.

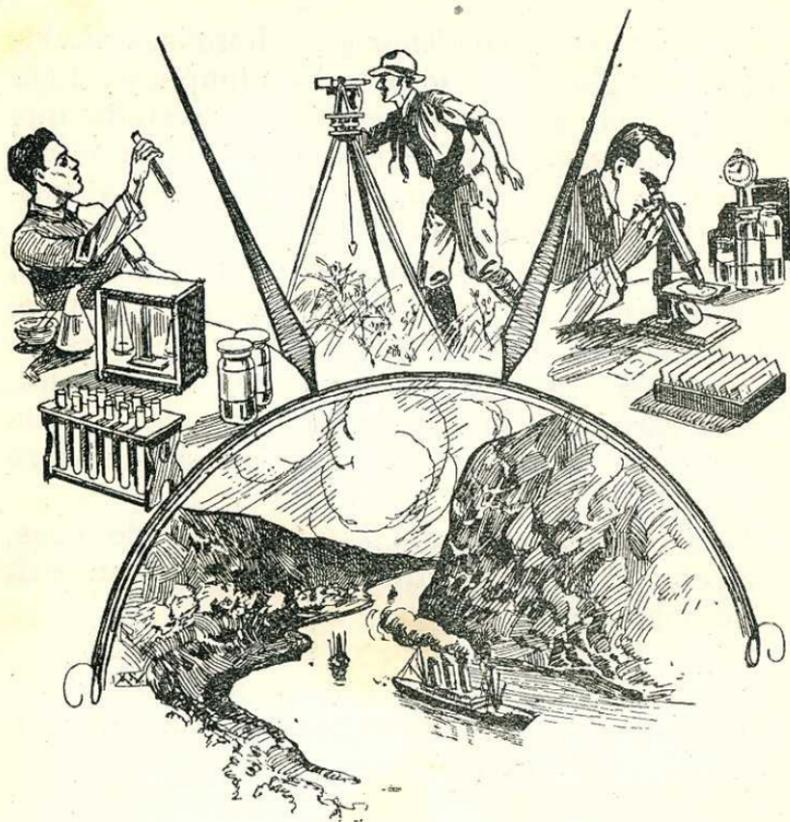
El hormiguero es siempre una obra prolija y complicada: parece hecho para sorprender al hombre e inclinarlo a perdonar la vida de quienes lo ocupan... Para destruirlo se ha de necesitar tanto ingenio como para formarlo. El enjambre, en cambio, se acomoda en cualquier parte, generalmente en el hueco de un tronco, y allí trabaja. El hombre, que no se deja engañar con la inteligencia de las hormigas, ha querido ser generoso con las abejas, inventándoles una habitación que les alquila por el esfuerzo útil que ellas realizan.

Pero no se debe condenar a las hormigas ni elogiarse a las abejas, si no se tiene bien limpia y serena la conciencia. Esa laboriosidad, ese método que las hormigas demuestran en su trabajo destructivo, se parece mucho al de aquellos que ponen gran cuidado para ver cómo está hecho un reloj, para desarmar un juguete o descomponer una cerradura, para destripar un libro, para deshacer un vestido, por pura curiosidad maligna, o por parecerse a las hormigas sin tener ninguna de sus virtudes. Esos mismos serían capaces de pasarse la vida alabando los prodigios de las abejas, sin decidirse a imitarlas.

—Sed hormigas y abejas, tomando de ellas, como ejemplo, lo mejor que nos ofrecen en su actividad maravillosa.

Si seguís el mal camino, y os parecéis a las hormigas en lo destructores, y a los zánganos de la colmena en lo ociosos, tened por seguro que alguien os declarará la guerra...





VALOR Y PODER DE LA CIENCIA

Cuando los niños se detienen a contemplar una de esas construcciones que causan admiración, un gran puente, por ejemplo, un túnel, un dique, un barco, piensan solamente en el trabajo que debieron ejecutar los obreros para unir los hierros, perforar la montaña, detener el empuje de las aguas o armar el navío, y se sorprenden ante el poder muscular del hombre, sin recordar que las obras

humanas son el resultado de la suma de muchos esfuerzos.

Leed este caso interesante.

A poco de iniciadas las obras del Canal de Panamá se produjo un hecho que alarmó a los ingenieros directores de la construcción, hasta el punto de que pensaron abandonar la empresa. Los obreros morían en cantidades espantables, y los que iban a reemplazar a los desaparecidos, caían a su vez, como contagiados de una extraña epidemia.

Se consultó a los médicos, y éstos manifestaron que la causa de tantas muertes era una fiebre, originada, al parecer, por algún raro microbio.

Ante esta declaración se solicitó la opinión de un grupo de bacteriólogos, quienes, analizando la sangre y las secreciones de los enfermos, llegaron a establecer que no se trataba de un microbio y que, por lo tanto, no había contagio, sino de la inoculación del mal por la picadura de algún insecto.

¿Quiénes podían completar la afirmación de los médicos y los bacteriólogos, o demostrar su exactitud? Unos sabios que viven dedicados al estudio de los insectos: los entomólogos; y a ellos se recurrió.

Los entomólogos; después de prolijas investigaciones, descubrieron que la mortífera fiebre era transmitida por un mosquito, cuyas larvas se desarrollaban en los extensos pantanos que abundan en aquellas regiones.

La lucha con el tal mosquito aparecía difícil, porque en espesas nubes azotaba las poblaciones obreras; pero nada es imposible para la ciencia,

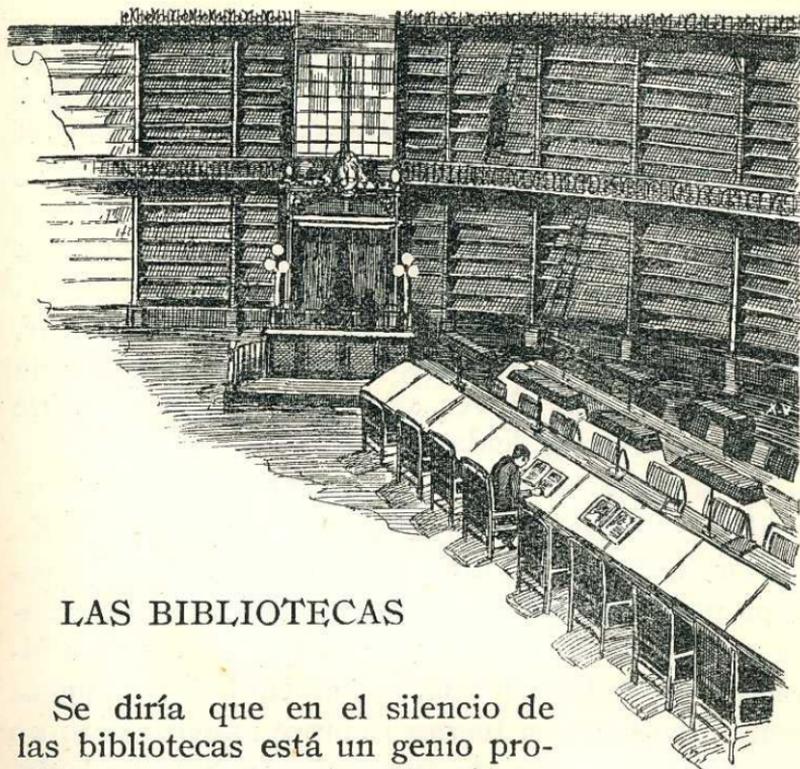
y entonces se resolvió atacar a las larvas en su propio sitio de origen, en los pantanos. Como habría resultado muy costoso cegarlos, los físicos vinieron en auxilio con este inteligente consejo:

—Arrojad petróleo crudo en las aguas estancadas, hasta cubrir la superficie con una capa aceitosa que impida la entrada del aire y la respiración de las larvas, y éstas morirán.

Así se hizo, y gracias al esfuerzo combinado de varios hombres de ciencia, pudo proseguirse el trabajo.

Ese esfuerzo permitió ofrecer al mundo una obra de incalculables beneficios como es el Canal de Panamá, demostrándose una vez más el valor y el poder de la ciencia, en la que nada es inútil. El sabio que estudia la vida de los insectos es tan digno del respeto y de la gratitud de la humanidad, como el médico que nos ayuda a recuperar nuestra salud quebrantada o el ingeniero que concibe tantas maravillosas obras.





LAS BIBLIOTECAS

Se diría que en el silencio de las bibliotecas está un genio propicio, que anima el pensamiento de los que buscan en ellas un refugio para apagar su sed de saber.

Hay en ellas una calma que predispone la inteligencia, para que ésta recoja las ideas de los que escribieron cosas sabias o bellas en los libros que llenan las estanterías.

En muchos de esos libros los autores dejaron el fuego de su imaginación, su ciencia, su amor a la humanidad, sus palabras de aliento para el bien, o los encantos de su ingenio y la alegría de sus vidas serenas y felices.

Si entráis a la sala de una biblioteca y contempláis los libros que cubren las paredes, pensando

en esto que os digo, creeréis que por momentos se anima aquel mundo de ideas dormidas, y que de cada libro surge un atractivo que os impulsa a tomarlo.

Hay que hacer ese rincón de los libros gratos.

Aunque tengáis en vuestro pueblo una biblioteca, procurad que otra no falte en vuestra escuela, y empezad a formar una en vuestro hogar. Empezad por un estante, y sentiréis una especie de sano orgullo al ver aumentar la colección de obras selectas y leídas.

No imitéis a los que sólo tienen la manía de acumular vistosos volúmenes. A esos les bastaría reunir hermosas tapas, y llenarlas con paja o estopa para que lucieran tras los cristales eternamente cerrados. Preocupaos, sí, de que vuestros libros tengan buena apariencia, cuidad de que se conserven como si fueran siempre nuevos; pero no tengáis uno solo a vuestro lado sin haberlo leído.

¿Os rodearíais, acaso, de muchachos que se dijera amigos vuestros, y a quienes no conociérais? Los libros ocupan muchas veces a nuestro lado, el sitio que algún amigo no supo conservar, o porque fué un inconsecuente en sus afectos, o porque comprometió la simpatía que nos mereciera...

Las bibliotecas han desempeñado en todos los tiempos un papel civilizador. Los gobiernos, los hombres de Estado, los patriotas, han organizado bibliotecas que hoy son célebres.

Nuestro país se enorgullece de poseer la Biblioteca Nacional que fundara Mariano Moreno, y

otras que, difundidas en gran número por ciudades y pueblos, parecen faros de la inteligencia, porque lanzan el haz de luz que en ellas acumuló el saber humano, como una preciosa guía para los que buscan en la obscuridad el rumbo de sus ideas y de sus sentimientos.

* *

25 DE MAYO

Hijos de Mayo somos:
Saludemos con él nuestro Evangelio...
Mayo es una grandeza inmaculada,
gloria sin ambición, gloria del pueblo.

La libertad fué siempre,
en todas partes, explosión de incendio,
algo como un volcán cuando desgarrar
de la montaña el inflamado seno.

Las razas oprimidas
la han sentido en sus almas como el vértigo,
y su paso a través de las edades
con roja luz ha iluminado el cielo.

Sólo en el Plata tuvo
del sol que nace el esplendor sereno;
sólo en el Plata derribó el pasado
con la tranquila majestad del tiempo.

Mayo surgió en la Historia
y abrió a la luz los horizontes nuevos,
como el caudal de los fecundos ríos
cuando desbordan sobre el cauce estrecho.

Saludemos a Mayo,
que es de la libertad, gloria y ejemplo,
sin olvidar jamás que a nuestros padres,
para ser libres, les bastó quererlo.

MARTÍN CORONADO



LAS MANOS

Las manos, como la palabra, revelan la superioridad de los seres humanos sobre los irracionales. Un hombre que desde su nacimiento careciera de brazos, parecería un individuo de otra especie. Nos admira la semejanza de los monos con el hombre, no tanto por los rasgos de la cara o la forma del cuerpo — los hay que en nada de eso son comparables a aquél — sino por el uso acertado que hacen de sus manos.

Las manos están al servicio de nuestra voluntad, y no sólo ejecutan trabajos materiales, sino que hasta expresan sentimientos. Hay signos hechos con las manos que convencen como las pala-

bras; y cuando se habla, se siente la necesidad de afirmar la expresión con ademanes adecuados al tono de lo que se dice.

* Dos personas que se encuentran después de larga separación, se estrechan las manos en silencio, porque la emoción no les deja hablar; y, sin embargo, sus corazones se entienden.

En las manos buenas y honradas hay algo que las hace admirables. Por eso, el artista, el obrero, el niño o la mujer que pierden sus manos, inspiran profunda pena. La mano blanca y suave de la madre, la que acaricia y cura las heridas y seca las lágrimas, parece más bella cuando estrecha la mano áspera y encallecida del hombre trabajador.*

Si nos detuviéramos a pensar en las obras prodigiosas que salen de las manos, quedaríamos asombrados. Pero hay que educarlas, para que no sean torpes o inútiles. Las hay que clavan la pluma en el papel en que escriben, o destrozan las hojas del libro en que se lee; manos que no saben lavar la cara, ni coser un botón, ni dar lustre a un zapato; manos de varón que no pueden sostener ni usar una herramienta; manos de mujer que se pasan horas y días, una sobre la otra...

Pero ellas no tienen la culpa, no hacen más que obedecer a quien las gobierna...

Y llegamos aquí a lo que no quisiéramos recordar: las manos que roban, las manos que hieren. ¡Pobres esas manos! Ellas fueron alguna vez las manos pequeñitas y frágiles como un juguete, que el padre y la madre besaban para darles calor. ¿Por qué se hicieron malas?...

Id a ver las manos del herrero que dobla el hierro, imprimiéndole su voluntad; id a ver las del artista que arranca notas maravillosas al violín o al piano; preguntad cómo serán las manos de esas santas mujeres que en las guerras o en los desastres van levantando heridos, y cerrando los ojos a los que mueren. ¿Es posible que haya otras manos que en la sombra se manchen con el robo o con la sangre?

Os doy tiempo para pensar. Entretanto, haced que vuestras manos trabajen y jueguen, para que siempre sean buenas, útiles y limpias.





LA ALEGRIA

Con frecuencia se oye decir que no hay razón para vivir tristes, porque existen al alcance de cualquiera *mil* modos de estar alegres.

Nada menos cierto. No es alegre el que quiere, sino el que sabe serlo. Oigo a dos niñas que recorren el patio a grandes saltos, gritando desafortadamente, y a tres chicos que han dicho: “¡Vamos a divertirnos!”, y se han entregado a bromas de mal gusto, trezándose en desagradables escenas de lucha,

como tres indiecillos en plena libertad. Eso no es alegría. Eso es diversión alocada o brutal.

La alegría no consiste en gritar ni en agitarse, ni para estar alegres hay que parecer mal educados, dando rienda suelta a la grosería en forma de bromas o juegos violentos.

La alegría es un beneficio que no se encuentra ni se compra.

¿Qué haría un muchacho díscolo y malhumorado si hallase en su camino un sencillo juguete, suficiente para hacer la alegría de otro niño más bueno?

Seguramente le daría un puntapié, o lo miraría con indiferencia.

¿Y qué ocurre con aquellos que no saben divertirse si no es gastando sus monedas en golosinas o baratijas? Esos creen que la alegría está en el estómago, o que viene después de cada moneda que se malgasta.

La alegría no está en las cosas, sino en quienes saben lo que ella vale. Hay que cuidarla como a una flor que fácilmente se marchita. Hay que mantener el ánimo bien dispuesto siempre a la alegría, pero a la alegría sana, sencilla, a esa que no requiere gritos, ni saltos, ni ruidos ensordecedores.

Saben ser alegres los chicos que, cumplidas sus obligaciones, entonan sus canciones favoritas, solos o en rueda; los que conversan de cosas agradables o divertidas; los que juegan con moderación y compañerismo; los que disfrutan de un paseo.

Hay pueblos en que los niños campesinos, después de concluídas sus faenas, regresan por la tarde a sus hogares, en grupos o aislados, cantando como los pájaros lo hacen al amanecer.

Eso es alegría.

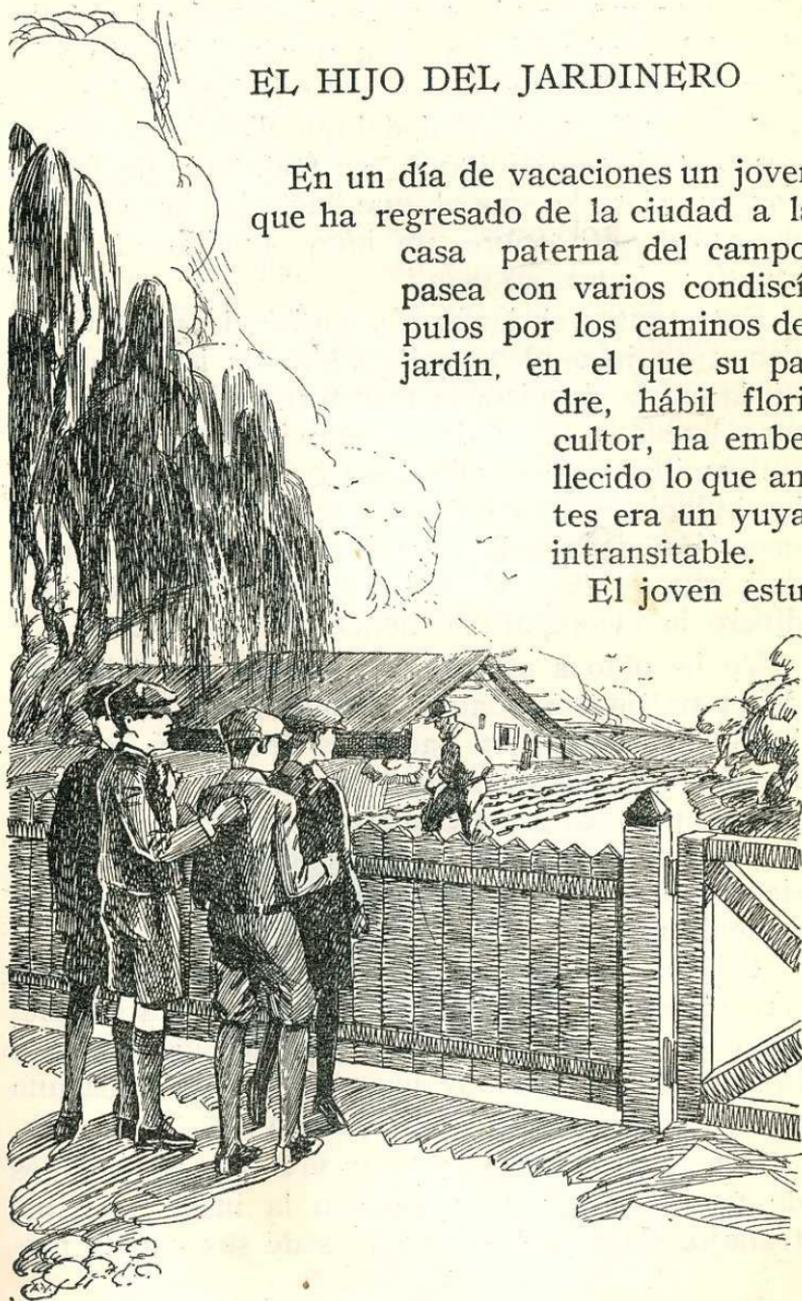
La alegría es el pan del espíritu, tan necesario como el otro pan, y, como él, puede prepararse para cada día, con bien poca cosa.



EL HIJO DEL JARDINERO

En un día de vacaciones un joven que ha regresado de la ciudad a la casa paterna del campo, pasea con varios condiscípulos por los caminos del jardín, en el que su padre, hábil floricultor, ha embellecido lo que antes era un yuyal intransitable.

El joven estu-



diante va mostrando a sus amigos todos los detalles del precioso lugar, con una satisfacción que él no disimula, mezcla de su admiración sincera y de esa pícara vanidad del que dice con voz grave: *¡Esto es mío!*, aunque, en realidad, no lo sea con más derecho que el que hacía hablar a aquel mosquito que, sobre un buey uncido al yugo, repetía: *¡Vamos arando!*

Entretanto, el jardinero, padre de nuestro joven, trabaja a pleno sol en uno de los extremos de la vasta propiedad, transformando en parque otra buena porción de terreno inculto.

Terminan su jira por entre rosales y jazmineros los bulliciosos muchachos, y se van con la visión magnífica de aquellos macizos de flores cargados de perfume, alabando a los oídos del hijo del jardinero la incomparable belleza de *su jardín...*

Yo he oído a muchos argentinos que hablaban de la patria como aquel estudiante lo hacía del jardín que cultivó su padre, es decir, con la satisfacción que inspira la libertad, con el noble orgullo que provoca en el espíritu el creciente adelanto de nuestro país, pero con ese poco de vanidad que sienten los hijos de los jardineros y los mosquitos agricultores...

Tal vez no haya sido vanidad; quizá fuera indiferencia eso de hablar de la patria y de sus grandezas, sin recordar a aquellos que nos legaron esta independencia que hoy hace de la República una nación feliz, próspera y respetada.

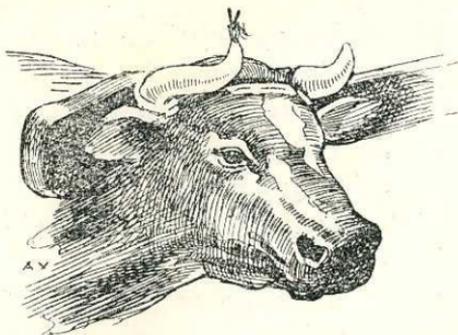
Nosotros hemos nacido y vivimos en tiempos de paz. Los niños crecen con la inspiración del trabajo, sin escuchar de labios de sus padres nin-

guna expresión de rencor para otros pueblos de la tierra. Esa situación envidiable nos permite vivir sin inquietudes, al amparo de la libertad, y por ella entregados al afán de engrandecer la patria.

Pero no imitemos al hijo del jardinero, acaso incapaz de venerar más tarde la memoria del padre, en el diario cuidado de las flores y los árboles con que aquél embelleciera su vivienda.

Seamos jardineros en el espacio grande o chico que nos tocó en suerte, para que si alguna vez la guerra marcó el suelo con el surco de los cañones y lo regó con la sangre de los héroes y los mártires, sea hoy y siempre una verdad aquel lema de los clubs de niños agricultores de Buenos Aires:

*Nos dió una patria el valor.
¡Que el trabajo nos la guardel!*



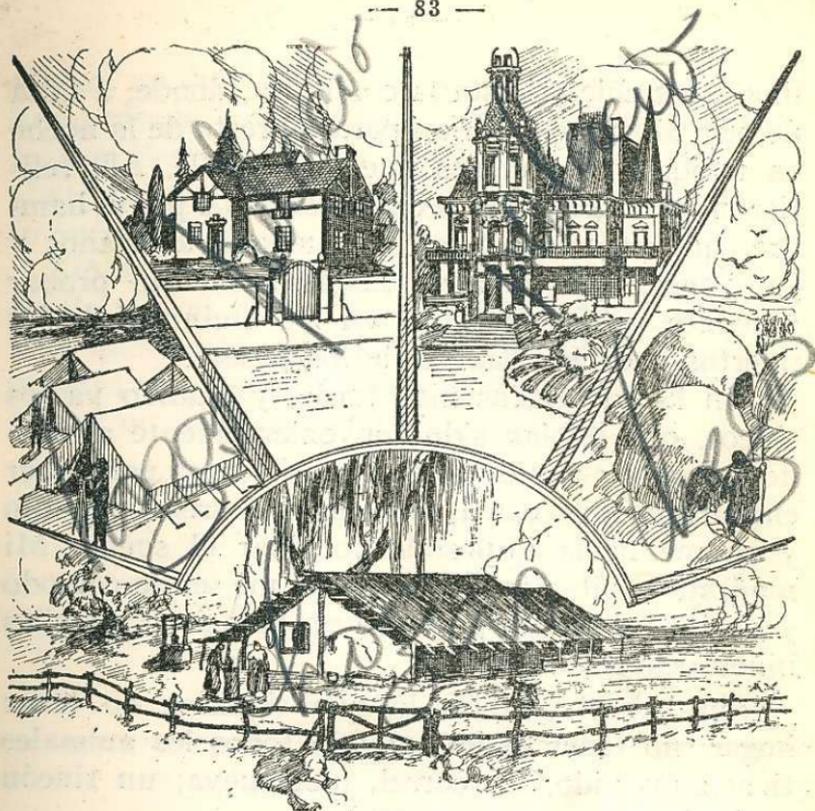
CAMPO SIN ARBOLES

Nada existe más triste y desolado
que el campo dilatado
cuando corre desde uno a otro horizonte,
sin mostrar a la vista que se pierde
la mancha, siempre verde,
de algún lejano y perfumado monte.

En él jamás palpita esa alegría
que brota en cada día
de cada rama que columpia el viento,
donde cuelgan las aves, entre flores,
esos nidos de amores
en que ocultan su dicha y su tormento.

Un campo así no escucha en la mañana
los cantos que desgrana
el enjambre que bulle entre las hojas,
ni el gemir de palomas en la tarde,
cuando el sol ya no arde
y se sepulta entre las nubes rojas.

En él siempre la noche es solitaria,
sin aquella plegaria
de la brisa en el arpa del ramaje,
y porque falta el árbol centinela
que en la tormenta vela
como faro sin luz, con su follaje.



CHOZAS Y PALACIOS

Caminando una noche del último invierno por una calle de la ciudad de Buenos Aires, próxima al cementerio de la Recoleta, encontré a dos muchachos dormidos en el umbral de una puerta. Eran un varón de unos trece años, y una chica algo menor, harapientos y descarnados. Se veía claramente que la miseria había marcado sus estragos en aquellos cuerpos endurecidos por el frío. Llamé a un agente de policía, y juntos acompaña-

mos a los chicos hasta la comisaría, donde, a falta de otro albergue, podrían pasar el resto de la noche en mejores condiciones que en la calle. Allí refirieron los muchachos, medio atontados por el hambre, que días antes habían quedado huérfanos y sin hogar, que llevaban largas horas sin probar alimento, y que dormían en los umbrales de las puertas y en los bancos de los paseos.

¡Sin hogar! Horas más tarde, y cuando ya los chicos, que habían sido convenientemente atendidos, debían estar durmiendo casi felices por haber encontrado una cama, recordaba el triste episodio y se me hacía imposible conciliar el sueño. Mi modesta habitación, en la que yo me sentía cómodo y abrigado, habría parecido un palacio a aquellos niños desventurados.

¡Sin hogar! ¿Sabéis lo que significa no tener hogar, no tener techo, cuando todos los animales tienen un nido, un corral, una cueva, un rincón cualquiera para guarecerse?

Si quisiéramos medir la tranquilidad y el contento que para los animales significa la posesión del sitio en que se recogen, nos bastaría observar su desesperación o su inquietud frente al nido deshecho, o al encontrar un obstáculo que les cierra el paso hacia aquel refugio.

Digamos que el palacio de cada uno es el hogar donde descansa de sus andanzas y fatigas. El labriego en su choza o el hombre de las ciudades en su sólida casa, como los viajeros en la carpa que levantan cuando el anochecer les sorprende atravesando bosques o montañas, se sienten fuertes y felices, no por el hogar que tienen, sino porque

tienen un hogar. La choza, el palacio, la carpa improvisada, pueden ser nidos cálidos y gratos, lugares llenos de paz y de bondad, si en ellos está el afecto, que todo lo puede, y la alegría, que todo lo embellece.

Niñas: A vosotras toca poner en vuestros hogares la alegría, el afecto y la bondad, para que ellos sean más gratos y cálidos que los umbrales de las puertas, en los que el frío adormece a los que no tienen un techo ni un pan.



LOS HEROES

Nuestra patria tiene una historia toda embellecida por el heroísmo. Los libros que hablan de los hechos ocurridos en las luchas por la libertad, describen la vida de un héroe en cada página. Desde muy niños aprendemos, con las primeras letras, los nombres gloriosos. Diríase que los hijos de este pueblo libre, a poco de nacer, saben ya por un extraño instinto quienes han sido los libertadores, como saben quienes son sus padres. Yo no sé si el azul y el blanco del cielo, y el brillo dorado de su sol, animan el espíritu como una música triunfal desde que los pequeños ojos del niño descubren la luz.

Después, jóvenes ya, la Historia nos habla con su voz grave, y la República entera parece decirnos en su callada inmensidad que ésta fué tierra de valientes. Llegamos, así, a la mayor edad, poseídos de ese noble orgullo que nos impulsaría a defender con igual decisión la memoria de los padres y la memoria de los héroes, si algún insensato pretendiera ultrajarlas.

Pero aquellos héroes llegaron a serlo porque además del valor, y antes que el valor, tuvieron una virtud: la paciencia. *Saber esperar*: he ahí el secreto de los triunfadores. ¿Qué hubiera sido de su valor heroico sin la preparación para la acción guerrera, y sin la habilidad para organizar el ataque sin descuidar la defensa?

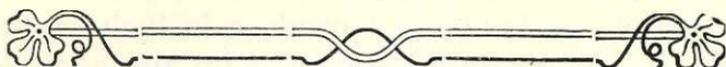
¡Saber esperar! ¿No esperaron, acaso, los que preparaban la Revolución, los que la soñaron? Y

los héroes de San Lorenzo, ¿habrían vencido si, impacientes, se hubieran lanzado a la lucha antes del momento preciso? Y si queréis un alto ejemplo de paciencia heroica, ahí tenéis el que ofreció San Martín, cuando calculó hasta los menores detalles de su acción a través de los Andes, para no malograr el triunfo final.

En cada joven que sabe esperar sin perder su orientación, hay un héroe, como lo hay en cada trabajador paciente que construye algo cada día, y en todos los que estudian y piensan con la mente puesta en el porvenir.

Hoy no interesa el heroísmo guerrero más allá del que admiramos en la historia de la patria. Hoy necesitamos un héroe en cada muchacho, una heroína en cada chica. Necesitamos que cada éxito buscado, así sea el que está en todo deber bien hecho, en todo problema bien resuelto, se prepare como si fuera la campaña final, sin que falte nada al valor que habrá de vencer el obstáculo, nunca tan enorme como el que los Andes opusieron a San Martín, para probar su heroísmo y enaltecer su gloria.





MARINA

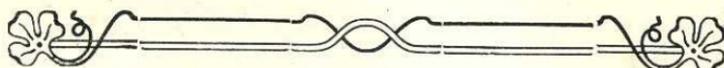
El sol declina. Tibios, sus fulgores
derraman oro sobre el mar dormido,
y el remo, cadencioso en su chasquido,
arrebata a las aguas mil colores.

Entre sombras y rojos resplandores
se aleja la ciudad. El cerro, erguido
sobre un fondo de cielo ya encendido,
ciñe un traje de nieblas y vapores.

Y en la calma profunda de la tarde,
mientras la arena de la playa arde
simulando un incendio allá en la orilla,

tejiendo y destejiendo suave estela,
que quiebran los reflejos de una vela,
se desliza serena la barquilla.

LUIS ESCARZOLO TRAVIESO.





LA SIMPATÍA

En las relaciones con los que nos rodean sólo tenemos un camino para llegar a entendernos: el de la simpatía. Por él se va tan lejos, como podría irse siguiendo el sendero que corre entre los árboles de un extenso bosque.

La simpatía es una fuerza comparable a la del imán, por su poder de atracción. Entran en ella varias cualidades que forman la verdadera superioridad de unas personas sobre otras. En la simpatía hay sinceridad de sentimientos, modestia, firmeza, tolerancia...

Esas cualidades, como muchas materias que el hombre llama preciosas, han hecho de la simpatía una llave de oro, con la que es posible abrir todas las puertas, la de la choza y la del palacio.

Supongamos a un muchacho frente al grupo de sus compañeros, pero despojado, por un momento, de aquellas condiciones que enaltecían su carácter. Ahora no es sincero, ni modesto, ni firme, ni tolerante. Es un ser extraño: miente hasta cuando piensa; encomia lo que ha hecho, como lo único y lo mejor que existe; disimula sus opiniones, o las reserva; no sabe decir *sí* o *no* cuando debe decirlo; tiene una ironía amarga para cada error que cometen los demás, o sonrío con aire de burla ante sus defectos...

Los del grupo lo miran sorprendidos. Es una persona a quien no conocen: es algo áspero, hiriente, incómodo... Y se apagan las sonrisas en los labios y la alegría en los ojos, como la luz del sol cuando pasa una nube. Es decir: se cierran todos los caminos.

Pero... ¡no! No admito que haya muchachos así. Eso que os digo es una suposición, un experimento... Dejemos que nuestro niño recupere su sonrisa franca, su presencia desenvuelta, su palabra firme y clara, su serenidad, su paciencia, y ya veréis como le reciben los compañeros, y como todas las manos lo saludan, y como las exclamaciones de simpatía suenan en el aire, haciendo eco a sus propios sentimientos.

Será, para los del grupo, el buen muchacho que vuelve, abriendo los corazones con su llave de oro.



LOS SEPULCROS

Todo el que pasa junto a un sepulcro se deja llevar de cierta atracción extraña, y se detiene a contemplar la losa o la cruz. En esa contemplación silenciosa hay recogimiento y piedad. Es un homenaje que se rinde a la muerte, y hasta los seres más indiferentes y rudos ponen en él un sentimiento de respeto.

Cada sepulcro encierra la historia de una vida. Los hay como páginas llenas de enseñanzas; los hay también como negras páginas manchadas por la maldad o el crimen; pero aun ante esas tumbas la piedad humana purifica la memoria del muerto, y el hombre se descubre, y la buena mujer que pasa deja una oración.

Es así como los sepulcros, desde su frío silencio, gobiernan los sentimientos. Todos los pueblos civilizados veneran a sus muertos y respetan los lugares en que reposan. Ante cada sepulcro que encuentra en tierra extraña, el viajero recuerda que allá, en su lejano país, hay otro que guarda cenizas sagradas para él, y entonces inclina su frente, como no lo haría ante ninguno de sus semejantes, y se recoge en un instante de meditación.

La muerte, pues, como la vida, es una sola y está en todas partes. Os explicaréis entonces esa muda atracción de los sepulcros, que parecen decir al que pasa: *Quienquiera que seas, acércate y medita.*

Todos sabéis que la última guerra cubrió de muertos los campos de Europa. Partían los ejércitos llevándose lo mejor de la juventud, y más tarde volvían deshechos. La guerra fué destruyendo vidas, sin permitir a veces que los deudos de los muertos supieran donde caían sus héroes. Legiones de bravos soldados desaparecieron, sin que sus mismos compañeros de armas pudieran darles sepultura ni clavar una cruz para salvarlos del olvido.

Los gobiernos de los países castigados por esos horrores, han levantado un monumento, el Sepulcro del soldado desconocido, en el que se guardan los despojos de uno de esos que murieron sin dejar huellas de su nombre.

Hasta él llegan todos los que tuvieron un muerto que nadie encontró en los campos asolados por la guerra. ¡Cuántas madres que perdieron un hijo pensarán que ese muerto ignorado es el suyo!

Así, por la veneración que se rinde a ese sepulcro, los vivos se mantienen unidos a los que cayeron

desamparados de esa piedad que cubre las cenizas de los que mueren y purifica su memoria.

Cada vez que pasáis junto a un sepulcro yo os diría:

—No importa que no sepáis quien duerme bajo esa losa. Dejad que ese sepulcro os haga pensar, y honrad vuestra condición humana levantándola en el respeto que inspira la muerte.



RIOS Y COSTAS

¿Sabéis por qué son ricas y prósperas las poblaciones que bordean los ríos Paraná y Uruguay? Ya sé lo que pensáis: porque esos ríos facilitan el transporte de la producción...

Pero yo os aseguro que si sus aguas fueran a echarse en algún lago o cayeran al mar volcándose por sobre altas barrancas, aquellas poblaciones no serían lo que son.

La razón es la que pensábais, sin duda, pero completada con esta otra: esas poblaciones son ricas y prósperas porque están sobre costas de ríos que prolongan hacia el interior la comunicación marítima. Aun cuando los grandes barcos no puedan navegar por todo el curso de esos ríos, bastará que exista un lugar cómodo y seguro para efectuar el trasbordo de los cargamentos, y con ello los puertos fluviales recibirán los incalculables beneficios a que da origen el comercio de ultramar.

Podemos afirmar entonces que la mayor riqueza de una región o de un país inmediatos al mar, depende de que sus costas sean más fácilmente accesibles a la navegación.

Si los habitantes de Buenos Aires, Rosario o Bahía Blanca tuvieran que contemplar el agua desde elevadas barrancas o acantilados, a larga distancia, a través de arrecifes o por sobre costas rocallosas, esas tres ciudades no habrían podido alcanzar la importancia que les dan sus puertos, construídos al nivel de las aguas navegables y en comunicación directa con el mar.

Desde tiempos remotos las expediciones marítimas comerciales se encaminaron a los países dotados de costas de fácil acceso, y les llevaron la actividad y la riqueza.

Si estudiáis con inteligencia la geografía, y la historia de la colonización y del comercio de todos los países del mundo, llegaréis a comprender esa interesante cuestión que os presento en estas páginas. Veréis cómo el hombre y el mar, eternos enemigos que luchan por afirmar el dominio del uno sobre el otro, llegan a entenderse cuando el primero asocia al segundo a sus empresas y conquistas, en esa constante aspiración por acrecentar el trabajo y los beneficios que él proporciona.

❧ ❧

CANTO DE LA NOCHE

En hora desusada,
me voy a pie por ese vallecito
que la noche serena y estrellada
entolda de infinito.

Ninguna prisa llevo
ni voy a parte alguna,
sino a los campos solos
a ver salir la luna.

Con aire macilento
los árboles festonan de ramaje
el trillado camino polvoriento,
y en el sutil encaje
zumba a ratos el viento.

En la blanca gramilla recostado
pláceme contemplar el horizonte
de lóbrega negrura circundado,
y en la arista de un monte
que a lo lejos la rota cresta empina,
el brillo de una estrella diamantina.

En el obscuro seno de una mata,
donde una araña sus telares iza,
como una gota pálida de plata
una pobre luciérnaga agoniza...

JUAN CARLOS DÁVALOS.

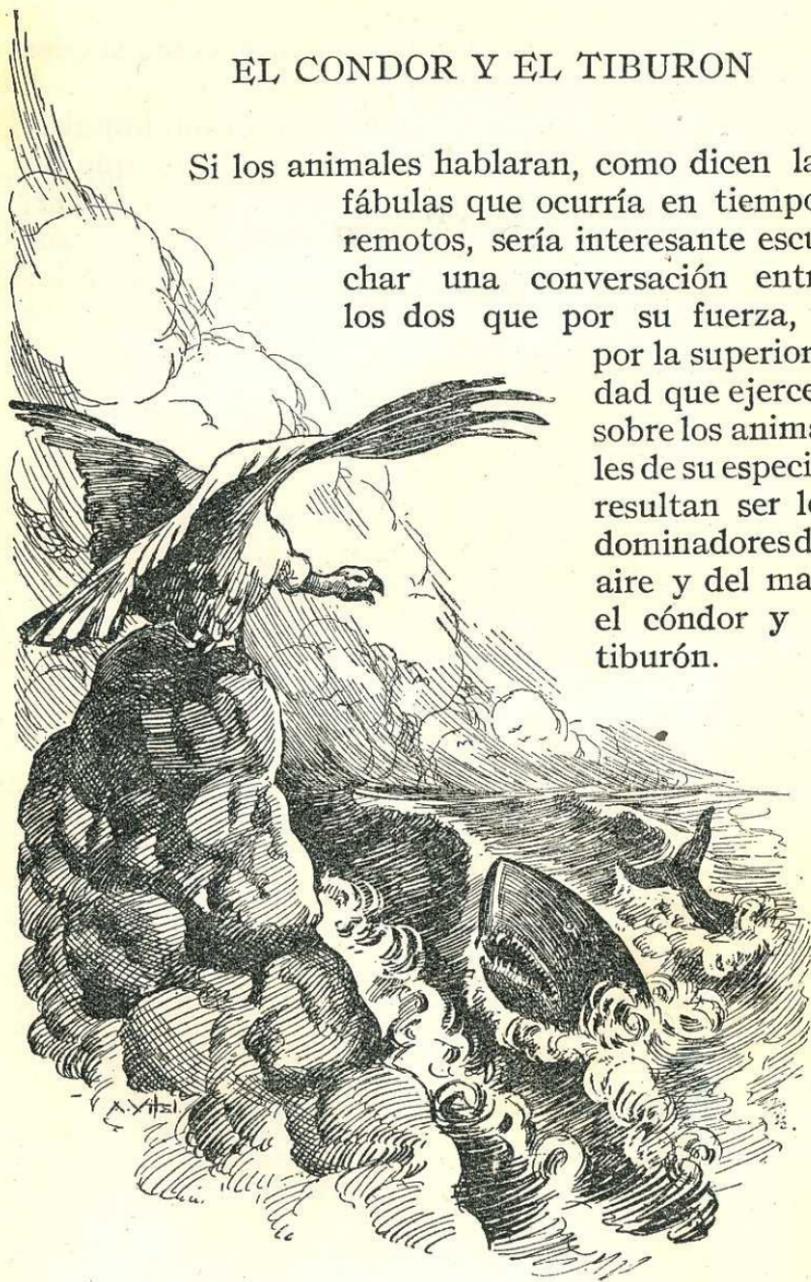
gría, reís también, involuntariamente, como si ellos os contagiaran su felicidad.

¿Por qué no habríais de sentir el mismo impulso, involuntario, espontáneo, cuando hubiera que levantar a uno de esos muchachos? Y digo *levantar*, porque no sólo caemos cuando tropezamos o perdemos el equilibrio. El olvido de uno solo de los deberes que nos impone la buena conducta, es también una caída.



EL CONDOR Y EL TIBURON

Si los animales hablaran, como dicen las fábulas que ocurría en tiempos remotos, sería interesante escuchar una conversación entre los dos que por su fuerza, y por la superioridad que ejercen sobre los animales de su especie, resultan ser los dominadores del aire y del mar: el cóndor y el tiburón.



Si dudáis del interés de tal conversación por tratarse de animales que viven en medios distintos, yo os procuraré un encuentro de esos personajes; quizá lleguen a entenderse. Tal vez en algún peñasco, cerca de la costa del Océano Pacífico... ¡Si a un cóndor andino se le ocurriera bajar hasta él!...

—Buenos días, amigo Tiburón. Acérquese y hablaremos.

—Muy buenos, amigo Cóndor. Yo también deseaba encontrarme con usted.

—¿Viene de lejos?

—Sí. He llegado de los mares del Norte. ¡Me han corrido!

—¡Que lo han corrido! ¿Y cómo ha sido eso?

—Verá. Yo creía hasta hace poco que el dominio de las inmensas profundidades del mar me pertenecía en absoluto.

—¿Y quién se atrevería a dudarlo?

—Yo mismo estoy dudándolo, amigo Cóndor. El mar está lleno de unos monstruos de acero que no me explico de dónde han salido. Los he atacado, pero me he roto los dientes sobre su piel impenetrable. Hay que ver cómo corren esos peces, y qué extraños efectos produce su marcha por debajo del agua. Temo que se cumpla aquello de que el pez grande se come al chico, y he preferido escaparme... ¿Pero qué le pasa, amigo Cóndor? ¡Se ha quedado pensativo! ¿Le está flaqueando el corazón?...

—¡Ay!, amigo Tiburón. Yo también tengo algo grave que contarle. Siempre creí que el dominio de las alturas sin límites pertenecía a los de mi

raza. Usted en lo más profundo y yo en lo más alto, éramos dos reyes indiscutidos y felices. Ahora las cosas han cambiado. Hay unos enormes moscardones que se cruzan la cordillera en menos tiempo del que se demora en contarlos, y que me quitan el sueño con su zumbido infernal. A veces pasan por sobre el pico más alto, en el que estoy tomando fresco, y es en vano que trate de darles caza: siempre se me escapan de las garras.

—He oído decir que el pez y el moscardón son obra del hombre.

—Así dicen; pero me parece que el moscardón atrapa a los hombres. Afirmaría que uno de esos animales se llevaba dos...

—Yo creo lo mismo del pez, amigo Cóndor. He visto alguno como con treinta hombres en el estómago...

—¡Qué raro es que el hombre se haya entregado a esos monstruos!

—Desconfíe, amigo Cóndor. Él sabrá lo que hace. Es un animal inteligente, y creo que esta vez nos ha dominado.

—Sí, amigo Tiburón. Me parece que ha llegado ese triste momento. Alguna vez tenía que suceder.

—Mi poderío en el mar ya no convence a nadie.

—El mío en el aire, tampoco...

Y los dos animales, definitivamente vencidos, se separan con gran precipitación, sin decirse una palabra más. Han oído el zumbido del moscardón que se aproxima. Si lo vieran detenerse suavemente sobre el agua creerían, mudos de sorpresa, que baja a beber o a picar a los tiburones conversadores...

SAPOS Y LECHUZAS

Yo me pregunto si alguien de vosotros podría referirnos algún percance que le hubiera ocurrido en un encuentro con sapos o lechuzas, un mordisco o un insulto de un sapo, por ejemplo; un picotazo o una broma pesada de una lechuza. Porque tanto se calumnia a esos dos animales, que ya no sería extraño que se les acusara también de faltar al respeto a las personas...

Nadie de vosotros, estoy seguro de ello, tendrá nada que contarnos; y sin embargo, me parece notar el gesto de profundo desagrado que algunas niñas han hecho al iniciar esta lectura. Hasta creo oír que alguien dice:

—¡Sapos y lechuzas! ¿Por qué este libro no habrá pasado por alto a estos dos animalejos, repugnante el uno, antipática la otra? ¿Qué tienen que hacer aquí esos seres repulsivos?

Ese desagrado que sienten hasta los que sólo conocen al sapo y a la lechuza por las láminas de los libros, no es más que un prejuicio, fruto de la ignorancia, que se viene transmitiendo desde que existen lechuzas y sapos. Se juzga a estos animales por el aspecto exterior, y en cambio se encuentra muy sabrosa la carne del cerdo, no obstante sus costumbres, su figura grotesca y su horror a la higiene, o se admira la prodigiosa inteligencia de las hormigas, aun cuando nada se ignora del trabajo destructivo que realizan.

Es que con respecto al cerdo y a las hormigas ya hemos puesto en orden nuestras ideas; admitimos

la fealdad del uno y la insaciable voracidad de la otra, pero les atribuimos algunos méritos.

Yo os diré por ahora que el sapo es un peón sin sueldo de los agricultores y jardineros, y la lechuza, un gato que vale como cuatro para destruir ratas. En efecto: el primero se alimenta de cuanto insecto dañino encuentra por jardines y sembrados, y la segunda tiene especial predilección por los murciélagos y las ratas, necesitando cuatro de éstas para satisfacer el hambre de un día.

Me diréis que su aspecto los condena; pero el cerdo está lejos de ser un animal atrayente, y la hormiga, con su cuerpo negro, áspero y duro, no tiene siquiera un matiz de color que la haga vistosa.

El mérito de los sapos y las lechuzas es mayor, porque no destruyen nada útil. Y ved por dónde triunfa el valer positivo de dos seres que no tienen la culpa de haber nacido feos. Pareciera que procuran hacer menos odiosa su triste condición, aliándose al hombre que trabaja, decididos y en silencio, como lo hacen los verdaderos amigos.



EL CONDOR

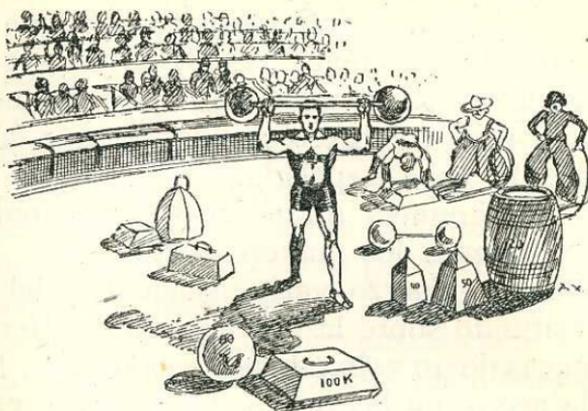
Sobre las altas cumbres
de la nevada cordillera andina,
hay un ave, soberbia y solitaria,
que parece soñar perpetuamente
con extrañas vislumbres
de quién sabe qué aurora extraordinaria.

Ave de soledad, que entre las rocas
de la enriscada cumbre
anida, con el cielo por techumbre,
mirando abismos como hambrientas bocas;
y que finge, encorvada,
allá, sobre las crestas de granito,
frente a la obscura inmensidad que aterra,
un audaz centinela de la tierra
vigilando en silencio el infinito.

¡Es el cóndor! . . . , monarca de la altura
que desdeña anidar en la llanura,
y en las montañas donde el trono asienta
engendra sus afanes,
al rojo resplandor de los volcanes
y al horrendo tronar de la tormenta.

¡Viajero que, cruzando
el Ande colosal, vas por la senda
rememorando la inmortal leyenda
de aquel gran capitán que con su hueste
atravesó esos valles, levantando
un nuevo pabellón blanco y celeste:
si un cóndor solitario
que el cuello enarca y el plumaje eriza,
se te presenta, en cúspide lejana,
salúdalo al pasar, que simboliza
la libertad del alma americana!

JULIÁN DE CHARRAS.



EL ATLETA DEL CIRCO

El anuncio de una función extraordinaria me ha llevado al circo, y, contagiado del entusiasmo y de la impaciencia de los chicos, yo también me abro paso por entre la muchedumbre que se agolpa a la entrada. No quiero quedarme atrás y presenciar el espectáculo desde un lugar mal situado. Quiero estar ahí, junto a la pista, para seguir de cerca el trabajo de los acróbatas y los contorsionistas, las habilidades del elefante y las piruetas de los monos, y para escuchar las salidas inesperadas de los payasos.

Los números del programa van sucediéndose, animados por la música alegre y ruidosa de la banda. Ya han cumplido su parte dos equilibristas, un prestidigitador, un bailarín famoso que hace prodigios sobre un caballo que galopa, un tragaldabas que hace creer que engulle un sabroso almuerzo de espadas, puñales, alfileres y fósforos encen-

didos, y el cómico, el infaltable cómico que hace reír con su sola presencia, metido en unos pantalones inmensos, con su enorme levitón de mangas larguísimas y el sombrero minúsculo que le resbala sobre la cabeza pelada.

Por fin se anuncia un número sensacional: el atleta que levanta los mayores pesos.

Con mucho esfuerzo varios sirvientes del circo van depositando sobre la arena grandes esferas de hierro, mazas de un volumen impresionante y largas barras de acero, en las que se ve indicado con cifras blancas el peso de cada una. Algunas de esas cifras causan pesadillas...

Ya está el atleta en presencia del público. La música ha cesado, para hacer más profunda la expectativa. Diríase que se oye la respiración de los concurrentes... El atleta muestra sus músculos, cuyo desarrollo extraordinario impresiona; pero a pesar de su aparente resistencia, piensan muchos que no llegará a soportar aquellos pesos formidables.

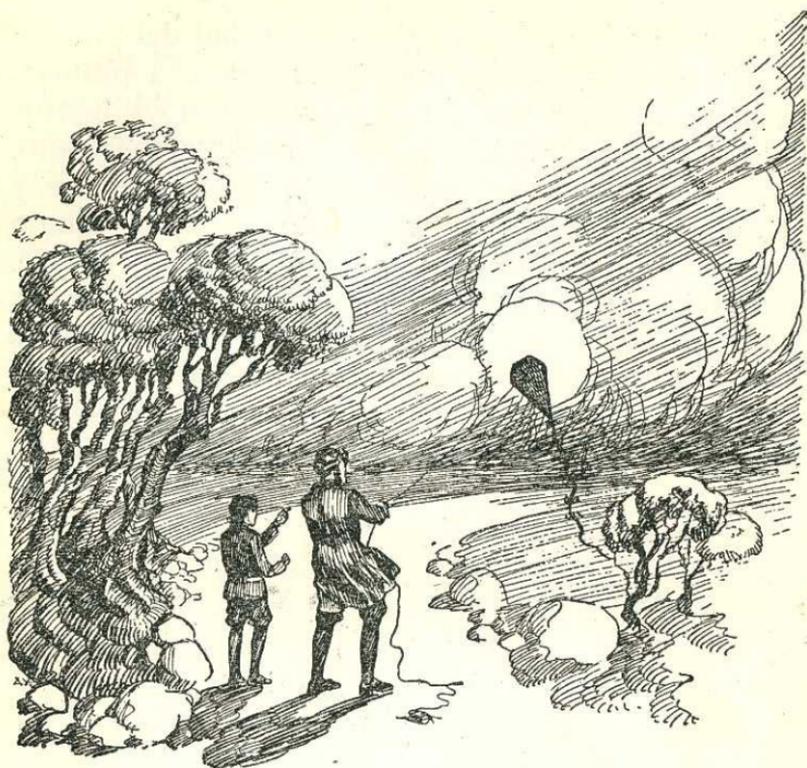
En medio de una atención que a ratos se hace penosa, el atleta va levantando, uno a uno, los distintos instrumentos con que demuestra su fuerza hercúlea: los suspende en alto durante unos minutos, haciendo visible su tensión muscular, y luego los deposita lentamente sobre la arena, para repetir una y otra vez la hazaña, sudoroso y jadeante.

Termina su número y se retira, acompañado por una salva de aplausos; y en tanto que la banda de música deja oír una marcha triunfal, el cómico de los pantalones grandes y del sombrero resbaladizo

se entrega con gran sorpresa e hilaridad del público a levantar los pesos, como quien levanta plumas, describiendo con ellos toda suerte de movimientos en el aire, para arrojarlos luego, sin esfuerzo alguno, hasta cerca de los espectadores, entre cabriolas y gestos divertidos, mientras el falso atleta saluda risueño, asomando la cabeza por entre un cortinado.

¡Cuidado, muchachos! ¡Cuidado con imitar a esos atletas de circo que entretienen al público haciendo la farsa de mostrar habilidades que no poseen! Cerca de cada uno de ellos hay un cómico que se encarga de descubrir el engaño...





RAYOS Y BARRILETES

Remontar un barrilete y serenarlo sobre el fondo del cielo azul, es un pasatiempo lleno de atractivos y de belleza. De buena gana me iría con vosotros al campo abierto, para disfrutar de la vista de un barrilete inmovilizado a gran altura, como si fuera un pájaro de vivos colores dormido en el aire.

Por lo general, los niños elevan sus barriletes en días hermosos, y tan pronto como el tiempo amenaza tormenta, recogen rápidamente el hilo y

suspenden el juego. Quieren salvar la obra que les costó tanta labor y no pocos centavos invertidos en papel y engrudo. Es admirable esa prudencia de los muchachos; pero temo que nunca se les haya ocurrido pensar que remontando barriletes en un día tormentoso, puede salvarse algo más que el engrudo y el papel.

Si os parece sorprendente esto que digo, ahí va una historia.

Un hombre estudioso — Benjamín Franklin — cuya memoria venera el mundo entero, se dedicó a observar ciertos fenómenos atmosféricos. Llamaban su atención los efectos del relámpago, y se propuso realizar diversos experimentos para saber si esas descargas eléctricas podían ser conducidas fuera de las nubes.

Un día de junio de 1752, en medio de una gran tormenta, salió al campo en compañía de su hijo, elevando un barrilete hasta considerable altura, a favor del fuerte viento.

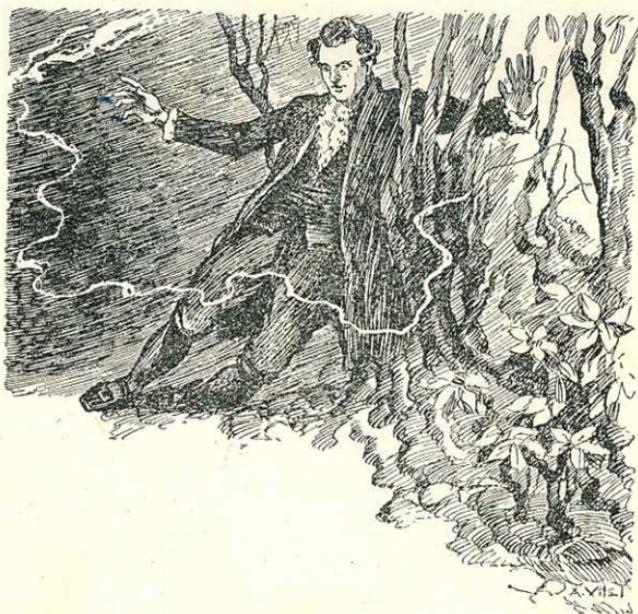
Habíanse producido ya varios relámpagos sin que Franklin sintiera efecto alguno, cuando, mojado el hilo por la lluvia que empezaba a caer, aumentó su poder de conductor, a tal extremo que, al repetirse una nueva descarga, el sabio estuvo a punto de caer fulminado.

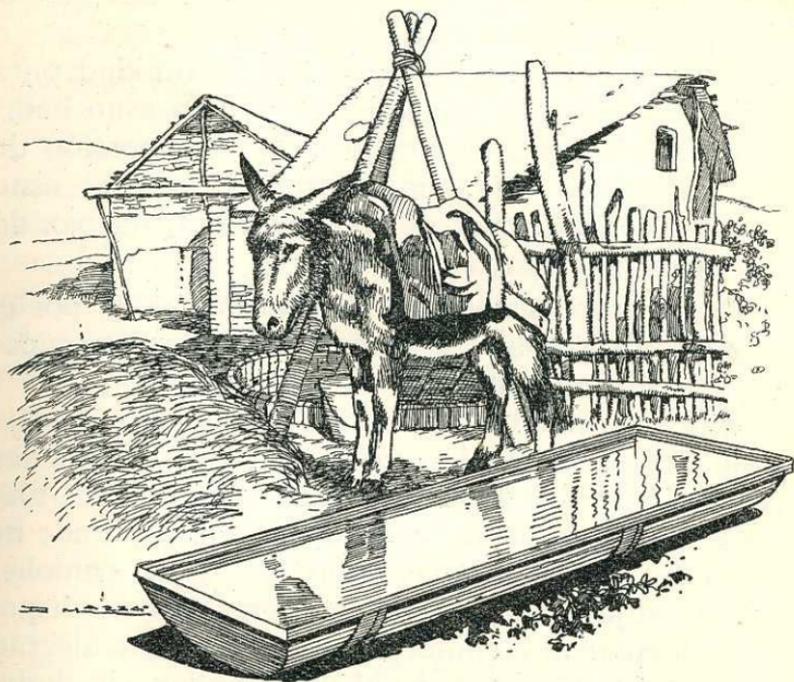
Franklin había descubierto en ese momento el secreto del pararrayos, uno de los admirables inventos con que se beneficia la humanidad.

¡Quién lo hubiera creído! ¡Quién podrá admitir que haya seres inútiles en el mundo, cuando hasta los barriletes suelen estar al lado de los sabios, trabajando con ellos para labrar su gloria!

Y advertid que el barrilete de Franklin, que subió hasta las nubes a encontrarse con los rayos, ha prestado un doble servicio. Todavía pareciera oírsele decir:

—Amigo Franklin: yo era eso que tú querías inventar. Lo era desde que hay barriletes capaces de subir en días de tormenta. Sólo la prudencia de los muchachos que juegan conmigo ha hecho que yo guardara hasta ahora mi secreto...





EL ASNO DE BURIDAN

—¿No habéis encontrado nunca un asno que frente a un montón de avena y a un bebedero de agua se muere de hambre y de sed? Caso extraño, ¿verdad? Pues si lo encontráis, avisad y tened cuidado. Es el asno de Buridán...

Juan Buridán fué un sabio francés que vivió hace seiscientos años. Aseguró que los animales, como el hombre, realizan diversos actos con el auxilio de la voluntad; y como era muy exigente

con los que discutían sus opiniones, quiso que le demostraran lo contrario.

Sus adversarios vieron ahí la oportunidad para ridiculizar al sabio, e imaginaron a un asno hambriento y sediento colocado entre una porción de forraje y otra de agua, afirmando que el asno moriría de hambre y de sed, pues era incapaz de decidirse por una u otra cosa.

Desde entonces el asno de Buridán anda por el mundo. ¡Quién sabe si no es ese que vemos empacado, recibiendo una lluvia de golpes!

Hay que cuidarse del mal ejemplo de ese viejo asno. Yo sé de muchos niños que dejan correr las horas sin acercarse al libro que los mira desde una mesa, ni al pequeño trabajo que los reclama; he visto también a muchas niñas que dejan enmohecer la aguja y marchitarse las flores, por no disponerse a coser ni a cuidar de las plantas que alegran su ventana. Es que por ahí debía andar, sin duda, el silencioso y testarudo asno de Buridán, que a pesar de los seiscientos años transcurridos, no ha sabido convencerse de que la felicidad y el bienestar llegan a su hora con la actividad y el esfuerzo.

El muy asno prefiere todavía los palos a la pasajera fatiga de andar con la carga; el hambre y la sed, a la insignificante molestia de alargar la cabeza hasta el forraje o el agua. Y, como él, hay otros que de tanto ser indecisos se han hecho haraganes. No reciben golpes ni mueren de necesidad, pero llevan encima la vergüenza de no servir para nada.

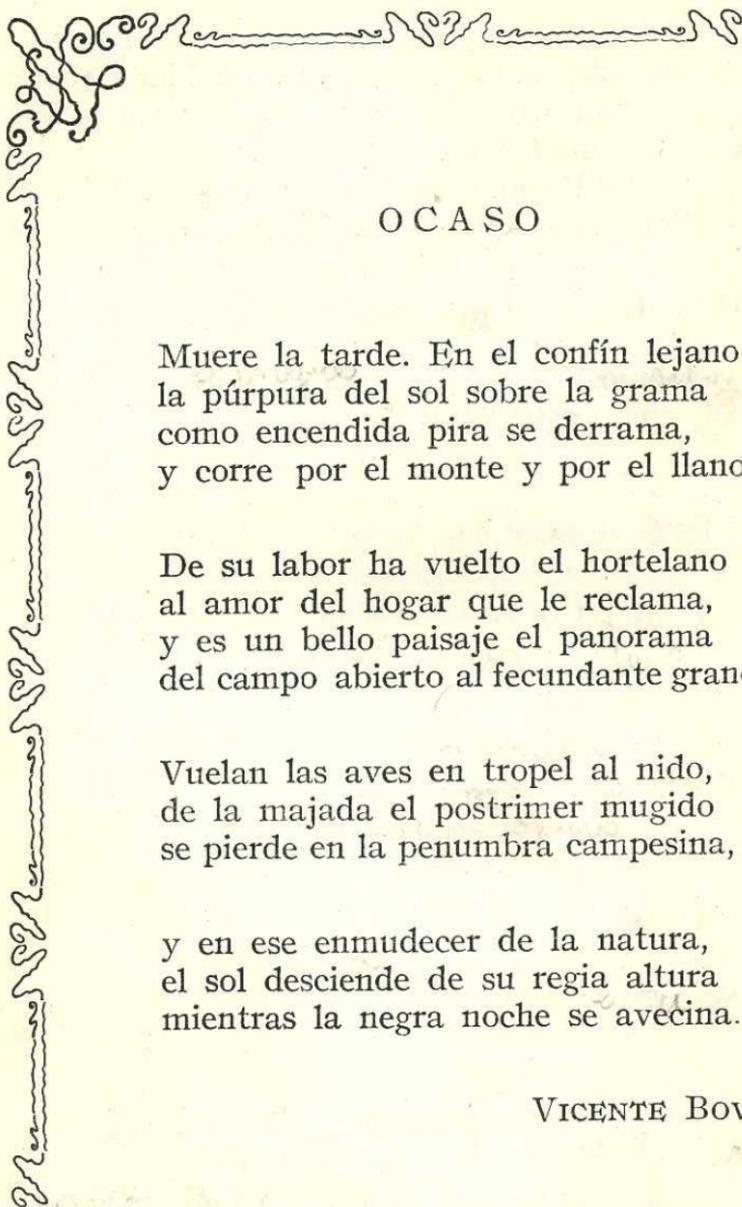
Hay que cuidarse de la indecisión. Es una desgracia tan terrible como la que se sufre por la falta

de los brazos o la pérdida de la vista. No confundáis la indecisión con el reposo. De él hablaremos pronto, y veréis que es tan necesario para la felicidad y la salud como el trabajo.

El asno de Buridán no conoce el reposo. A fuerza de ser indeciso, no sabe cómo tiene que hacer para sentir la satisfacción del descanso. Con la cabeza inclinada hasta tocar el suelo, y moviendo las orejas a uno y otro lado, parece decirse:

—¿Qué hago, señor Buridán, descanso o me quedo así, como estoy?...





O C A S O

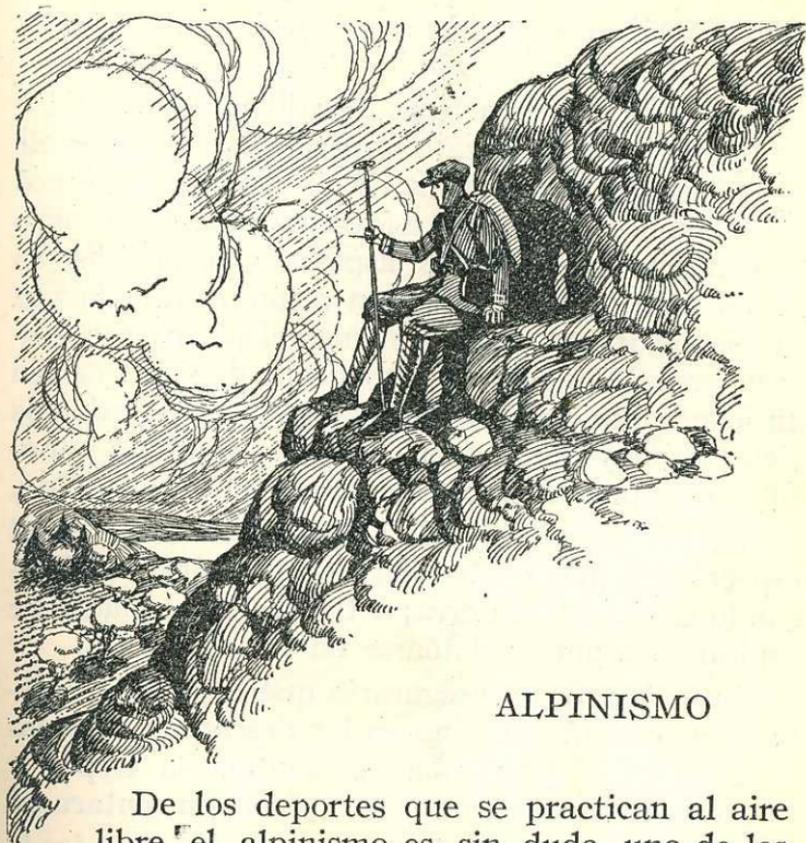
Muere la tarde. En el confín lejano
la púrpura del sol sobre la grama
como encendida pira se derrama,
y corre por el monte y por el llano.

De su labor ha vuelto el hortelano
al amor del hogar que le reclama,
y es un bello paisaje el panorama
del campo abierto al fecundante grano.

Vuelan las aves en tropel al nido,
de la majada el postrimer mugido
se pierde en la penumbra campesina,

y en ese enmudecer de la natura,
el sol descende de su regia altura
mientras la negra noche se avvicina.

VICENTE BOVE



ALPINISMO

De los deportes que se practican al aire libre, el alpinismo es, sin duda, uno de los que mayores atractivos y emociones provocan. Escalar grandes alturas, contemplar pintorescos valles, admirar todos los aspectos, variados y sorprendentes, que ofrece la montaña, es algo que seduce al que nunca lo ha experimentado, como entusiasmo a quien ha podido intentarlo alguna vez.

Aun cuando no todos hemos tenido la oportunidad de hacer alpinismo, habiendo trepado, a lo sumo, a algún cerro de escasa altura, pregunté-

monos cuál será la impresión más grata que se recoge en una ascensión.

No ha de ser, con toda seguridad, la del dolor de piernas que empieza a sentirse después de subir unos cuantos metros, ni la de los destrozos que nos causa en las manos el esfuerzo de sostenernos o el contacto con plantas ásperas y espinosas, ni la del susto que nos deja sin respiración cada vez que la piedra en que afirmamos el pie parece desprenderse de su sitio. Tampoco ha de ser la de esa ansiedad que se apodera del que ha pasado los cien metros y mira hacia abajo, pareciéndole imposible que pueda descender por donde ha subido.

No. La impresión más grata ha de estar en el espectáculo que se domina desde la altura, abarcando el cielo y la tierra; o tal vez en el placer de aspirar aire puro y bañarse en el sol...

Sin embargo, yo aseguraría que la mayor satisfacción no está ahí, sino en los descansos. ¿Os parece extraño? ¿Vamos a la montaña a trepar y luego resulta que encontramos placer en sentarnos?

Justamente. Sentándonos, ascenderemos más; lo haremos con mayor confianza y con nuevas energías.

¿Creéis, acaso, que llegaríais a la cima sin dar una tregua a vuestros músculos?

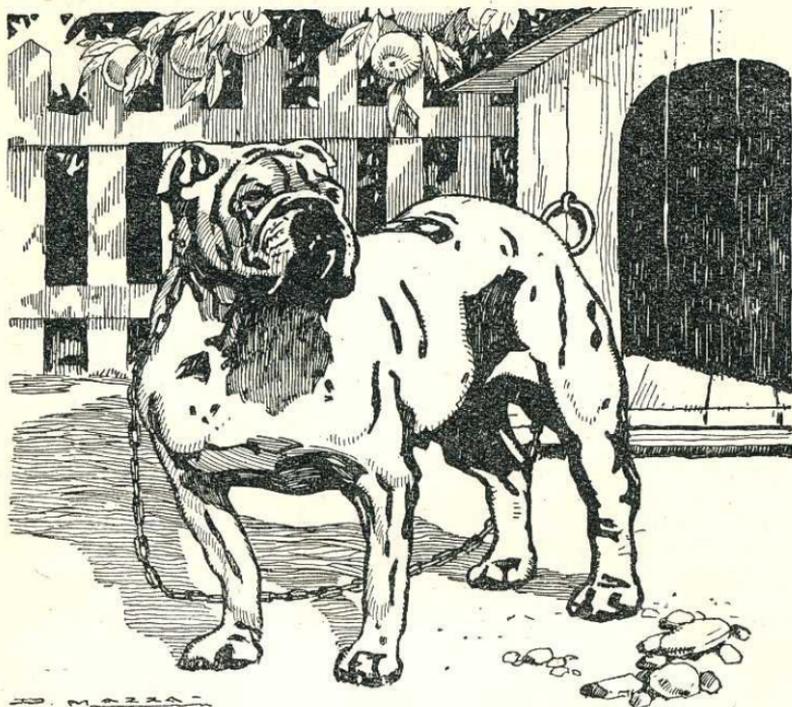
Cada vez que un alpinista se sienta en el curso de una ascensión, descubre nuevos aspectos del paisaje que tiene a sus pies, y comprueba que no es tan rudo el esfuerzo que realiza.

El alpinismo, como todo deporte, como todo juego, como todo trabajo, es una cuestión de mé-

todo. El exceso de fatiga muscular es tan dañoso como la falta de ejercicio.

Acostumbrémonos a sentarnos después de alguna labor ruda, por si alguna vez somos alpinistas, o porque siempre es bueno reflexionar sobre el camino hecho y mirar lo que aun nos falta recorrer, hacia adelante o hacia arriba.





LOS DERECHOS

Dos hombres discutían violentamente, y de vez en cuando uno de ellos lanzaba a grandes voces una palabra, que resonaba como un latigazo descargado sobre la cara del otro. Este oía la extraña palabra y enmudecía.

— ¡Mis derechos! — gritaba el hombre. — ¡Usted ha pisoteado mis derechos! ¡Yo tengo más derechos que usted!...

Parecía como que ese hombre no hubiera encontrado otra palabra más terrible para hacer callar a su enemigo. Era terrible, sin duda, pero yo la encontraba hermosa, y me decía:

—Si cuando dos hombres riñen uno de ellos consigue vencer al otro, valiéndose sólo de una palabra que le lastima como un arma, hay que creer que aquél tiene toda la razón que le falta a su adversario.

Después de ese episodio he presenciado muchas discusiones y riñas, en las que siempre había uno que podía hablar de su derecho, mientras el otro callaba. ¡Maravillosa palabra! Era como la hoja bruñida de un puñal que hiriese en la lengua...

Más tarde me he preguntado si todos los que hablan de su derecho lo tienen en realidad, o si hacen como aquellos que amenazan con un revólver... imaginario.

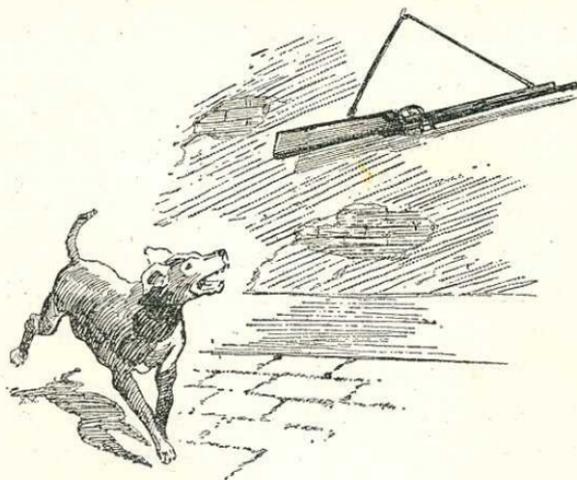
Vosotros sabéis que hay perros que ladran por el derecho que tienen al cuidar la casa; pero también hay otros que lo hacen de puro bulliciosos, y para asustar a los que pasan. Me quedo siempre con el perro guardián, valiente, que da el grito de alarma y luego ataca. Ése usa de su derecho; el otro, hace creer que lo tiene, aunque no sea más que un cobarde gritón.

Hay que cuidar los derechos como se cuidan las armas y los leales perros guardianes. Pensad que el que tiene la razón de su parte, está defendido como si tuviera a su servicio un bravo soldado o una jauría.

Pero no habléis de vuestro derecho sin estar seguros de que lo es, en verdad. No os dejéis enga-

ñar con esos gritos con que el amor propio o el capricho os echan sobre un enemigo que no existe. Esos gritos son como los ladridos del perro bullicioso. Y así como habléis del derecho que esté a vuestro favor, pensad un poco en aquello que no debéis considerar como un derecho. Discutir a gritos, ofender al adversario, mentir para vencerle, eso, que no es vuestro derecho, podría convertirse en la razón de aquel que os ataca.

¡Cuidado! No gritéis cuando estéis defendiendo vuestro derecho, no sea que os resulte como esas armas muy celosas que dejan escapar el tiro que mata al propio dueño, o como aquella otra, vieja e inservible, que se llama desde años atrás *la carabina de Ambrosio*...



EN UN VUELO

En el aeródromo de Palomar, con las primeras claridades del alba, un joven oficial de nuestro ejército dirige a un grupo de conscriptos en la tarea de preparar un aeroplano. Es un aparato nuevo que deberá ser sometido a prueba, en un viaje de ida y vuelta entre Palomar y Bahía Blanca.

El animoso piloto imparte órdenes y revisa todos los detalles de la máquina, hasta asegurarse de que ella va a responder al esfuerzo que habrá de exigirle. Al fin, dispuesto todo para la partida, el aviador ocupa su puesto, y minutos más tarde el aeroplano inicia su marcha.

Se desliza sobre el campo corriendo varios centenares de metros, y luego se eleva gradualmente en suave curva, para tomar rumbo hacia Buenos Aires. Describe sobre la ciudad un amplio círculo, y enfila al sud, desarrollando su velocidad máxima.

El piloto domina el vasto espectáculo que le ofrece la provincia de Buenos Aires en la parte que va cruzando, y admira las progresistas y activas poblaciones tendidas a lo largo de su ruta; las tierras de labranza simétricamente recortadas, y con el color característico de sus cultivos; el río Samborombón, y luego el Salado; la vía férrea, por la que corre un tren como un reptil; extensas arboledas y estancias, en las que los ganados parecen enjambres de insectos.

Vuela sobre Tandil, la bella ciudad de la región montañosa. Para observarla mejor, hace perder

altura al aparato, y prosigue, admirando el accidentado paisaje serrano.

Pasa sobre Juárez y González Chávez y en Coronel Pringles encuentra el segundo grupo de sierras de la provincia, dejando sobre su ruta las de Pillahuincó y la Ventana.

Un esfuerzo más del potente aeroplano, y el piloto está sobre Bahía Blanca, la gran ciudad del sud, ya centenaria. No habían transcurrido cuatro horas desde su salida de Palomar.

Recorrió la ciudad, almorzó con algunos compañeros de armas, y luego de un breve descanso, a las dos de la tarde, emprendió el regreso, descendiendo en el aeródromo al anochecer. La valiente proeza estaba cumplida, y la provincia de Buenos Aires cruzada dos veces en el corto espacio de ocho horas, en toda su vasta extensión de norte a sud.

Algún viejo poblador que acaso llegó en carreta, años atrás, en su único viaje a través de la provincia, debió escuchar el rumor del aeroplano sobre su humilde vivienda, y quizá abarcó con un rápido vuelo de su imaginación todos los sacrificios y heroísmos puestos en el porvenir de Buenos Aires y en la unidad de la patria, desde los lejanos días de su mocedad.





EL AMANECER

A través de la niebla matutina
va apareciendo la rosada aurora,
y con su tenue claridad colora
el mar, la vega, el bosque y la colina.

El sol, que lentamente se avecina,
luchando con la sombra tentadora,
aun permanece oculto, pero dora
las cumbres, y las nubes ilumina.

Canta la alondra, remontando el vuelo,
dulces himnos de amor a la alborada;
abre la flor su perfumado broche,

y por la muda soledad del cielo,
replegando su túnica estrellada,
en su negro corcel, huye la noche.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE



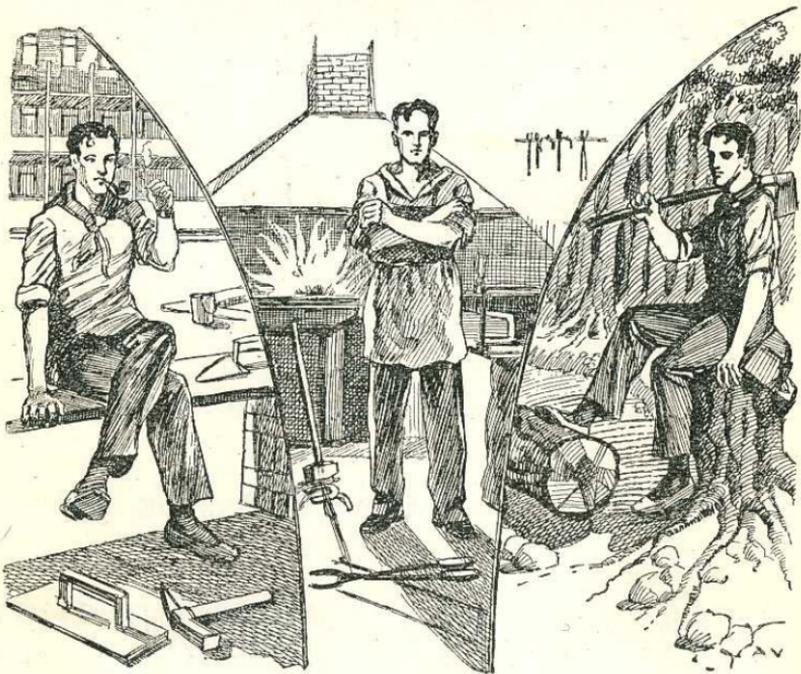
REPOSO

¿Qué sería de un herrero que sin cesar golpeará hierros sobre el yunque, durante varios días? ¿Cómo quedaría un leñador que estuviera derribando árboles sin darse un momento de tregua? ¿Cuál sería la suerte de un albañil que con el sol y con la luna se mantuviera sobre los andamios, en la creencia de poder concluir su trabajo sin interrupción?

¿Os habéis hecho alguna vez estas preguntas?

Fácil será demostraros que ellas tienen fundamento.

¿Creéis que las máquinas, porque no sienten como el hombre, podrían marchar sin detenerse, quebran-



do piedras, puliendo el acero, imprimiendo libros, cortando maderas o moviendo los trenes y los barcos?

El reposo es una ley natural que ampara al trabajo, para que éste sea más abundante, más grato y más perfecto. Hombres y máquinas que trabajan, necesitan del reposo. Un obrero en actividad, una máquina potente realizando prodigios para la industria, son, sin duda, dos espectáculos que cautivan la atención; pero hay una gran belleza en las serenas figuras de los trabajadores en descanso, como la hay en una poderosa máquina que en el silencio y en la penumbra de la fábrica parece dormir su sueño de gigante.

Frente a esas dos fuerzas que descansan, pensad que su reposo no es el sueño con que la pereza se arroja en cualquier parte, para seguir durmiendo. Están ahí acumulando energías para empezar al día siguiente, con el primer rayo de sol; y la obra que realicen parecerá nueva, como parecía la del día anterior.

No sintáis vergüenza cuando alguien os encuentre descansando, si supísteis llenar con trabajo útil y alegre las horas activas.

Nadie podrá extrañarse de que aquel herrero esté ahora junto a su fragua, con los brazos cruzados, inmóvil como una hermosa estatua; ni de que el leñador, con el hacha bruñida y perfumada de savia sobre el hombro vigoroso, distraiga sus miradas por sobre los árboles caídos; ni de que el albañil, al pie del andamio, duerma su siesta o fume su pipa. . .

Ellos le dieron al trabajo su parte de esfuerzos, sus afanes y cuidados, su inteligencia para hacerlo bien, y ahora gustan la fuerte satisfacción de su descanso, que debe serles tan grato y admirable como los ruidos de las máquinas y el canto de los hierros o el gemir de las hachas.

✖ ✖

LOS INMIGRANTES

Con cada barco de pasajeros que arriba al puerto de Buenos Aires, llega una caravana de inmigrantes; y, apenas desembarcados, hay ya otro buque aproximándose o en viaje, con un nuevo contingente de hombres o familias que vienen a establecerse en el país.

El Hotel de Inmigrantes, cómodo establecimiento que el Gobierno nacional ha instalado en el puerto, es el primer hogar argentino que acoge y ampara a los hombres de trabajo que llegan del extranjero; y allí, por medio de un servicio informativo con ramificaciones hacia todos los puntos de la República, se les proporciona empleos y ocupaciones que estén de acuerdo con la capacidad, el oficio o las preferencias de cada uno.

Así se difunden los inmigrantes por las ciudades y los campos, en busca del fruto que esperan obtener de su labor, bajo las garantías de nuestra Constitución y de las libertades que ella consagra.

Desde hace muchos años se vuelca en todo el territorio argentino esa corriente humana de brazos y voluntades. Hombres de todas las nacionalidades del mundo llegan confundidos en un solo afán, formando esa interminable expedición de los buscadores de buena fortuna, que ven en los pueblos de América el nuevo destino que darán a sus vidas.

Llegan silenciosos, mezclando en la sorpresa de pisar tierra extraña el sentimiento de la patria distante, en la que muchos dejaron sus afectos

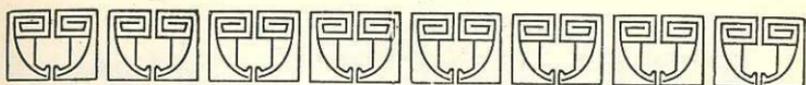
como atados a la aldea o al pueblo natal, y al hogar en que los padres y los hermanos alientan, desde el día de la partida, la esperanza del éxito y del retorno.

Traen un liviano equipaje: algunas ropas que tienen el sello inconfundible de la raza y las costumbres del pueblo de origen, y algún objeto que la superstición o el cariño de los que quedaban ocultó secretamente entre aquéllas, para la buena suerte del viajero. Diríase que en la impaciencia por emprender la travesía, bastaron al inmigrante sus ilusiones y sus proyectos. ✱

La República Argentina, a cuyo progreso material contribuyen en parte los que llegan en esas condiciones, es para ellos una segunda patria, un hogar cálido y grato, que les brinda la oportunidad de obtener provecho de sus actividades, bajo el imperio de leyes que protegen a los que vienen con honrados propósitos.

Es así como el nombre de la República está hoy en todos los pueblos civilizados del mundo, como el de la tierra generosa en la que los inmigrantes adquieren, por el trabajo, libertades y derechos, levantan un hogar y fundan una familia, que será argentina por el idioma de los hijos, y laboriosa por el ejemplo de los padres.





LOS HIJOS Y LOS PADRES

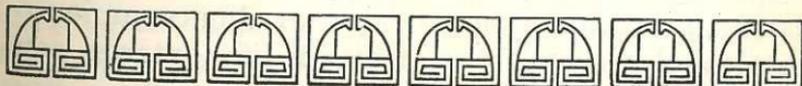
Ni arrastrada, un pastor llevar podía
a una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto a la madre no quería.

—¡Necio! — al pastor un sabio le decía —
al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.

Tal consejo el pastor creyó sencillo;
cogió la cría y se marchó corriendo,
llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los pies por detrás le iba lamiendo.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.





EL FUEGO

¿Os habéis detenido frente a un fuego, observando la agitación de las llamas? Un montón de papeles, de paja o de leña, habrá bastado para producir un hermoso fuego que por un instante entretuvo vuestra atención.

Un incendio ya es cosa grave. Un edificio en llamas, un campo quemándose, un almacenamiento de alcohol o de petróleo ardiendo días enteros, son

desastres en los que el fuego desempeña un papel terrible.

Y, sin embargo, el fuego es siempre el mismo: cociendo vuestro pan o reduciendo a cenizas vuestra casa, no hace más que alimentar esa voracidad que lo sostiene. Es un monstruo insaciable que lo mismo devora una brizna que un trival. Calma su hambre con mucho y con poco.

Tratamos al fuego como a un león prisionero, como a un potro sometido. Hacemos de él un elemento útil, metido en una hornalla, reducido a un mechero, sujeto a un pequeño espacio del que no le dejamos escapar; y en las noches de invierno entra al hogar, para hacernos amables las horas; pero lo admitimos como a esos visitantes a los que hay que cuidar para que no abusen de nuestra confianza. . .

Las llamas bailando en una chimenea, lamiendo una caldera, trepando como serpientes por los árboles presas del incendio, realizan su fin destructivo. Sus distintas formas y tonalidades dependen de las materias que queman, y que avivan más o menos la intensidad del fuego. ¡Este es, pues, el monstruo que se anima y se alegra con el sabor de lo que devora!

Sometido al hombre, el fuego es productor de energías, que dócilmente contribuye a sus afanes de trabajo.

Es la fuerza indispensable para toda creación del progreso humano. Y en eso se parece a otro fuego, que, aunque invisible, da suave calor o destruye, según que se lo domine o se lo deje librado.

a su agitación desordenada. Os hablo del fuego que mueve la imaginación y la voluntad.

Cuando realizáis un deber que os preocupa o entusiasmo, ¿no sentís que el calor os abrasa la cabeza y apura vuestra mano?

Cuidaos de ese fuego, como del que hace llama. Cuando sintáis que la cabeza *se quema*, tomad precauciones, como si fuera a arder vuestra casa. Dominad vuestro fuego, para que sea foco de suave calor, de energía constante, y no llamarada loca que deslumbra un instante y se apaga.



EL AGUA

El agua, como los seres a los que ayuda a vivir, es mansa o temible. Embellece, alegra o fecundiza cuando es rocío, suave corriente o lluvia benéfica; pero azota y entristece si se desata en el torrente o avanza en los desbordes del mar y los ríos.

Como el fuego, el agua está con el hombre, a veces gobernada por él y sometida. Calmando su sed, ayudándole a conservar su salud, moviendo sus máquinas, sosteniendo sus barcos, regando sus campos, el agua es la aliada del hombre.

Es la enemiga del fuego, la única fuerza que lo anula; y se diría que cuando queda aprisionada entre las paredes de una caldera, sobre las llamas, adquiere su mayor energía pugnando por huir, agitada en borbotones y ruidos extraños, para lanzarse luego al espacio en el grito de los silbatos o en blancos penachos de vapor.

Situaos cerca de uno de esos escapes de vapor y sentiréis caer una lluvia finísima: es el agua que logró salir de la caldera y volvió a ser agua, con ese poder que ella tiene para ser indestructible.

Cuando se ve detenida en embalses o lagunas, se deja evaporar por el sol, que la devuelve a su eterno andar; y si en un recipiente abierto al aire exponéis agua salada o de mar, el agua escapa y os deja la sal...

Esa evaporación constante, esa elevación hacia la atmósfera, limpia el agua, la renueva y la purifica.

¿Cómo extrañarnos, entonces, de que las gotas,

del rocío brillen sobre los pastos y las flores como chispas de cristal?

No es, sin duda, el agua turbia y pesada de los pantanos, volcándose por los desbordes, la que canta en el silencio de las noches. No. Es la que baja brincando sobre las piedras desde la altura; la del manantial, que surge en la montaña como un hilo de plata; la de la lluvia lenta que golpea sobre las hojas; la de la acequia, que va a volcarse sobre los campos. . . El agua grata al oído y a la vista es la pura, la útil, la que brilla en las copas.

Vosotras, las que me seguisteis con interés en esta lectura, sed como esa agua; y tú, muchacho, que mañana lucharás con tu valor y tu bondad de hombre fuerte, eleva tus sentimientos como se eleva el agua torturada en las calderas o detenida en su avance, para que sean cada vez más limpios y puros.



SAN MARTÍN

No nacen los torrentes
en ancho valle ni en gentil colina;
nacen en ardua, desolada cumbre,
y velan el cristal de sus corrientes,
que ruedan en inquieta muchedumbre,
vagosos cendales de neblina.
No bajan de la altura
con tardo paso y quejumbroso acento,
copiando flores, retratando estrellas
en el espejo de su linfa pura...

Se derraman sin rumbo
por ignotos y lóbregos senderos,
caravanas del ámbito infinito,
cual si quisieran sorprender al mundo
con el fragor de sus enojos fieros,
¡de libertad con el potente grito!

Nació como el torrente,
en ignorada y misteriosa zona
de ríos como mares,
de grandes y sublimes perspectivas,
do parece escucharse en los palmares
el sollozo profundo
de las inquietas razas primitivas.

Nació como el torrente,
rodó por larga y tenebrosa vía,
desde el mundo naciente al mundo viejo;
torció su curso un día,
y entre marciales himnos de victoria
¡desató sobre América cautiva
las turbulentas ondas de su gloria!

OLEGARIO V. ANDRADE.



RANAS QUE BAILAN

Un día del año 1790 se agolparon algunas personas frente al balcón de una casa, en la ciudad de Bolonia. Era un movimiento de viva curiosidad lo que impulsaba a los pacíficos vecinos del barrio de aquella casa, que pertenecía al sabio médico y físico italiano Aloisio Galvani.

Sucedía que, colgadas de los hierros del balcón por medio de ganchos de cobre, hallábanse dos ranas recién desolladas, las que agitaban sus patas en fuertes contracciones, casi acompasadas, como si bailaran obedeciendo a una misteriosa música que, naturalmente, nadie oía.

Los vecinos se miraban en silencio, dominados por creciente sorpresa y con una seriedad que por momentos se hacía grave, en tanto que las ranas seguían su extraña danza. No faltó quien afirmara que los sabios lo conseguían todo, hasta hacer bailar a los muertos...

Mientras tanto, Galvani, sin pensar lo mismo de los sabios, anotaba cuidadosamente los fenómenos que iba observando, con lo que llegó a descubrir que cada vez que las patas de las ranas tocaban el hierro del balcón, cerrando un verdadero circuito con su propio cuerpo y el gancho de cobre, se apartaban en una brusca sacudida; y como ese contacto se producía repetidamente, las ranas resultaban obligadas a un continuo movimiento oscilatorio, que para los atónitos vecinos era ni más ni menos que el baile de la muerte...

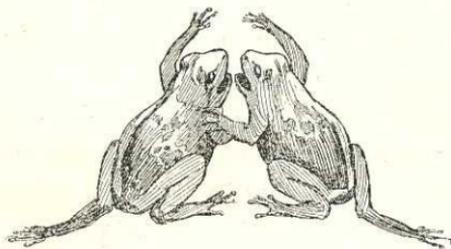
Ese descubrimiento de Galvani dió origen a una

serie de discusiones, que sirvieron para encaminar los estudios relacionados con esa fuerza maravillosa que es la electricidad.

Tal vez aquellos buenos boloñeses, vecinos de Galvani, se murieron con la visión macabra de las ranas que bailaban, y con el temor de que algún sabio misterioso los hiciera bailar a ellos después de muertos, colgados de los hierros de un balcón. Nosotros tenemos hoy la suerte de hacer danzar a una rana desollada y observar, como lo hizo el sabio, sus extrañas contracciones, y sólo vemos en ello uno de los tantos hechos que han contribuído a fundar la ciencia, admirando la paciente labor de investigación de aquellos que supieron encontrar la verdad donde los demás no veían otra cosa que el misterio que alarmaba sus espíritus.

Esa investigación, esa paciencia, aplicada a las cosas de la Naturaleza, ha hecho los genios y los descubridores.

Os invito a penetrar con la inteligencia en cada fenómeno que despierta vuestra atención como si fuera un prodigio sobrenatural. Ya véis que con la observación inteligente se puede descubrir hasta el secreto científico del baile de dos ranas desolladas.





CHICHARRAS Y ESCARABAJOS

En una mañana de enero paseábame por el parque de una casa situada en las afueras de la ciudad de Tucumán. Disfrutaba allí de algunos días de vacaciones, en la grata hospitalidad de los dueños de casa, y ante el espectáculo de la Naturaleza en plena floración. Tucumán — no en vano llamado el jardín de la República — renueva en el ánimo de quien lo visita alguna vez, la sugestión de esas regiones maravillosas vistas a través de las lecturas y los relatos, con sus montañas y la exuberante vegetación volcándose por valles y quebradas.

Habíame sentado a descansar a la sombra de un árbol corpulento y aromático, y me entretenía dejándome penetrar los oídos con el estridente cantar de una chicharra que daba al aire su grito metálico, cuando se me acercó un viejo peón de la casa en que me hospedaba. Y adivinando, sin duda, la causa que me tenía absorto, refirióme una leyenda, que él llamó historia, poniéndose por testigo de su veracidad.

El buen tucumano, hombre de carácter apacible de tanto templarse al sol en duros años de trabajo, refirióme toda una conversación que escuchara, allá en sus mocedades, nada menos que entre una chicharra y un escarabajo dorado que tenía su guarida en el estercolero.

Todos los días — dijo el viejo — salía el escarabajo, y más tardaba él en aparecer, que la chicharra en desatar su canto, que no era canto al decir del tucumano, sino una lluvia de gritos y burlas.

Un día, agotada ya la paciencia del escarabajo para soportar el grito antipático de la chicharra, escuchóse este diálogo:

—Si sigues escandalizando con tu canto salvaje te voy a hacer perseguir por las arañas.

—Me diviertes, pero observo que el oro de tu casaca se está poniendo viejo, como que es oro de mala ley.

Replicóle el escarabajo con una frase salida de tono, y la chicharra, para apurar la incomodidad de su rival, instóle a que se hiciera oír tan fuertemente como ella, para que todos los animales del lugar supieran que existía...

Esto irritó al escarabajo, que se dispuso a contar una historia de imaginarias grandezas de familia; y en eso estaba, diciendo que sus antepasados habían sido los dominadores del reino animal, cuando enmudeció de pronto, y ya no volvió a oírse su voz en aquellos parajes.

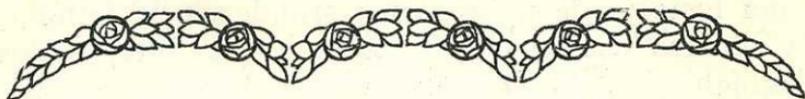
—¿Y qué ocurrió? — interrogué al tucumano.

—Ocurrió que un viejo indio que volvía con leña pisoteó al vanidoso.

Y aquel peón rústico e ingenuo, casi primitivo por sus creencias y sus recuerdos, pero fuerte en su sencillez de hombre templado al sol, agregó con calma:

—Así se mata la vanidad: pasándole por encima...





EL CUADRO DEL BURRO

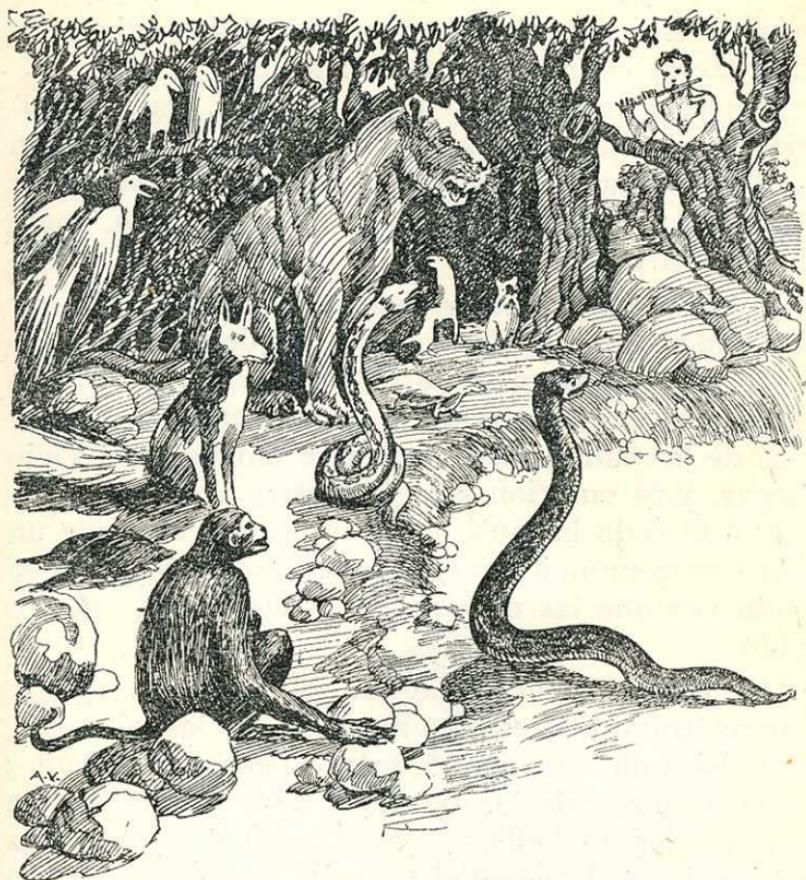
Pintó el insigne don Francisco Goya
un burro de la casa en que vivía,
con tan rara verdad y valentía,
que el retrato del burro era una joya.

Míster... *qué sé yo quién*, inglés muy rico,
veinte mil reales por el lienzo daba;
Goya, que a la sazón necesitaba
un estudio bien hecho del borrico,
tenaz a enajenarlo se negaba.

Oyendo cierto día
el asno vivo, discutir el trato,
exclamó sollozando de alegría:
—¡Mil duros da el inglés por mi retrato!...
Por el original, ¿qué no daría?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.





LA MUSICA

La música habla a nuestros sentimientos: es un idioma universal que todos comprendemos. La humanidad ha necesitado siempre de ese idioma, como de la palabra, que es uno de los bienes que la Naturaleza ha reservado al hombre.

Pero la música tiene un poder más prodigioso

aún. Despierta emociones y recuerdos, alegra o entristece, conmueve o entusiasma.

Nuestra madre nos meció en sus brazos repitiendo alguna sencilla canción que aprendiera en su lejana infancia, y su música se nos fué quedando en el oído, como la imagen de ella en los ojos, como la pureza de su cariño en el corazón.

Cuando muchos años más tarde volvimos a oír aquella música, en las voces cristalinas de un piano o en las dulces notas de una guitarra, se vino sobre nosotros el mundo de los recuerdos, los cariños de la madre, las figuras que animaron el viejo hogar, y la emoción sofocó nuestra voz.

Así es toda la música. La impresión con que un día nos conmovió, perdura siempre, y se renueva cada vez que las mismas notas vuelven a nuestro oído.

La música alegra, tranquiliza, dulcifica. En las largas travesías, en las marchas de los ejércitos, la música da bríos y hace menos penosa la jornada; el entusiasmo de las fiestas es más vibrante si la música las embellece; en el hogar se descansa mejor de las fatigas del trabajo, cuando la música sencilla repite viejas melodías. Hay una serena alegría en el ánimo de aquellos que entienden su misterioso lenguaje

Cuenta la leyenda que Orfeo, personaje fabuloso, recorría los bosques y los desiertos de Grecia, haciendo oír la suave música de su flauta, y que las fieras acudían a escucharle, como olvidadas de su instinto... La historia nos refiere que en las antiguas misiones del Paraguay, los indígenas se sometían al poder de la música que los misioneros,

embarcados en canoas, hacían oír a lo largo de las orillas de los ríos. Los salvajes arrojaban sus armas, y lanzándose al agua, seguían a la embarcación, llevados por el encanto de un idioma jamás escuchado y que ya encontraba eco en sus sentimientos, oscuros quizá, pero humanos, a pesar de su triste condición.

Si no sabéis ejecutar música, buscad sus bellezas escuchándola. Renovad en vuestros oídos la vieja música. A veces sentiréis húmedos los ojos. Importa mucho que en eso no seáis menos que los salvajes y las fieras de la leyenda...





LAS ESTATUAS

Desde tiempos remotos el hombre se ha sentido inclinado a buscar la compañía de las estatuas. En sus viviendas, en los templos, en los museos, en los jardines, ha ido levantando esas imágenes mudas, ya fueran las de sus ídolos, sus dioses, sus reyes o sus héroes.

Puesta sobre su pedestal, la estatua domina.

Siempre simboliza algo que es superior a los que la rodean o la admiran. Se afirma que las estatuas inmortalizan a quienes representan, lo que quiere decir que prolongan después de la muerte, esa apariencia de vida que las hace gratas a la contemplación del que se detiene frente a ellas. El mármol, la piedra o el bronce son materias eternas; y cuando en ellas ha podido grabarse el gesto, la expresión inolvidable, la belleza de una existencia humana consagrada a nobles acciones, puede decirse, en verdad, que empieza una nueva vida para aquellos que merecieron la gloria de dominar desde un pedestal sobre la conciencia de los demás.

No importa que la materia sea dura. Cuando se mira una estatua, se van animando en el pensa-

miento aquella belleza, aquella expresión, aquel gesto; y hasta los ojos fríos parecen iluminarse. La estatua no es la piedra o el bronce; es una vida que está ahí, inmóvil, rígida, pero pronta a palpitar o a agitarse en el espíritu de quien la evoca.

El cerebro del artista que pensó la obra; la mano que fué extrayendo aquellos rasgos del bloque de mármol; el corazón que se conmovió en el entusiasmo, cada vez que el trabajo marcó una nueva perfección, dejaron en la estatua un soplo de vida humana que no hiela ni borra el paso de los siglos.

Por eso, los restos de las estatuas antiguas, extraídos de las ruinas de templos y ciudades, siguen inmortalizando al artista que puso algo de su propia vida en cada huella labrada sobre la piedra.

Los pueblos, como los hombres, desaparecen; el tiempo destruye y sepulta las obras y los seres; pero basta que, dos o tres siglos más tarde, aparezca el trozo de una escultura de mármol, para que el viajero que lo contempla descubra en él un resto de dos glorias inmortales: la del héroe o el sabio y la del artista que les dió vida eterna en el mundo de las estatuas.



LOS CUADROS

—¿Todos vosotros practicáis el dibujo?

Es seguro que si no os entusiasma ahora, os ha entretenido cuando érais más chicos. Si en ese entonces llegó a vuestras manos un lápiz, una barra de tiza o un trozo de carbón, afirmaríais que no quedó libro, cuaderno, pared o puerta en que no dejaríais estampados esos monigotes con largas piernas que salen de la cabeza redonda o cuadrada, manos de ocho dedos y un solo ojo ocupando la mitad de la cara...

En eso los chicos se parecen al hombre primitivo que ya dibujaba, unas veces para expresar sus ideas y sentimientos, y otras, para adornar su caverna o su choza, con figuras tan grotescas como las que hoy podría hacer un niño de cinco años.

Como véis, la afición al dibujo y a decorar con él las viviendas, es tan vieja como el mundo; y nace con el hombre, como un instinto más.

Con el correr de los siglos vino el perfeccionamiento y la utilización de los colores, y entonces se ejecutaron trabajos de mérito sobre los muros de las casas, de los palacios y de los templos.

Por último, se practicó la pintura sobre tablas y telas, y ese es el procedimiento empleado hasta hoy, que permite decorar las habitaciones con cuadros, distribuyéndolos de acuerdo con el gusto de los moradores.

Los cuadros con retratos, escenas de la vida o paisajes, constituyen bellos adornos para el hogar, al par que mantienen un vínculo de cariño con las

figuras o episodios representados, gratos a nuestro recuerdo, y de admiración hacia el artista que ejecutó las obras.

Ha habido y hay pintores célebres, cuyos nombres, llenos de gloria, dignifican a la humanidad, porque demuestran que ésta se eleva por sobre todo lo que existe, con esas dos alas prodigiosas de que el hombre se halla dotado: el genio y el sentimiento.

Averiguad algo, por medio de los diarios y las revistas, sobre cuadros y pinturas notables, y procurad que vayan a vuestros hogares algunas copias o reproducciones. Veréis como se hermocean las paredes de la casa y se alegra vuestro espíritu.

Y si de chicos hicisteis monigotes, volved a hacerlos. Puede ser que en alguno de vosotros esté el dibujante o el pintor que, por sus obras, llegue tan lejos como aquellos que vuelan por el mundo, llevados por el mérito y el prestigio de su nombre.



EL MAR

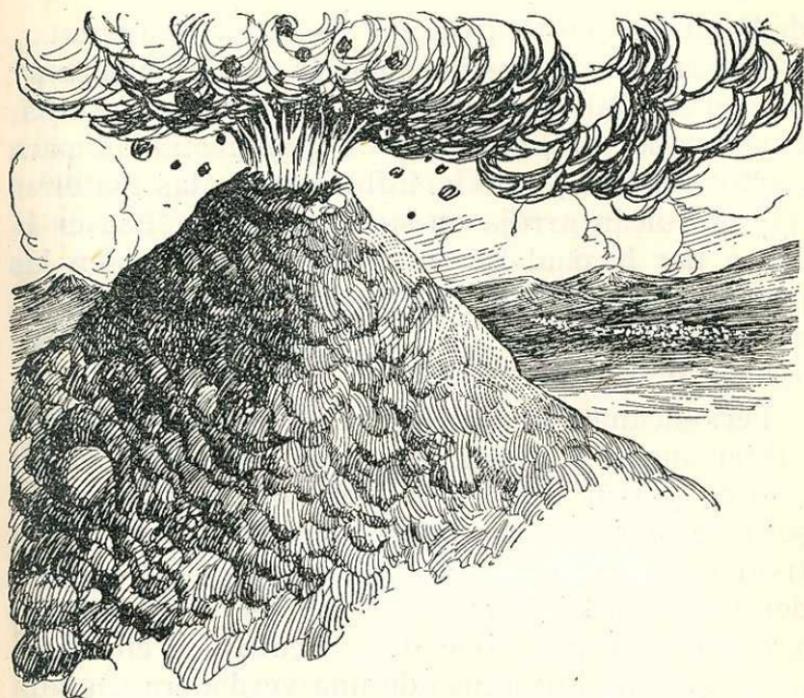
¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡oh mar! como si oyera
la abrumadora voz de lo infinito,
ha despertado en la conciencia mía
honda melancolía,
tu atronador, tu interminable grito!

Todo enmudece y cae en el misterio:
el poderoso imperio
que la tierra asoló con sus batallas;
hasta los dioses que de polo a polo
temidos son; tú solo
sientes rodar los siglos y no callas.

No callas, y hasta el alto firmamento
sube tu ronco acento,
y cuando revolviéndote en tí mismo
ruges furioso, en tus entrañas late
el horror del combate
que empeña el huracán con el abismo.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!...
¿Qué hiciste de las naves
con que surcó tu inmensidad la aciaga
y trágica ambición? ¿Adónde han ido?...
Como el mortal olvido,
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.



LOS VOLCANES

Los volcanes diseminados por el mundo parecen puestos ahí para que el hombre escuche, de tiempo en tiempo, la voz solemne de la Naturaleza, y asista al espectáculo impresionante de sus furores desatados. Se diría que cuando el hombre olvida que hay fuerzas superiores a la suya, la Naturaleza le habla, por la boca de los volcanes, más o menos en esta forma:

—Has vuelto a desafiarme, plantando tu vivienda en la falda de este monte; pero ahí van de nuevo mis piedras, mis llamas, mis ríos de lava, mis nubes

de humo asfixiante, para que me tengas presente...

Las laderas de los volcanes suelen hallarse muy pobladas. Tal ocurre con el Vesubio, en Italia, cuyos valles próximos son de gran fertilidad para ciertos cultivos, por la influencia de las materias que el volcán arroja en sus erupciones. Esa es la causa por la cual los campesinos levantan en las pendientes del monte pintorescas aldeas, que toman el aspecto de pueblos laboriosos y tranquilos, ajenos al terrible peligro que los acecha.

Periódicamente el volcán deja oír sus retumbos subterráneos, y alguna noche los sencillos aldeanos sienten perturbado su reposo por los ruidos ensordecedores con que aquél entra de nuevo en actividad. Horas después, la lluvia de piedras candentes y cenizas obliga a los pobladores de la falda a abandonar sus viviendas y cultivos, en tanto que empieza el descenso de una verdadera cascada de lava, que avanza lentamente hacia los valles, arrasándolo todo.

Pasada la erupción, el hombre vuelve a reconstruir sus aldeas sobre las ruinas de las desaparecidas, con la misma resignada paciencia que emplean las abejas y las hormigas cuando deben empezar de nuevo su labor deshecha.

Ahí tenéis otro espectáculo de la Naturaleza en que lo magnífico se une a lo terrible. El hombre no podrá nunca imitar con sus creaciones la grandiosidad de un volcán en erupción. Cuando nos acercamos a la boca de uno de esos poderosos hornos en que los metales se licúan, exclamamos sofocados: ¡Esto es un volcán!, sin pensar que no hay comparación posible.

Imaginad entonces las impresiones que se experimentarán al presenciar desde muy cerca el cuadro de una montaña coronada de fuego y humo, lanzando al espacio piedras enormes, en medio de un horrible fragor, como si la tierra fuera a partirse, incapaz de resistir esa catástrofe que se agita en su seno.



DESENREDAR

Conozco a varias personas que andan a la carrera, agitadas, sudorosas, llevándose todo por delante, como si fueran a llegar tarde a todas partes. Alguna vez he pensado que esas personas debían ser las más activas y laboriosas del mundo, desde que así aprovechaban el tiempo.

—¡Alábumos a estos apurados — me he dicho — ya que hay tantos que no se dan prisa para nada, porque nada hacen!

Pero para convencerme de la verdad, pues no siempre está la verdad en todo lo que vemos, detuve un día a una de esas personas, que resultó ser Miguel Huracán, un excelente amigo, y le dije:

—Veamos, amigo Huracán: usted que siempre va con alas en los pies, cuénteme cómo ha aprovechado el día, pues su actividad es ejemplar.

—¡Ay! — me respondió, dejándome frío de sorpresa. Quisiera ir más despacio, para ir más lejos y hacer más de lo que hago. Figúrese que hoy salí a la calle y caminé durante horas, recorriendo varias jugueterías en busca de zapatos para mi hijo. Eso me hizo perder el tren. Volví a casa y tropecé en la escalera, lastimándome la nariz, como usted ve. Luego almorcé rápidamente, y en el apuro por no perder otra vez el tren, hube de tragarme una cucharilla. Al fin he hecho el viaje, impaciente porque creía que nunca iba a llegar, pero me he olvidado de traer mis papeles y los lentes. ¡No veo nada!...

Mi pobre amigo Huracán es víctima de su rapidez, de su impaciencia, de su precipitación; y siendo hombre de una bondad y de una corrección inagotables, no sirve para nada, porque empieza muchas cosas que siempre abandona. Sus ideas, inquietas como mariposas, están sacándolo a cada momento por nuevos caminos, a veces equivocados, como cuando fué a buscar zapatos por todas las jugueterías de la ciudad...

Días pasados lo llamé, y, dispuesto a curarlo de su mal, le dije:

—Querido Huracán: necesito sus servicios. En un juego de amigos me han condenado a desenredar esta madeja antes de la noche, y debo cumplir el castigo. Usted, que es hombre activo, encárguese de ese trabajo mientras yo vuelvo.

Y ahí estuvo el excelente Huracán por espacio de muchas horas, luchando con nudos y enredijos para salvarme del supuesto compromiso.

Al regresar, encontré rehecha la madeja, en tanto, que Huracán, con una calma extraña en él, me decía:

—He debido armarme de paciencia para terminar esto. Es el primer trabajo que empiezo y concluyo sin interrupción y sin apuro...

¡Ahí estaba el secreto!

El triunfo de Miguel Huracán podría ser el de muchos de vosotros. Tened paciencia y sed perseverantes. Cuando descubráis que os hacéis impacientes y atropellados, tomad el remedio que curó a mi amigo: desenredad alguna madeja, *sin interrupción y sin apuro...*



LOS PUENTES

Un problema que el hombre debió resolver en su lucha con las dificultades que le ofrecía la Naturaleza, fué el del cruce de las corrientes de agua, para trasladarse de una orilla a la otra, con vehículos, animales, trenes, etc. Es ahí donde también ha revelado aquél el poder de su ingenio, y el valor de los recursos que la ciencia pone a su alcance.

A la balsa primitiva que atravesaba los ríos, sucedieron los puentes hechos con troncos de árboles, y más tarde los de madera, asentados sobre pilares del mismo material o de piedra. El tiempo fué demostrando la necesidad de perfeccionar esas obras, construyéndolas en forma que respondieran a las mayores exigencias del comercio y del tránsito.

Los puentes de hierro vinieron entonces, y fué en ellos donde el hombre reveló la inagotable capacidad de su inteligencia. Hoy existen puentes que sorprenden como maravillas del ingenio humano, y que constituyen atrevidas pruebas de la confianza que inspiran las creaciones realizadas con el auxilio de la ciencia.

Los puentes fijos, levadizos, colgantes, trasbordadores, giratorios, están hoy en todas partes del mundo, como testimonios de aquella confianza. Cada una de esas obras habla, cuando se las contempla, de lo que han conquistado la inteligencia y el trabajo, en su constante empeño por hacer avanzar el progreso. Ese complicado tejido de hierros, vigas poderosas y recios cables de acero, es la expresión más completa de la forma en que el hombre ha sabido utilizar los elementos que le brinda la Naturaleza, transformándolos a su antojo.

Todos aquellos puentes están también en nuestro país, para el que no es desconocida ninguna de las manifestaciones del progreso universal.

Ahí están, en efecto, nuestros puentes, sobre los ríos caudalosos, como fuertes manos tendidas entre las dos orillas, para hacer más indestructible aquella unión que está representada en nuestro escudo, y que es la mayor garantía de la futura grandeza de la República.

¡Y cómo sería posible que así no fuera, si hasta la Naturaleza, que en nuestro país es pródiga en maravillas, nos ha dado un puente hecho en la piedra!... Creeríase que el Puente del Inca, con su arco casi perfecto, es la obra de algún genio benéfico que allá, en las duras rocas de la Cordillera, labró como un artista ese símbolo eterno de nuestro poder creador.

1911



SERENO CANTAR

Daban al aire voces cristalinas
las sonoras campanas de la aldea;
las yemas reventaban maravillas
en la plena eclosión de primavera,
y el gárrulo cantar del arroyuelo
quebrábase en los riscos de las peñas.

Un extraño deseo inconfesado
de dejar para siempre aquellas sierras,
hicieron que el pastor diera al olvido
la blanca procesión de sus ovejas...
Y tranquilo el rebaño a la deriva
salpicó de blancuras la ladera.

La tarde como nunca de serena
se llenaba de aromas y canciones;
y el ingenuo pastor que no saliera
del antiguo solar de sus mayores,
esa tarde se fué con sus ensueños
a embriagarse de azul y de emociones.

JOSÉ MARÍA MATA.



LAS CUATRO FUERZAS

Decir que no se tiene nada que hacer es lanzar un agravio a la humanidad que trabaja. Es como decirle: «¡Sigue trabajando, pobre humanidad, para los que no tenemos nada que hacer!

Hay muchos que, frente a una obligación, se disculpan diciendo que no pueden o no saben cumplirla. Son los eternos holgazanes de brazos cruzados, para quienes los demás tienen siempre algo en que ocuparse, y lo hacen, sabiendo o aprendiéndolo.

¿Cómo puede haber quien diga que no sabe hacer una cosa, si la necesidad está impulsándolo a hacerla?...

Cuando el hombre tuvo que comunicarse con poblaciones separadas por grandes extensiones de agua, aprendió a servirse del agua misma, utilizando botes primitivos.

Más tarde, y por haber crecido esa necesidad que él fomentara, aguzó su imaginación para encontrar otro recurso, y observó los efectos del viento. Así surgió la primera vela aplicada a la navegación.

Inventada la máquina de vapor, se la adaptó a las embarcaciones, y el carbón substituyó al viento.

Y siguiendo los perfeccionamientos de la mecánica, se ha llegado, por último, a utilizar otro auxiliar precioso: el petróleo.

El agua, el viento, el carbón, el petróleo, son recursos puestos por la Naturaleza en la mano

del hombre, para que nunca se declare vencido diciendo: *¡no puedo!*

El viento y el agua, los primitivos, le ayudaron a moler el trigo para su pan: el primero, impulsando las aspas de los molinos; la segunda, cayendo sobre las palas de la rueda que movía la muela.

Aun hoy se utiliza esa acción del agua en las máquinas llamadas a turbina; y el aire comprimido — llamémosle viento artificial — no es sino una imitación de aquellas primeras aplicaciones del viento.

Cuando vayamos a decir «¡no sé!, ¡no puedo!», esperemos que el viento nos castigue la frente y que el agua nos caiga encima, para recordar que hay fuerzas naturales a nuestra disposición, y que ellas *saben* hacer las cosas. ¿Acaso la gota de agua no es capaz de perforar la piedra? ¿Acaso el viento no llena de agua los depósitos de los molinos, como antes llenaba de harina los mercados?

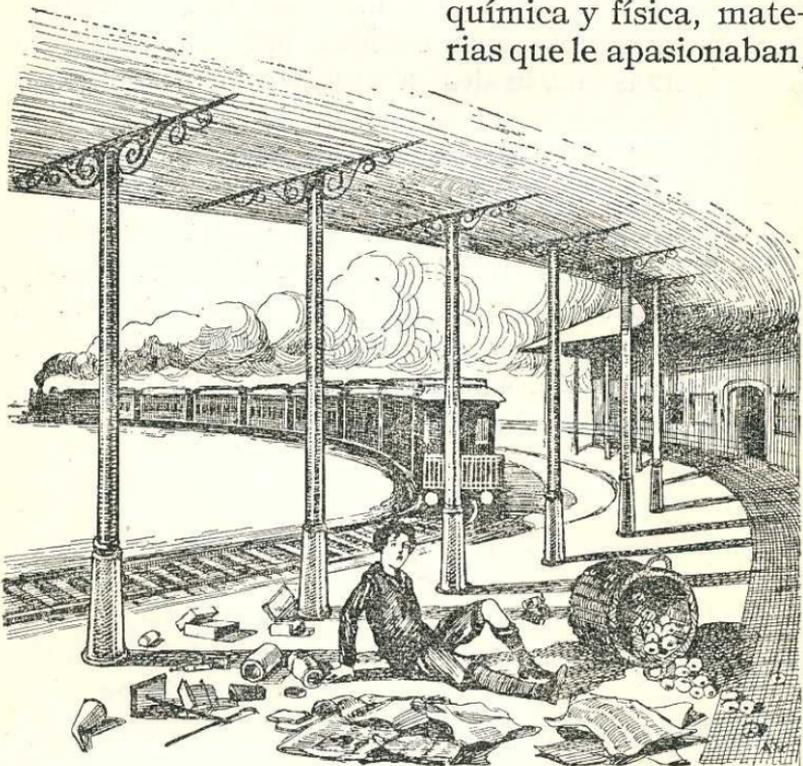
Como ellos, el carbón y el petróleo se ofrecen generosos desde la entraña de la tierra. Diríase que se dejaron descubrir por el hombre para hacer su felicidad en el calor y en la luz del hogar, y en la riqueza de su trabajo.



UN VIAJE INTERRUMPIDO

Cuando un chico de doce años se propone ser algo y empieza a serlo seriamente, se le mira con un poco de curiosidad, pero se le cree, se le cree siempre...

Por eso, cuando Tomás vendía diarios y frutas en un tren que hacía el recorrido entre dos lejanas estaciones, pidió que le permitieran instalar un laboratorio en un rincón del vagón destinado al transporte de las encomiendas, pues durante los viajes pensaba dedicarse a realizar experiencias de química y física, materias que le apasionaban,



y que estudiaba en sus continuas lecturas. Naturalmente, todo el mundo creyó lo que decía, y Tomás consiguió organizar su laboratorio. Así, en los largos viajes, los empleados del vagón de las encomiendas se distraían, observando las combinaciones de extrañas substancias que hacía en silencio ese sabio de doce años que, además, era vendedor de diarios y frutas.

Un día — no me atrevo a decirlo que fué un mal día — el muchacho hallábase entregado a sus observaciones y experimentos, cuando, al maniobrar con una fuerte cantidad de fósforo, éste se inflamó, provocando una violenta explosión y el incendio del vagón donde trabajaba Tomás.

Uno de los empleados del tren, hombre rudo y brutal, después de ayudar al pobre niño a extinguir el incendio, y cuando llegaban a la estación inmediata, le aplicó una lluvia de golpes sobre la cabeza, que le dejaron sordo para toda la vida, arrojándole luego del vagón con todo cuanto llevaba para sus actividades.

Cuando el tren partió, quedaba un niño en el suelo, rodeado de instrumentos y objetos destrozados, y en medio del mayor desamparo; pero ese accidente fué beneficioso para Tomás, pues gracias a él su vida tomó otro rumbo, sin que por ello abandonara su firme propósito.

¿Sabéis de quién os hablo? De Tomás Edison, que, anciano ya, y sordo por los golpes de aquel bruto, vive su existencia gloriosa en los Estados Unidos, trabajando siempre. Edison perfeccionó el telégrafo a los veintitrés años, y, más tarde, el teléfono; inventó el fonógrafo a los veintiocho;

luego, la lámpara eléctrica; en seguida, el cinematógrafo, y... bastaría con esto.

Edison es un inventor infatigable, y aquellas creaciones suyas son suficientes para demostrar que en el vendedor de frutas que el tren dejara abandonado en una estación solitaria, había una poderosa voluntad, que ni el incendio ni los golpes lograron quebrantar.

—¿Que un viaje se interrumpe porque a uno lo arrojan al suelo brutalmente?... ¡No importa! La voluntad reanima al caído y le pone su equipaje a la espalda, diciéndole: *¡Levántate y anda!*



MUJERES PATRICIAS

Ya sabéis que el empeño de hacer una patria libre, costó a nuestros mayores muchos sacrificios y mucha sangre. No en vano los ejércitos volvían deshechos después de una campaña, si cada palmo de suelo que se libertaba era el que había cubierto la sangre de un héroe, como si el dolor de los caídos hubiera impulsado a los que quedaban, para avanzar un paso más y proteger el sitio en que aquéllos entregaban la vida.

Así se trazó el mapa de la patria, marcando sus límites, unas veces con el rojo de la sangre, y otras con el azul y el blanco, que también sintetizan el valor heroico y el sacrificio cruento.

Y es ahí donde aparece otro aspecto de las luchas por la independencia, que no siempre recordamos al hacer memoria de las acciones guerreras: Manos de mujeres argentinas armaron aquellos dos colores, dando forma a la voluntad del creador de la bandera; manos de mujeres la orlaron con el hilo de oro que la fantasía, noblemente exaltada por el patriotismo, entretejió en soles y laureles; manos de mujeres volcaron en las cajas de caudales del Estado, sus joyas y el lujo de sus hogares, para que corrieran por llanuras y montañas, en la línea de los ejércitos en marcha, convertidos en espadas, fusiles y cañones.

La patria hizo surgir una falange de mujeres que dieron alientos al valor de los libertadores y templaron el dolor de la guerra. Las hubo que,

para acrecentar la gloria de sus hijos, avivaron sus arrebatos con los sentimientos de todas las madres, sumados en un inmenso afán de victoria; otras, iluminaron el camino con el talento y la previsión; algunas dieron bríos al empuje de las milicias con vibrantes proclamas; muchas de ellas velaron al lado de los hombres que desde el gobierno condujeron al país a la conquista de su independencia.

Leed las biografías de nuestras patricias. Vosotros, los niños, aprenderéis a enaltecer los generosos sentimientos que alientan en toda mujer, y que aparecen en las horas sombrías de los hombres y de los pueblos. Vosotras, las niñas, sabréis de qué serían capaces vuestro corazón y vuestra inteligencia, cuando una noble causa os llamara a sacrificarlo todo.



UN HERRERO

Un herrero

con sus manos de coloso forja espadas;
y con toda la destreza y el cariño de un artista,
les da filo suavemente, las repuja y acicala;
y clavándolas al suelo, las encorva... las encorva...
y une el puño con la punta sin quebrarlas.

El es joven, él es fuerte;
como el cuerpo tiene el alma;
y sus manos que se crisan contra el yunque,
acarician a la madre, resbalando por sus canas.

Cada golpe de martillo de ese atleta
repercute, cuando estalla,
en los montes, en las nubes,
y en el pecho de la anciana...

Una tarde,
desde lo alto de una cresta de montaña,
el herrero, sobre el yunque crepitante,
trabajaba... trabajaba...

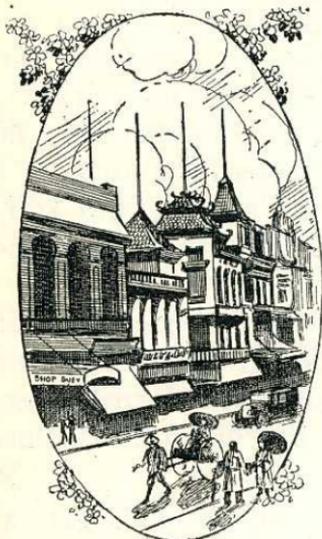
Y la noche,
protectora del trabajo que descansa,
fué tendiendo por encima de esa frente,
por detrás de esas espaldas,
a manera de una túnica de ensueño,
sus tinieblas silenciosas y estrelladas...

Y el herrero
su martillo resonante contra el yunque descargaba...
y fué aquella la apoteosis del trabajo;
porque, encima de la cumbre desolada,
eran chispas solamente
del martillo contra el yunque
las estrellas que brincaban!

JOSÉ SANTOS CHOCANO



DE BUENOS AIRES A TOKIO

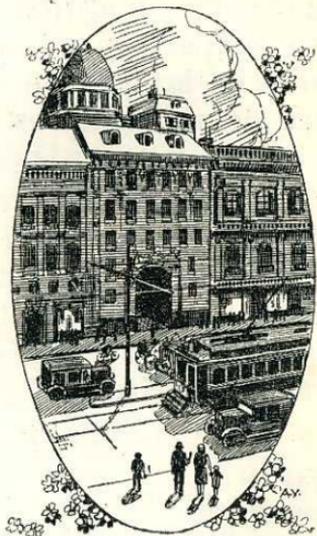


Un hermoso y gallardo buque argentino, la fragata *Sarmiento*, sale todos los años de Buenos Aires conduciendo a los jóvenes que terminan sus estudios navales, para incorporarse a la oficialidad de nuestra Armada.

Desde hace treinta años, ese buque pasea por todos los mares del mundo la bandera de la patria, y a un grupo de animosos

muchachos entregados a su honrosa profesión de marinos. Como escuela de nobles sacrificios y como mensajera de paz, la fragata *Sarmiento* encuentra abiertos todos los puertos y es recibida con simpatía y honores.

Es toda blanca, y con sus velas desplegadas, cruzando el Atlántico desde Buenos Aires hasta el extremo sud del Africa, ha debido parecer un bello símbolo de la pujanza y del espíritu de paz que mueven al pueblo argentino.



Desde allí, doblando hacia el lado oriental del continente africano, nuestro buque ha seguido su marcha con rumbo a los puertos del Asia, por mares que en otro tiempo llenaron los piratas, cegados por la codicia que encendía en ellos la leyenda de la India con sus tesoros fabulosos.

Bombay, Colombo, Madras, Calcuta, ¿no son, acaso, nombres que alguna vez encontráis en vuestros libros de cuentos y aventuras?

Por esos mares ha navegado la *Sarmiento*; y su nombre y su bandera han sido en ellos como un augurio de la civilización que está formándose en América, y que se difunde por el mundo como un aliento renovador.

De la India ha pasado al Japón, el país fuerte y progresista que en el lejano Oriente labra su grandeza futura, transformando sus costumbres para aproximarse a los pueblos más adelantados. Allí, en Tokio, nuestros jóvenes marinos han paseado su simpatía y su admiración, atando un vínculo más en la armonía que nuestra patria cultiva con las demás naciones.

Os he hablado de uno de tantos viajes realizados por la fragata *Sarmiento*, deteniéndola en aquel pueblo que se destaca en el vasto continente asiático. En medio de un pintoresco conjunto de cosas, personas y costumbres tan diferentes de las de los países de Europa y América, el Japón muestra ya el moderno espíritu de libertad y de cultura que lo anima.

Hasta él tenía que llegar el barco argentino más gallardo, llevando el nombre de uno de nuestros patriotas más gloriosos, como un mensaje fraternal que alcanza a todos los pueblos de la tierra.

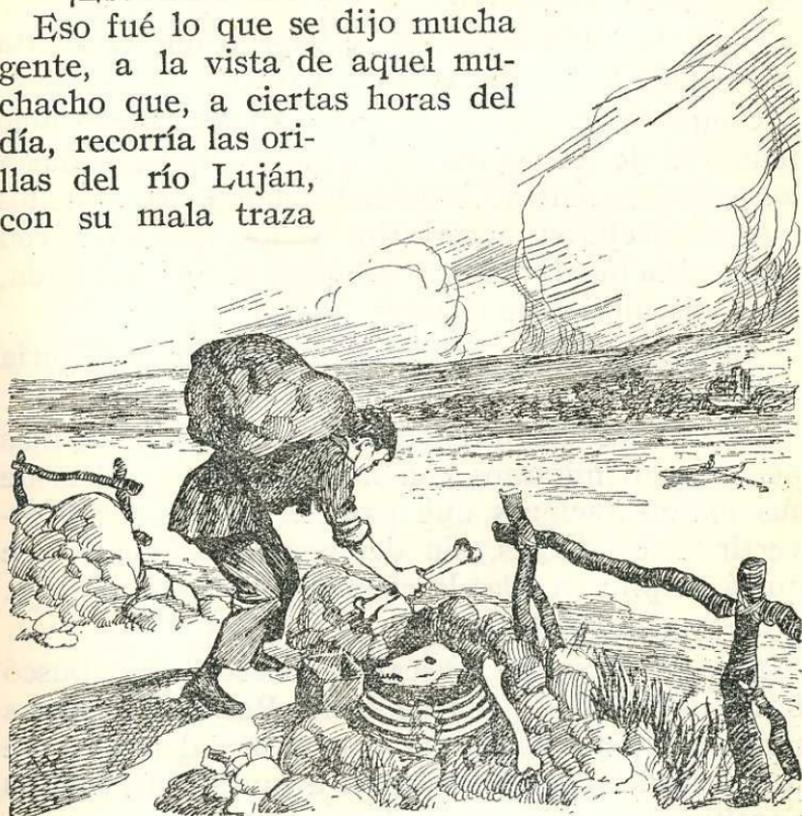
EL BUSCADOR DE HUESOS

—¿Qué pensaríais si uno de vosotros tuviera la ocurrencia de recorrer el campo o las orillas del pueblo, con una bolsa de huesos al hombro, revolviendo la tierra y recogiendo por aquí una vértebra, por allá una costilla...?

Ya sé lo que haríais. Con una sonrisa compasiva, llevaríais la mano a la cabeza, haciendo ese signo tan conocido y que dice por las claras:

—¡Este está loco!...

Eso fué lo que se dijo mucha gente, a la vista de aquel muchacho que, a ciertas horas del día, recorría las orillas del río Luján, con su mala traza



de despreocupado y la bolsa de huesos a la espalda. Hurgaba en la tierra, como un topo, y a veces retiraba de ella un trozo que más parecía de piedra que de hueso, lo curioseaba con mirada profunda, sonreía, y lo arrojaba dentro de su bolsa.

No faltó quien pensara en hacer encerrar al loco; pero otros opinaron que se podría dejarlo suelto, pues su manía era inofensiva.

Estos últimos, los que dejaron en libertad al loco de los huesos, hablaron más o menos como los que dijeron de Colón:

—Sí, es loco; pero que se vaya a dar la vuelta a *su* mundo... ¡Es un loco manso!...

Cuando la fama de Florentino Ameghino voló más allá de los límites de la patria, y llegó hasta los centros científicos de todo el mundo, aquellos que aconsejaron encerrarlo, y los que opinaron que podría quedar suelto, debieron pensar, sin duda, para disculparse a sí mismos:

—¡Bien que parecía que este muchacho llegaría a ser algo!...

Así ocurre siempre. Ridiculizamos en algunas personas, o miramos con indiferencia, muchas de sus manifestaciones que parecen destinadas a divertir a los demás, sin detenernos a pensar que quizá palpita en ellas la chispa de una obra genial.

—¡Mucho cuidado!

Ameghino siguió buscando huesos. Los buscó hasta el fin de su vida de sabio. Recorrió extensas zonas del país, hasta dar con vastos depósitos de restos fósiles, que le llevaron a fundar sus teorías científicas.

No hagáis por placer cosas ridículas; pero si una fuerza irresistible os pone en camino de hacer algo, aunque los demás rían de vuestro intento, escuchad la voz misteriosa de esa fuerza, y seguid su impulso... ¡Seguid adelante!

Nadie podría adivinar hasta dónde llegaréis.





LA VIDA EN EL CAMPO

Hablo ahora a los muchachos de las ciudades: siempre que podáis, escapad al campo; haceos llevar en vuestras vacaciones y asuetos, que no ha de faltar un pariente o amigo que os brinde esa hospitalidad, franca y generosa, de las gentes que viven en las tranquilas poblaciones rurales.

Las ciudades son, sin duda, cómodas y atrayentes, pues los progresos de la vida moderna ponen al alcance de los habitantes variados recursos que

contribuyen a su cultura y a su éxito en el comercio, en las industrias y en otras actividades propias de los grandes centros de población.

Pero eso no quiere decir que la vida en el campo sea difícil para las personas cultas. El campo está necesitando el esfuerzo de jóvenes educados y con afanes y energías para trabajar. Si la civilización desalojó al indio, fué para que otras gentes ocuparan los lugares que aquél mantenía improductivos, y para que otras costumbres, cada vez mejores, hagan que aquella civilización sea una verdad en todo el territorio argentino.

Pero pensad que sólo en la ciudad de Buenos Aires se mueven dos millones de habitantes, mientras permanecen despobladas extensas regiones, con admirables condiciones naturales para hacer la felicidad de los que vayan a conquistarlas con la laboriosidad y entusiasmo.

La vida en el campo es saludable; el trabajo, provechoso; la alegría, reconfortante. El hombre en las ciudades se pierde en la agitación de mil hombres que van de un lado al otro, como granos de arena arrojados entre las piezas de una inmensa máquina; en el campo, el trabajador ve su obra, y la obra lo señala a él, con esa fuerza invencible que da la independencia al que triunfa con su propio esfuerzo.

Mirad hacia el campo, hacia sus praderas y sus trigales; miradlo cuando lo perfuma el olor de sus tierras recién aradas; id a él en las horas brillantes de las mañanas luminosas, y en las apacibles del crepúsculo; volad al campo como van las golon-

drinas, y volved siempre, como vuelven todos los años las flores, los pájaros y las frutas.

El campo tiene atractivos que atan a quien sabe entregarse a su paz y a su silencio; y ofrece satisfacciones insospechadas: un panecillo de trigo saboreado en la calma del hogar honrado, alegre y sencillo, es un manjar exquisito que da vigor al cuerpo y levanta el corazón...





EL LABRIEGO DEL ALBA

Entre una nube de gaviotas blancas,
en la tendida placidez del llano,
ara el labriego la olorosa tierra,
al paso lento de los bueyes mansos.

Hay en sus ojos claridad de aurora,
tiemblan canciones en sus puros labios
y hay una austera anunciación de vida
en la firmeza de sus rudas manos.

Abre la entraña de la tierra dócil
y arroja al surco que se va alargando
todos los sueños de un hogar que espera
la promisorá bendición del grano.

Feliz el hombre que al llegar el día
lo encuentra el alba en los floridos campos,
entre una nube de gaviotas blancas
siguiendo el ritmo de los bueyes mansos.

HÉCTOR RIPA ALBERDI.



LLANURAS Y MONTAÑAS

Una excursión por cualquiera de las líneas férreas que surcan el territorio argentino, ofrece el atractivo de las más variadas bellezas naturales, que el viajero descubre a poco de alejarse de los centros poblados.

El viaje desde Buenos Aires a Capilla del Monte, por ejemplo, permite apreciar el doble aspecto del paisaje en la llanura y en la sierra. A los campos sin un solo accidente, poblados de estancias y arboledas, con sus vastas extensiones destinadas al pastoreo, sucede luego, desde Alta Córdoba, el maravilloso espectáculo serrano, dominado desde el tren que corre sobre la falda, siguiendo en parte el curso sinuoso del Río Primero, y como buscando camino por los pasos que ofrecen las sierras, cubiertas de vegetación y embellecidas por los constantes cambios de aspecto que es dado contemplar.

La vista se deleita en la placidez de las tranquilas poblaciones tendidas en los fértiles valles y sobre la pendiente de las montañas, que recortan sus cimas sobre el fondo de un cielo de purísimo azul.

Terminado el viaje, queda grabado en las impresiones del turista ese cuadro imborrable, y se aviva su deseo de ver más, porque piensa que en el dilatado territorio de la República deben existir muchos parajes maravillosos como aquéllos. Y una tarde emprende viaje a La Rioja, partiendo de Cruz del Eje.

Más allá de Serrezuela vuelve la llanura, pero sin el aspecto de las de Buenos Aires o Santa Fe,

en las que la naturaleza de las tierras cultivables pone la nota alegre de la vegetación exuberante.

La llegada a La Rioja justifica por sí sola la expectativa que mantiene el viajero. Con los primeros rayos del sol la ciudad aparece en el fondo del valle, al pie de la sierra de Velasco, envuelta en ligeras nieblas que toman coloraciones rosadas o violáceas. Si viéramos ese mismo espectáculo en un cuadro, diríamos que ello era una mentira del pintor; y, sin embargo, la luz colora todas las mañanas el cielo, el valle y la montaña, con tonalidades y matices incomparables.

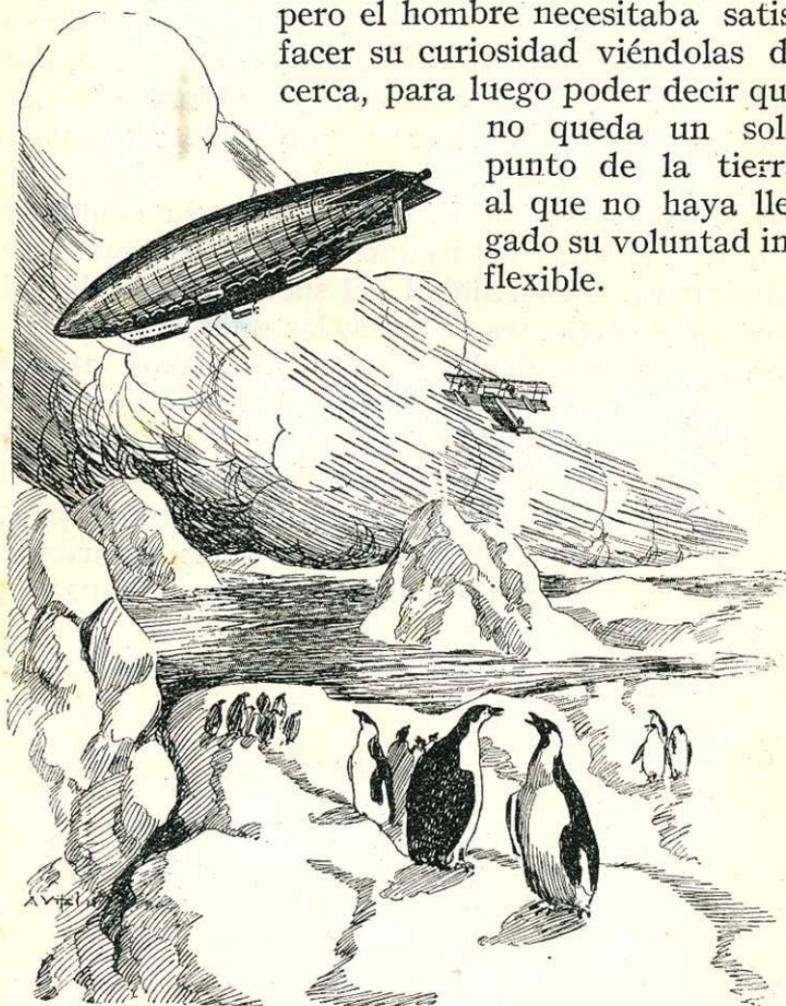
Podríamos repetir la excursión hacia cualquier rumbo, y siempre tendríamos la misma exclamación admirativa. La fertilidad del suelo, lo variado del clima, las corrientes de agua, las diferencias de nivel, las llanuras áridas o cultivadas, las montañas verdeantes o pedregosas, son los recursos de que se valen el sol radiante y el cielo diáfano, para realizar sus prodigios de color y de belleza.

Cuando podáis viajar tratad de conocer el país, antes que otro cualquiera. Ese es el primer tributo de admiración que todo argentino debe a su patria.



LOS POLOS

Aquellos lugares misteriosos e inaccesibles del globo, que atrajeron durante tantos años a los más audaces exploradores, no son ya un enigma. Se suponía que eran vastas regiones desoladas y frías, pero el hombre necesitaba satisfacer su curiosidad viéndolas de cerca, para luego poder decir que no queda un solo punto de la tierra al que no haya llegado su voluntad inflexible.



Muchas expediciones se han realizado desde años atrás, utilizándose barcos apropiados para ese género de travesías, y trineos para las excursiones sobre los hielos. Así, algunos viajeros lograron aproximarse al sitio considerado como el polo geográfico, sin que a pesar de ello se tuviera la prueba convincente de haberse efectuado el esperado descubrimiento.

Asegurada la eficacia de los aeroplanos y los dirigibles para las excursiones de larga duración se ensayó el primero de esos medios, sin que fuera posible alcanzar un resultado apreciable. Y, fracasada esa tentativa, se organizó la primera expedición en dirigible.

Un aviador italiano, el general Nóbile, y el veterano explorador polar Amundsen, que fuera el primero en acercarse al polo sud, partieron de Italia, atravesaron Europa hasta el archipiélago de Spitzberg, al norte de Noruega, y de allí se dirigieron hacia Alaska, pasando exactamente por sobre el polo. Allí el dirigible evolucionó lentamente durante varias horas, a escasa altura, dejando caer los bravos exploradores, sobre la superficie helada, las banderas de sus respectivos países y algunas otras pruebas de su paso.

Los viajeros no encontraron vegetación ni animales. Sobre una inmensa región blanca, el cielo sombrío del polo; eso fué todo; y luego el silencio absoluto, sólo turbado por el rumor de los motores de la gigantesca nave aérea.

Así triunfó una vez más la indiscutible superioridad de la inteligencia humana, al llevar a la luz de la realidad el último de los misterios que ocultaba

el mundo en que vivimos, y que por largos años trabajó en la imaginación de los hombres y de los niños.

Esa potente máquina, surcando por primera vez en los siglos que cuenta el universo, aquel espacio desolado, por sobre los hielos perpetuos, y llevando un pequeño grupo de hombres valerosos, es quizá el espectáculo más impresionante que se ofrece en estos tiempos a los que saben pensar.

Seguid en el mapa la ruta de aquella expedición, e imaginad un vuelo de varios días por lugares en los que no hay una sola manifestación de la vida que anima al resto de la tierra.



SANTIAGO Y JORGE

Me dispongo a efectuar un viaje por ferrocarril.

El tren inicia sus esfuerzos para partir, en medio de las voces de los que despiden a los viajeros, que se confunden con los ruidos propios de todo convoy ferroviario que sale de la estación. Hay allí chirridos de frenos, hierros que se mueven como partes de un organismo que sacudiera su pereza, escapes de vapor que silban en el aire. Y tanto esfuerzo hace la locomotora, que parece que no llegará a moverse. Al fin, se advierte un aflojamiento de esa tensión en que se estuvo durante unos instantes, y el tren empieza a correr por el bruñido camino de los rieles.

El coche que ocupo va tan próximo a la máquina, que llega a mis oídos el ruido acompasado de su andar jadeante. Los viajeros van distraídos en la contemplación del campo, que ofrece en variado espectáculo, arboledas, plantíos y tierras de pastoreo.

Yo me aferro a ese ruido de la máquina y no escucho ni veo otra cosa. Cuando los rumores del interior del coche lo apagan, aguzo mi atención como penetrando en las conversaciones y las risas de los viajeros, hasta que *me acerco* de nuevo a la máquina y me veo gobernándola a mi antojo.

De pronto imagino en ella a dos figuras que viven confundidas en la gloria común: Santiago Watt y Jorge Stephenson.

Mientras Santiago observa atentamente los ma-

nómetros, Jorge empuña con mano firme el regulador de velocidad. Ambos van en silencio, siguiendo el funcionamiento de eso que es como la sangre y el cerebro de la máquina: el vapor y los frenos de su fuerza ciega. Y admiro tanto a esos dos hombres imaginarios, que olvido los riesgos de la excesiva velocidad. Corremos a setenta y cinco kilómetros por hora, salvando puentes y curvas, y dejando atrás pequeñas estaciones que se alejan como si corrieran en sentido contrario.

Hemos llegado. Al salir de la estación observo que se ha formado un grupo de viajeros junto a la máquina. Es que alguien estrecha la mano a los dos conductores, felicitándolos por su pericia, a la que se había confiado la vida de centenares de personas.

En la cabina de la máquina caldeada, dos hombres — llamémosles Santiago y Jorge — ven pasar aquella ola humana, y descansan serenos, como dos genios triunfadores.



EL AMA

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!...

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella,
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!...

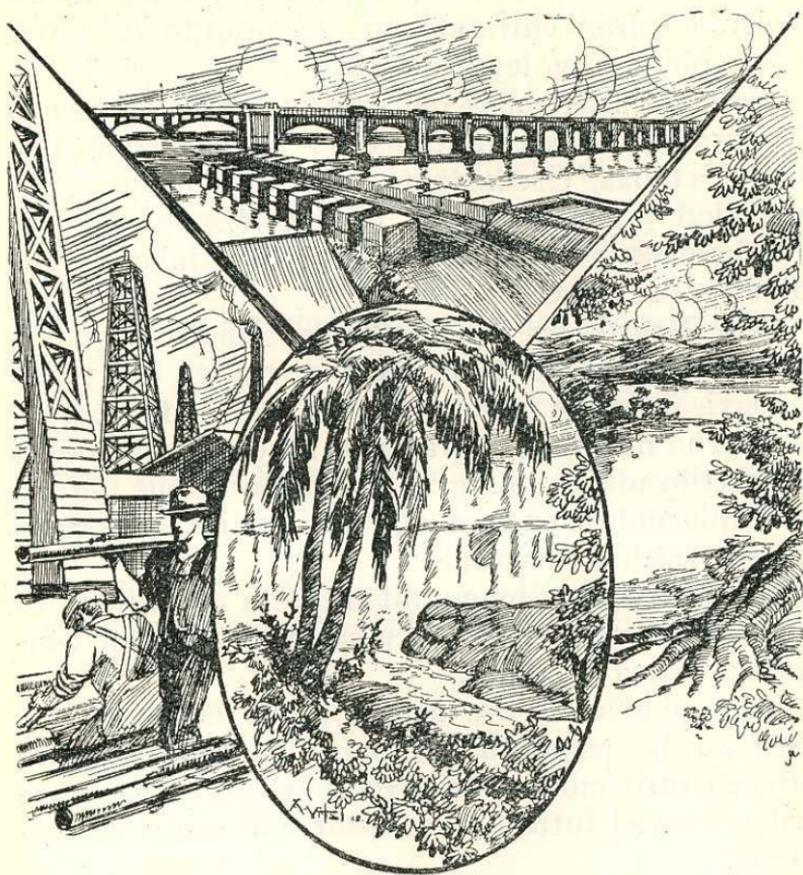
Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta...

“¡El ama era una santa!...”

me dicen todos cuando me hablan de ella.

JOSÉ M. GABRIEL Y GALÁN.





LAS GOBERNACIONES

Desde Los Andes hasta Tierra del Fuego se extiende la línea de los territorios nacionales, ricas y dilatadas regiones, que acusan ya evidentes signos de progreso.

Son las futuras provincias. A medida que su población y su importancia reclamen la autonomía

que la Constitución Nacional acuerda a los estados federales, irán entrando en el conjunto de éstos, con gobierno y leyes propios.

Son extensas zonas del país privilegiadas por la Naturaleza. A las ventajas de hallarse bajo distintos climas, circunstancia que influye en la diversidad y riqueza de su producción, se unen las condiciones propias del suelo, que favorecen a algunas de ellas.

Río Negro, en la envidiable situación que le proporciona el río de su nombre, cuenta con obras de irrigación de inmenso valor realizadas por el Gobierno nacional, y gracias a las cuales ha podido ser fertilizada ya una gran extensión de sus tierras, multiplicándose en forma extraordinaria las fuentes de sus recursos naturales.

Chubut, con su inagotable riqueza petrolífera, es otro de los territorios nacionales llamados a conquistar fama mundial.

Pero aparte de ese aspecto, que conoceréis al estudiar la geografía del país, las gobernaciones ofrecen otro motivo de atracción, que acaso contribuya en el futuro a cimentar esa fama: sus bellezas.

Existen parajes en los que se diría que la Naturaleza ha reunido los más poderosos medios para provocar la admiración del viajero. Montañas de maravillosas perspectivas, bosques inmensos, lagos tranquilos, canales magníficos, valles nevados, ríos caudalosos, forman el variado espectáculo que bajo el cielo patagónico cautiva la atención y graba cuadros imborrables en la memoria del turista. Y por el norte, el paisaje tropical, con la exuberante vegetación de Misiones, con sus selvas,

con las cataratas del Iguazú que truenan eternamente en el fondo del abismo.

Cuando habléis de estas cosas, hacedlo con sincero entusiasmo y sin temor de caer en vano orgullo. Para ello, leed buenas descripciones, si es que no podéis llegar hasta esos lugares admirables. Tened en cuenta que todo argentino, aunque sea un niño, debe contribuir a fundar el renombre de su patria.

¿Acaso no seríais capaces de arrojar semillas en un campo, para que luego se convirtiera en un mar de oro con el trigo o en un mar azul con el lino en flor?

Sembrad de la misma manera en la conciencia de argentinos y extranjeros. Sed los incansables obreros del porvenir de la República, hasta que él florezca en la admiración de muchos millones de hombres, con los atractivos de la producción y de la belleza.



SED FELICES

No os lo digo como un deseo. Os doy casi una orden. No esperéis que la felicidad se aparezca por alguna de las puertas de vuestra morada. No. Sed felices, y desde ahora, desde que empezáis a vivir.

Hay muchos que corren tras de esa imagen invisible que llaman la felicidad, y jamás la encuentran. La buscan en la holganza, en las fiestas ruidosas, en las apariencias lujosas de la casa o del vestido. Oyen una voz que les dice: *Tómala, está a tu lado*, y salen en carrera desesperada, para volver desengañados y exclamando:

—Aquello no era la felicidad. ¡Cómo cuesta alcanzarla!...

Otros la persiguen con talismanes y prodigios. Creen que llevando consigo esos amuletos que representan elefantes, gatos, monos, arañas; o ciertas hojas como las del trébol, de hiedra o de roble, vendrá la felicidad a plantarse frente a ellos, para volcar quién sabe qué bienes que calmarán sus penas, sus dolores, sus contrariedades, su pobreza... ¡Todo esto es muy ridículo! Ya conocéis la leyenda de aquel que durante largos años buscó a un hombre feliz para pedirle la camisa, porque se le dijo que llevándola sobre su cuerpo conocería la dicha; pero resultó que el hombre feliz no usaba esa prenda de vestir...

Acabo de encontrar a dos muchachos que iban hablando *seriamente*; y he oído que uno decía:

—¡Qué feliz sería yo si mis padres fueran ricos, y tuviéramos un automóvil, y una casa de altos, y una estancia, y una escopeta para ir a cazar, y caballos y coches y perros de muchas clases!

Y el otro replicaba:

—¡Bah!... Yo sería feliz si no fuera a la escuela y me quedara en casa jugando...

Oyéndolos, me dije:

—¡Pobres muchachos que no serán felices, el uno porque pretende demasiado; el otro porque no tiene ninguna aspiración!

Vosotros no uséis talismanes, ni hojas raras, ni camisas prodigiosas; ni tengáis ambiciones desmedidas. Nada de eso es la felicidad.

Sed buenos, tened una noble aspiración y seguidla, asegurad vuestra salud por la moderación, contentaos con poco, trabajad, estad alegres.

Eso basta, y os indica que la felicidad está en vosotros.

Por ese camino podréis dejar un día vuestro hogar para ir en busca de los horizontes que vuestras aspiraciones os señalen, y no tendréis miedo al fracaso, porque en medio de él, y tal vez sonriendo, sentiréis de nuevo aquel beso con que vuestra madre os despidiera, acaso sin creer demasiado en la buena fortuna, pero murmurando entre sus lágrimas:

—¡Hijo! ¡Que seas feliz!



HEMOS LLEGADO...

Como si cumpliéramos la última etapa del viaje que nuestra curiosidad nos hizo realizar por el mundo que vemos, hemos llegado, para decir la última palabra, para recoger la última emoción.

Desde que aprendiéramos a orientarnos, corrimos en los relatos de este libro, admirando escenas y paisajes; penetrando en la belleza de algunas vidas; recogiendo la luz de algunas verdades. ¡Y cómo han volado los días!

En efecto. Cuando nos orientábamos, allá, en el mes de marzo, el sol todavía acariciaba en las mañanas tibias. Desde entonces hemos andado por chozas y palacios, por llanuras y montañas, por los polos y los volcanes, por el mar y por el aire, en tren y embarcados, por puentes y por ríos; unas veces, solos; otras, con algunas figuras amigas que han ido quedando atrás... Domingo, Tiburcio, Gertrudis, Tomás, Miguel Huracán, Santiago, Jorge; nos llegó al corazón la voz de las campanas y el grito de los barcos en peligro; meditamos ante los sepulcros...

Cuando el invierno puso sus tonos grises en el cielo, descubrimos los secretos del fuego y el encanto del agua mansa; aplaudimos al atleta que en el circo, y entre piruetas, nos diera una lección; vimos caer el rayo y bailar las ranas; conocimos a algunos sabios... Franklin, Ameghino, Galvani; averiguamos la manera de pensar del cóndor y del tiburón, de los sapos y las lechuzas, de las chicha-

rras y los escarabajos, de las hormigas y las abejas, y de aquel indeciso asno de Buridán que aun ha quedado suelto...

Vino luego la primavera, y con ella la alegría de aquel pastor que abandonó su rebaño para irse a beber el sol y el aire; la de aquel herrero que se cubrió de estrellas; la de aquel labrador que se embriagaba por las mañanas con el olor de la tierra recién arada...

Y aprendimos a conocer el miedo imaginario, la alegría sana, el trabajo y el reposo; el valor de la buena risa, la fuerza del deber, el poder de las manos, la nobleza del pan, el secreto de la felicidad...

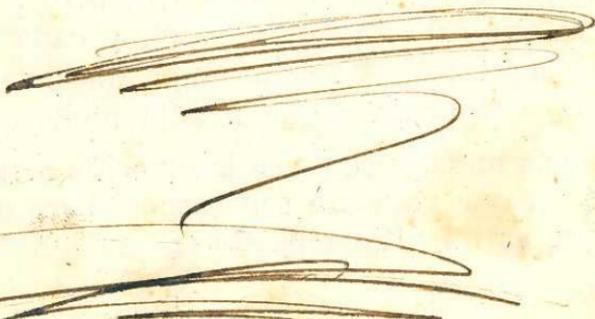
Hemos llegado. Pero yo os diría que toméis un descanso, como si estuviérais haciendo alpinismo, y que contempléis el camino recorrido en vuestra ascensión y lo que aun os falta hacia arriba.

Este libro os ha enseñado a aprender. No se aprende volcando en la memoria todo lo que se lee, sino leyendo con inteligencia, y buscando fuera de los libros el rumbo que ellos indican. ¡Para eso aprendísteis a orientaros!

Volved siempre a estas páginas como al buen amigo que sabe más que vosotros, pero que os da todo lo que sabe. Seguid con él, y cada vez que volváis a leerlo, y en cada etapa que avancéis en la vida, encontraréis que irradia nuevas luces.

Os diría muchas cosas en la emoción de este momento en que vamos a separarnos. Pero atendeme, que es mi última palabra:

Al cerrar este libro, cuidad que sus tapas no pesen tanto como el mundo de piedra. El sol, que anima toda la vida, se nos oculta siempre, pero siempre vuelve. Que al abrir de nuevo estas páginas ellas os iluminen como el sol, como el buen sol que triunfa en la belleza y en la admirable armonía que su poder difunde sobre la tierra.



INDICE

	Pág.
Prefacio	7
Los libros que hablan	13
Orientación	16
El sol	19
La vida	22
La torre más alta	25
El trabajo	26
Palancas	28
Romance de ausencias	31
Las campanas	32
El mundo de piedra	34
La risa	37
Hoy he sido bueno	39
El deber	40
Hombres y pájaros	43
Arados y molinos	46
El cuento de la abuela	49
S. O. S.	50
El miedo	53
Navegantes	55
El mar y la fuente	58
Hormigas y abejas	59
Valor y poder de la ciencia	62
Las bibliotecas	65
25 de Mayo	68
Las manos	69
La alegría	71
El hijo del jardinero	75
Campo sin árboles	78
La tormenta	80
Chozas y palacios	83

Los héroes.....	86
Marina	88
La simpatía	89
Los sepulcros	91
Ríos y costas	94
Canto de la noche	96
La ayuda mutua	97
El cóndor y el tiburón	100
Sapos y lechuzas	103
El cóndor	105
El atleta del circo	107
Rayos y barriletes	110
El asno de Buridán	113
Ocaso	116
Alpinismo	117
Los derechos.....	120
En un vuelo	123
El amanecer	125
Reposo	126
Los inmigrantes	129
Los hijos y los padres	131
El fuego	132
El agua	135
San Martín.....	137
Ranas que bailan	139
Chicharras y escarabajos	141
El cuadro del burro	144
La música	145
Las estatuas	148
Los cuadros	150
El mar	152
Los volcanes	153
Desenredar	156
Los puentes	158
Sereno cantar	161
Las cuatro fuerzas	162
Un viaje interrumpido	164
Mujeres patricias.....	167
Un herrero	169
De Buenos Aires a Tokio	171

B

Pág.

El buscador de huesos <i>Marian</i>	173
La vida en el campo	176
El labriego del alba	179
Llanuras y montañas	180
Los polos.....	182
Santiago y Jorge	185
El ama	187
Las gobernaciones	189
Sed felices	192
Hemos llegado	194

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**



LL
1929
BLA

Biblioteca Nacional de Maestros